





FRANCISCO MUZZA  
—  
SANTA ANA, 1  
—  
CORDOBA

21

OBRAS LITERARIAS





861.6

R

ENRIQUE REDEL

+1909

Car. J. J. J.

XIX  
1476

# OBRAS LITERARIAS

CON UN PRÒLOGO

DE

## SALVADOR RUEBA



### TOMO I

AMAPOLAS.—AL AIRE LIBRE.—ALGO DE LETRAS.—  
PREDICAR EN DESIERTO.—DONDE MENOS SE PIEN-  
SA...—TURBAS Y ESPECTÁCULOS.—CARTAS DE UN  
LEGO.—ALMANZOR.—EN ZIC-ZAG.



CÓRDOBA

IMPRENTA Y LIBRERÍA DEL «DIARIO»

Letrados 18 y San Fernando 34.

1897

Reg-4431

50-372

---

**Es propiedad del autor.**

---

PRÓLOGO  
DE  
SALVADOR RUEDA





Henrique Pedet



## ENRIQUE REDEL

---

Mariano de Larra dejó de vivir siendo muy joven, y con los artículos literarios, y, sobre todo, críticos, que escribió, ha habido fundamento (según afirman muchas personas) para su inmortalidad. ¿Qué méritos salientes son los de esos artículos para que ellos den motivo á tal consagración? Recientemente he vuelto á leerlos, y de nuevo he admirado en ellos el sentido penetrante de la realidad, el depurado gusto literario, el estilo sóbrio y fuerte, por no decir seco, la hiel rebosando por infinidad de párrafos, el escepticismo y la sátira silbando como culebras y ante todo y por cima de todo, la observación profunda de la vida. Todo esto se vé en Larra tomar fuerza y sávia y destacarse en medio de

una atmósfera que se dijera la atmósfera del sentido común.

No es poco lo enumerado, pero ¿basta eso para la inmortalidad? Yo creo que no. Larra no era un *gran creador*, no abrió una ancha vía á los espíritus, no elevó las almas á altas esferas de grandiosidad y nobleza, se quedaba á mucha distancia de ser un genio ó una personalidad escepcional.

Si Larra, en los días en que vivimos, hubiese escrito sus artículos, hoy que oímos las voces de *Clarín*, de Menendez Pelayo, que acabamos de oír la de Ixart, no hubieran constituido un sobresaliente suceso literario; se hubiera admirado en ellos á un hermoso, á un robusto talento, y nada más. Y es que hoy se piden más dotes que las de un hermoso talento, para *constituir suceso* en las Letras.

Sucesos son *Clarín*, Menéndez Pelayo, Echegaray, Castelar, Galdós, y otros; *sucesos permanentes*, fuentes de arte y de saber desbordadas á todas horas. Creo que la inmortalidad es para esos, para los que abren grandes surcos en las almas, ó que traen una imaginación prodigiosa, ó un arte nuevo, ó algo así de desusado: Larra no traía nada de

esto, traía, sí, una grande inteligencia, mucha realidad, *mucha vista* y mucho, pero mucho, sentido común.

Me ha recordado á Larra (que se suicidó, creo, á los veintiocho años), la persona de Enrique Redel, que tiene ahora menos años de los que llegó á contar *Figaro*, y que, sin embargo, joven por joven, tiene este muchas más ideas que aquel, más brillantez (y también más incorrecciones) en la pluma, más sensibilidad, más puntos de vista, más fantasía y acaso, y sin acaso, más originalidad.

Sin embargo, Redel, á la presente, que yo sepa, al menos, no es inmortal, y Larra sí llegó á serlo, según dicen. En estos grandes premios para lo futuro, hay también mucho de suerte, y sino, ahí está. Gutiérrez de Cetiña, inmortal también, *ante todo*, por ocho versos bellísimos.

Se me dirá que por qué, tratando de Enrique Redel, traigo á cuento á Larra, y es porque creo notar en ambos puntos de contacto y uno de ellos es la sátira. Hasta viendo un retrato de *Figaro*, recuerdo, por ciertas líneas, la fisonomía de Redel, que es un poco alargada, algo enjuta, labios gruesos y un

tanto cortos, y mirada enérgica, donde se ven resplandecer, alternativamente, la ira y la bondad.

Me detengo à hablar tan detalladamente y con tanto calor del poeta y prosista cordobés, porque, á mi juicio, es digno del retrato plástico y escrito, y además de estudios críticos muy concienzudos. Cuando el lector pase la vista por estas líneas, escritas á escape, y se lea de *dos ó tres tirones* la obra, se convencerá de mis afirmaciones. Sí, Redel es un poeta de mucho relieve, que, como los reyes, se permite tener moneda en la que vá su fisonomía. Salvo las *Amapolas* en las que, como artista, se inclina un poco hacia mí, en todas las demás partes del libro, su originalidad es indiscutible, y la prueba de ello es que Redel tiene imitadores, los cuales, instintivamente, le copian los rasgos salientes del estilo, y el parecido resulta evidente.

A estas horas sería Enrique Redel popular en España, si sus poesías y artículos hubiesen sido publicados sucesivamente en un diario de gran circulación; casi todos sus trabajos los ha ido dando á luz en provincias y esta es la sola razón que tiene al vate andaluz,

hoy por hoy, privado de un renombre. Mis amigos Picón, Reina y otros escritores de viso, han *storeado*, como se merece, á este insigne joven, que con esta obra alcanzará seguramente la justa nombradía que el público le debe.

De los poetas jóvenes, no conozco ninguno que arranque con tanta fuerza del natural costumbres, figuras y paisajes, los cuales encierra en la estrofa y en el párrafo, temblando de vida y de emoción. Colorista por sentimiento, traduce con la pluma la nota caldeada, el sol dando de lleno en las cosas, la vegetación con todo lo que ésta tiene de perfume y de fuerza. Efecto de la dificultad al producir, se vé á este poeta luchar brazo á brazo con la realidad, agarrarse á ella con toda su alma, bregar, ser medio vencido y medio vencedor, y por último, salir algo descompuesto en la expresión, pero trayéndose entre las manos los rasgos salientes y vivos del original con el que tuvo la lucha emprendida. Siente Redel la elegancia de la frase, la pincelada luminosa y hasta ofuscadora, la hipérbole gráfica, el epíteto audaz y nuevo, y todo eso se vé en cualquiera de las composiciones

de este libro, pero se vé después de presenciarse el combate que el artista libra por conseguir la victoria. Declaro que á mí me gusta presenciar esa lucha por la expresión en un poeta, cuando éste va ganando la batalla, y sobre todo, cuando bien, ó menos bien, se deja la realidad presa en los versos.

Esta lucha incesante se observa á lo largo de todo el libro y, fuerza es confesarlo, casi siempre sale Redel vencedor.

De querer buscarle filiación al vate cordobés, la encontraría pronto en mí mismo, en algo de Bartrina, en reminiscencias de algún que otro poeta francés, y en la corriente modernísima de la poesía lírica en España; basta con abrir el tomo por cualquier sitio, y queda demostrado; pero de todas esas sustancias, ha sabido hacer Enrique Redel lo que las abejas con lo dulce de diversas flores, una sustancia única y propia. De ahí su originalidad, porque esta no consiste en otra cosa, que en imponer el escritor su caracter artístico á lo que es patrimonio de cada uno y de todos los nacidos: mil pintores de primera, copian una misma figura, y sin embargo de ser ésta única, cada pintor la copiará con un caracter

distinto, ó sea imprimiéndole el sello del propio temperamento.

Además de las cualidades que voy enumerando, Redel posee una que, hoy que en el mundo de las letras hay tanto perdido de espíritu, tanto canalla, tiene un valer altísimo; esa cualidad es el amor profundo á la justicia, á la verdad, al bien. Su espíritu no se parece en nada al de esa invasión de tábanos, abejorros, avispa, pulgas y mosquitos de la sátira superficial, descoyuntada como titiritero ridículo, la cual maneja las argollas, trampolines y demás objetos de volatinería del equívoco; no se parece al espíritu de ese ejército de frívolos con *movimientos de titi, carrera de ardilla y mohines de conejo*, como dice un poeta; el espíritu de Redel es el de un escritor que ama el arte como cosa santa, que coje la estrofa como si fuese un látigo y da con él á los malvados, que canta la nobleza, la hermosura, y desea que el espíritu humano ascienda y ensanche su vuelo.

Los *estacionados*, los que en la vida social constituyen *remanso*, es decir, fuerzas paralizadas, no merecen sino el desprecio común: hay obligación, obligación ineludible en cada

ser, aun en el más débil, de unir su impulso, por pequeño que sea, al esfuerzo total que perfecciona el progreso humano.

Son *estacionados*, son *aguas podridas y sin curso*, dentro del mundo del arte, los que van derechos al lucro inmediato, los vividores de las letras, ya se dediquen al teatro, ya á la sátira momentánea y fácil (léase juegos de palabras), ó ya á la novela de lances descabellados y ridículos. Dentro de una sociedad, esta gente constituye *el salto atrás*, la ignominia de la raza, la cual debe tender siempre á la perfección.

¡Qué distinto á toda esa chusma literaria es Enrique Redel! Las hermosuras de la vida y de la naturaleza se copian en su alma de artista, con la diafanidad que un claro espejo copia las imágenes. Todo su esfuerzo, toda su inspiración y toda su inteligencia, desea Redel transmitir á su trabajo, de la misma manera que un padre desea transmitir todo lo que de bueno y noble tiene, á su hijo. Sí, para ser grande escribiendo, hay que desgarrarse la vena moral é intelectual y dar el alma y la inteligencia á lo que se escribe en beneficio de la humanidad.

El léxico de Redel no es afuente ni numeroso, no sale de su pluma tan naturalmente como de una piedra el chorro de agua pura, pero tal como es, un tanto rebelde, gusta percibirlo, por la fuerza de emoción que lo envuelve. Expresa este poeta, generalmente, con pocas palabras y tiende, de un modo natural, á lo concreto, tanto que algunas veces se le quedan á medio expresar las ideas por falta de léxico. Y sin embargo hay mucha armonía interna, íntima, en sus versos; es la *melo-día* la que seduce más bien que la *instrumentación*, por decirlo á lo músico.

Una cosa, entre otras, llama mucho la atención en este poeta, y es, que á pesar de escribir en una provincia, esté tan bien orientado respecto de gustos literarios modernos, de tendencias y de predominio de las ideas; todo eso se observa al leerse sus poesías y artículos.

Es corriente en los prólogos copiar, como muestra del trabajo de quien se elogia, trozos que acrediten su mérito, pero esta vez es imposible cumplir con ese *precepto*, no por falta de espigas que entresacar, sino por todo lo contrario: en el libro de Redel, lo difícil es

encontrar una espiga que no tenga sus correspondientes granos de trigo: figúrese el lector que copio el libro entero, toda vez que tendría que trasladar aquí muchas poesías de *Amapolas*, muchas de *Al aire libre*, muchas de todas las secciones de que consta la parte poética del libro, y también largos trozos de prosa: como todo está más adelante, ¿á qué repetirlo aquí?

Para terminar, pues me esperan con urgencia otros trabajos: Redel tiene una lira con muchas cuerdas y todas bien templadas, siente la naturaleza, la vida humana, la sátira y la elocuencia; si no de un modo perfecto, sabe expresar con mucha hermosura todo lo que siente; y por su originalidad, por el número múltiple de sus emociones y pensamientos, por su fantasía, por su nobleza y por muchas más cosas, mercede ser contado entre el número de los elegidos. Yo le deseo de corazón una brillantísima carrera artística. Estoy seguro de que el público batirá con fuerza las palmas en su honor y de que le perseguirá la *furiosa jauria*, señal la más segura del triunfo en el poeta de génio.

SALVADOR RUEDA.

AMAPOLAS



## EL PÁTIO CORDOBÉS

---

*A Máximo Soto Hall.*

Un ancho alero  
de tejas rotas  
que en el espejo que el muro finge  
mira su sombra.

Bajo él, dos arcos  
de vieja forma  
y una baranda de donde cuelgan  
tiestos con rosas:

un *tendedero*  
lleno de ropas  
que son tan blancas como la nieve  
y al aire flotan:

pomposa parra  
de frescas hojas  
que es rico toldo de verde raso  
que tornasola:

dompedros de oro  
cuyas corolas  
se agitan ráudas sobre los musgos  
cual mariposas:

tupidas yerbas  
por blanda alfombra  
y entre jazmines con clavellinas  
jarras airosas,

son las alegres  
galas que exornan  
el pátio *neto* de la morisca  
sultana Córdoba.

\*  
\* \*

La rubia avispa  
muerde golosa  
de los racimos las frescas uvas  
ya carminosas.

Chirría el grillo  
y roe las hojas  
en la mezquina jaula de caña  
que le aprisiona.

El abejorro  
las amapolas  
pica, y zumbando da malas nuevas  
á las personas.

La abeja vibra;  
giran las moscas;  
el perro duerme de la ancha parra  
bajo las frondas,

y de la dulce  
guitarra mora  
un zagal joven propicio á huelgas  
arranca notas,

que, ora risueñas,  
ya melancólicas,  
llevan los aires entremezcladas  
con esta copla:

• • • • •  
—Está mi morena  
como una granada;  
¡que el sol en los campos la coje y riendo  
la besa la cara!



## ARABESCO

---

¿Ves cimbrarse las palmeras  
besando de la Mezquita  
los pórticos colosales  
que á la Arabia dan envidia?...

Pues son gigantes pinceles  
que con las luces del día  
retocan los bellos signos  
de esas portadas altivas  
que dicen:

—Libro que muestra  
sus tesoros al artista,  
escrito con letras de oro  
por una raza morisca  
sobre hojas de mosaicos,  
ajimeces, lacerías,

tapices, mármoles, cedros  
y capiteles de Siria.

Ese es el libro de Córdoba  
que editaron los Califas....

Llega hasta él, cordobesa;  
traduce sus viejas sílabas  
y con tus manos de nieve  
pon una nota que diga:

• • • • •  
—¡Con las lágrimas del tiempo  
se han borrado muchas líneas!

Madrid, 1893.

## LA SIERRA DE CÓRDOBA

---

La Sierra es una virgen venerada  
y su manto de verde terciopelo  
bordado está con rosas por la mano  
del sol..., artista eterno.

En la Sierra sus odas magistrales  
cantan los encinares gigantescos;  
con sus lábios de rosa los claveles  
se dan lúbricos besos.

Campánulas y lirios coquetean  
del arroyo mirándose al espejo;  
las flores del granado fingen áscuas  
entre el ramaje espeso.

Frescas higueras sus ropajes de hojas  
cuelgan sobre las tápias del *Desierto*  
y entre las lomas las violetas tienen  
por doseles almendros.

Las *Ermitas*, cercadas de rosales,  
pasionarias, naranjos y romeros,  
semejan encalados miradores  
donde se asoma el cielo.

.....

La sierra es una virgen, y la aroman  
los frutos de los verdes limoneros  
como incensarios de oro que columpia  
la mano de los vientos.

Madrid, Julio de 1893.

## !ODALISCA...!

---

¡Odalisca bella  
de perfiles griegos,  
de espíritu árabe  
y cristiano á un tiempo;  
mosáico de Córdoba,  
palma del Desierto!...

Parecen tus ojos  
lámparas de fuego  
y tus anchas cejas  
arcos arabescos.

Exhalando ámbar  
finge un pebetero  
de nieve y rubíes  
tu gracioso cuerpo.

Es tu cabellera  
ola del *Mar-Negro*  
y son dos magnolias  
tus redondos pechos.

\*  
\* \*

¡Voluptuosa imagen  
gallarda Odalisca,  
perla del Oriente,  
gránulo de mirra!...

Si de los harenes  
eres flor magnífica,  
juguete formado  
para los Califas;  
si bebes amarga  
copa de lascivia  
y borracha caes  
en la ardiente orgía  
rodando cual trozo  
de carne sin vida,  
observa la alfombra  
que el harem tapiza  
y piensa al mirarla  
que es tu hermana misma.

• • • • •

Porque las alfombras  
de Damasco ricas  
son como tu; valen,  
¡valen... y se pisan!

## LA REJA Y LOS AMANTES

---

Es la reja una lira  
cuyas cuerdas metálicas  
las pulsa la pasión que canta el himno  
de la alegre esperanza.

El hombre es el poeta  
y es la poesía la mujer amada.

\*  
\* \*

Un altar es la reja;  
penden de ella las jarras  
simulando incensarios,  
incensarios de plata,  
con claveles, por ámbares, pajizos  
y encarnados por áscuas.

El hombre es el creyente;  
la mujer es la virgen adorada.

\*  
\* \*

Los séres que en la cárcel  
de la pasión se hallan  
para orear su ambiente caluroso  
tienen una ventana.

El hombre es el constante centinela;  
la mujer es la eterna encarcelada.

Madrid, 1893.

## MADRIGAL

---

Sobre el mórbido seno colocada  
te ví una rosa de color de fuego;  
me pareció tu corazón, hermosa,  
que estaba descubierto.

Córdoba, Marzo de 1893.

## SEGUIDILLA

---

Ya mi guitarra  
no tiene cuerdas;  
de la madeja de tu pelo negro  
dame seis hebras.

Madrid, 1893.

## ORGÍA

---

El *Jerez* de oro  
beben las abejas,  
como en tersas copas,  
en las uvas frescas  
de las retorcidas  
vides lagareñas.

En los negros frutos  
de añosas moreras  
paladean el *tinto*  
que las embelesa.

En las rosas gustan  
el *licor de fresas*,  
y cuando borrachas  
dejan sus *tabernas*,  
zumbando en los aires  
prosiguen la fiesta  
hasta que rendidas  
caen en la colmena.

Madrid, Agosto de 1893.

## EN LA SIESTA

---

Tendido desde uno  
hasta otro tejado  
el toldo de lienzo  
está como un pálio  
dando *sombras claras*  
al callado pátio  
de blancas losetas  
y fuente de mármol.

Cercan á la fuente  
toneles con plátanos  
de listadas hojas  
que se alzan formando  
verdes quitasoles  
de lustroso raso.

Con la enredadera  
lucen tapizando  
las blancas paredes  
cálices morados.

Junto á las persianas  
cantan los canarios  
presos en las jaulas  
de alambres dorados  
mientras que la mosca  
baila en el espacio.

Los centelladores  
peces colorados  
bullen en la fuente  
caracoleando  
y rosas de fuego  
y claveles blancos  
coronan la taza  
de bruñido mármol  
mojando en el agua  
sus endeble tallos.

En la mecedora  
con almohadillado  
de borlas de oro  
que tiemblan colgando

se mece la dama  
vestida de blanco  
mientras lee de Arolas  
los sencillos cantos.

Todo brinda al sueño;  
cantan los canarios  
presos en las jaulas  
de alambres dorados  
y suenan vibrantes  
las gotas de llanto  
que desborda y echa  
la taza de mármol  
orlada de rosas  
y claveles blancos.

\*  
\* \*

Un triste mendigo  
con un niño en brazos  
llega á la cancela  
de hierros labrados;  
con voz quejumbrosa  
solicita amparo;  
se despierta el perro  
y escandalizando  
con ladrido agudo  
dá furiosos saltos,  
hasta que el mendigo  
se marcha asustado.

• • • • •

Al perro la dama  
le pasa las manos  
como agradecida  
de que echó al *hermano*  
y suenan vibrantes  
las gotas de llanto  
que desborda y echa  
la taza de mármol  
orlada de rosas  
y claveles blancos.

Madrid, 1893.

## LA GUITARRA

---

(FRAGMENTO)

La vaga idea del amor perdido  
y de la edad primera los recuerdos  
nos lleva á la memoria la guitarra  
con sus sonos monótonos y lentos.  
Cuando vibra nerviosa nos parece  
escúchar en los bosques y en los huertos  
los alegres murmullos de los pájaros  
«batir de alas y rumor de besos.»  
Si vibra compungida nos infunde  
la nostalgia, y evoca el Cementerio,  
los campos agostados, las nevadas  
y las lluvias constantes del Invierno.  
¡Cuán grato es en las tardes de verano  
y del sol á los últimos reflejos

en los alegres pátios andaluces  
oir sus vagos, melodiosos ecos!  
¡Cuán gratas son en noches apacibles  
esas notas que exhala en el silencio,  
cuando en torno de viejos caseríos  
la pulsán venturosos los labriegos!  
¡Cuán plácido en los verdes melonares  
y en las noches de luna, entre romeros,  
escuchar sus sonidos, que simulan  
el rumor prolongado de los céfiros!  
¡Y cuando al borde de españolas playas  
la pulsa con afán el marinero  
entonando bucólicos cantares  
al compás de las olas y los vientos!

\*  
\* \*

Aunque en régios salones solo vibren  
las liras, los violines y las arpas;  
aunque gratas costumbres populares  
degeneren y mueran en España;  
mientras guarde la hermosa Andalucía  
el sublime poema de las lágrimas;  
mientras que tenga un hijo, verdes campos,  
pátios floridos, rústicas cabañas,  
habrá de ser la voz del sentimiento  
y la musa del pueblo la guitarra.

## EL BAÑO EN EL HUERTO

---

(FRAGMENTO DE UN POEMA)

### II

Sobre las blancas tápias del huerto  
verdes granados sus brazos cimbran  
y enamorados de la Sultana  
mueven sus flores como pupilas.

Tiene el espejo de la honda alberca  
marco de tiestos con clavellinas  
y húmeda higuera de hinchados frutos  
que al verse se abren *negros... de risa*.

Llena el sol de oro los ricos cálices  
de las *trompetas* y campanillas;  
los juncos ébrios se unen y cantan  
el himno ardiente de la lascivia.

Las desgajadas rúbias toronjas  
sobre unas tablas puestas en fila  
simulan breves ánforas griegas  
ya grieteadas y carcomidas.

Las pasionarias entre las rejas  
de sus varajes, de amor palpitan;  
cruzan el aire los gorriones  
llevando al nido secas semillas.

Cual corazones tiemblan las hojas;  
récios manzanos versos recitan;  
susurra en torno de vieja parra  
la rubinegra golosa avispa.

Y mientras tanto la laboriosa  
mujer que el huerto riega y vigila,  
sin hacer caso del sol que hierve  
para la noche la fuente limpia.

Canta las quejas de sus amores,  
y con sus manos del sol curtidas  
saca entre claros chorros de agua  
la malla espesa de la verdina.

## III

Nube espesa de mosquitos  
en el espacio se cierne  
con ritmo extraño que cansa;  
susurra el agua en la fuente.  
El encendido crepúsculo  
su sangre enfermiza pierde  
y amarillo, como un muerto,  
en los celajes se extiende  
esperando á que la noche  
en su sepulcro le entierre.

• • • • •

Surge la noche; la luna  
con blancas nubes se envuelve  
como virgen recatada  
en su toca transparente  
y las estrellas la cercan  
como ángeles reverentes  
que no cesan de mirarla  
parpadeando en el éter.

• • • • •

Mientras, la joven del huerto  
que está al borde de la fuente  
cierra la boca del caño  
que el agua espumosa vierte,

y hácia la rústica casa  
vá por sendas de claveles  
cantando sentidas coplas...

.....  
¡Ya se aleja!... ¡Ya se pierde!...

## IV

Ya en las vecinas torres las esquilas  
imploraron el rezo de las Ánimas;  
castañetean las ranas en la alberca;  
el gusano de luz brilla en la albahaca.  
La lechuza atraviesa por las sombras;  
el perro, atado en la cadena, ladra;  
las violetas respiran perfumando;  
el negro grillo entre los musgos canta.  
Por las calles del huerto se dirigen  
á la fuente, dos bellas abrazadas;  
una es rubia y parece por lo débil  
con pólem de las rosas amasada;  
otra es morena, como son los cedros,  
y tiene de los robles la arrogancia.  
Al andar, sus ceñidas vestiduras  
suenan como una risa apasionada;  
lentamente caminan; detrás de ellas  
llevando al hombro telas nacaradas  
que han de secar después las frescas formas,  
camina silenciosa la hortelana.

.....

Ya están solas; se acercan á los árboles  
que cercañ el paraje; entre las ramas  
que filtran de horizonte azules trozos  
ven siluetas de torres y montañas;  
sin dudas ni temores, se desprenden  
de sus cuerpos las clámides; desatan  
las largas cabelleras que flamean  
en los torsos marmóreos de la espalda;  
temerosa introduce un pié en la fuente  
la una y retrocede; juegan ambas;  
parecen dos ondinas que á la orilla  
de los lagos del sueño se retratan.  
De la ciudad moruna el aire lleva  
ruido vago de coplas y guitarras;  
detiéndense á escucharlo; recelosas  
se introducen fugaces en las aguas  
que saltan salpicando á la arboleda;  
bullen, se besan, flotan, rien, cantan...  
La virgen luna surge de las nubes,  
rompe su toca y aparece clara  
para ver de las jóvenes del baño  
la misteriosa y deleitable danza;  
estática las mira...; se recrea...  
y el gérmen de la noche les derrama  
con un rayo de luz que hace que brillen  
los cabellos, los pechos y las aguas.

• • • • •



## EL PÁTIO EN LA SIESTA

---

Un pabellón de lienzo; una odalisca;  
una fuente de mármol;  
pebeteros de rosas y claveles;  
alfombra de mosaicos;  
tapices de jazmines y persianas  
son el harem del pátio.

\*  
\* \*

Sobre un blando cojín de raso verde  
la odalisca descansa;  
un libro de la historia musulmita  
tiene sobre su falda  
y sus manos de nieve juegan  
hojeando las páginas.

\*  
\* \*

Flotan sin rumbo en el templado aire  
zumbando los insectos;  
embriaga el ambiente; la odalisca  
resbala en el asiento  
y cierra el bello libro de la historia  
para abrir el del sueño.

Madrid, 1893.

## ESBOZO DEL PUEBLO

---

¡Mira la blanca torre del pueblo  
luciendo al aire  
su cruz de hierro!

¡Vé las palomas sobre las tejas  
picando granos  
y pajas secas!

Vuelan veloces y son tan blancas  
que al esparcirse  
fingen nevadas.

Fingen las calles desiertos claustros  
sin más ruido  
que el de los pájaros.

Ornan las rejas grupos de cidras  
y entre sus hierros  
cuelgan celindas.

En los corrales, entre las granzas,  
surgen claveles,  
liriós y albahaca.

De las moreras las ramas corvas  
sirven de horquillas  
para la ropa.

Lunas de espejo no ves más claras  
que de las pilas  
las tersas aguas.

Vés de las rejas tras de los vidrios  
viejas con gafas  
leyendo libros.

Anchos sombreros de paja tosca  
llevan las jóvenes,  
como pastoras.

Vagan con cántaros en la cabeza  
flacas mujeres  
por las callejas.

Y por las noches la luna blanca  
es para el pueblo  
la única lámpara.

¡Cómo seduce la paz del pueblo!  
Aquí más ancho  
parece el cielo.

Más pajarillos cruzan el aire  
y las estrellas  
son más brillantes.

Aquí las gentes son más sencillas  
y olor de rosas  
llevan las brisas.

Aquí la vida va entre amapolas,  
morados lirios  
y blancas rosas.

Carpio 6 de Enero de 1896.



AL AIRE LIBRE.



## DECLARACIÓN DE FE

---

Venerad el arte y despreciad los  
éxitos que se consiguen fácilmente.

*(Leconte de Lisle).*

Ni me importan los triunfos  
ni las grandes derrotas me anonadan.  
¡Como que adoro «el arte por el arte»  
y estoy acostumbrado á las batallas!

Se van mis afecciones poco á poco;  
¡en hora buena vayan!  
¿creerán que hé de llorar? ¡Contra ellas tengo  
ímpetus de venganza!

Desde lejos parecen  
azules las montañas;  
sé bien que, desde cerca,  
son peñascos y zarzas.

Censúrenme si quieren los que odian  
la juventud cansada;  
mas no soy miserable porque mire  
negras las esperanzas.

Que para aquellos que ante el arte entonan  
del sacrilegio las canciones bárbaras,  
aún tengo el corazón de los leones,  
de los héroes la espada.

Un escultor... el escultor del sueño  
de mi cerebro en el estudio labra  
con el duro cincel de la locura  
satánicas estátuas;  
mis ideas son piedras  
que de la mole donde esculpe saltan.

Aquí van estos versos; piedras solo  
á una mole arrancadas.

Madrid, 1893.



## EL ESCAPARATE DE LIBROS

---

Es de la librería  
el sério escaparate  
un fanal cristalino;  
sus libros son escudos venerables,  
escudos de las letras,  
las ciencias y las artes.

Mirando las portadas policromas  
de los libros, se abstrae  
el artista estudioso desoyendo  
la música sin ritmo de la calle;  
no admira á las hermosas  
que en ricos carruajes  
desfilan como reinas exhalando  
perfumes orientales;

conoce las mentiras de la vida  
y sabe que es el sério escaparate  
cerebro que concentra de los sábios  
las eternas verdades.

El criticaastro nécio  
con la palabra audaz del miserable,  
censura ante las gentes  
las obras más brillantes...,  
¡y no pasa un valiente que le diga:  
—respete usted, cobarde,  
la fama más ó menos brilladora;  
la fama menos grande,  
representa á un atleta que luchando  
con fornidos rivales  
ha dejado en el circo de la vida  
un reguero de sangre!

El *gomoso* insensato  
mientras se abrocha los flexibles guantes  
inmóvil aparece  
delante de las obras... ¿Se distrae  
contemplando los libros...?  
¡Contemplando su rostro en los cristales!

Madrid, Septiembre de 1893.

## EL FARO DEL TRABAJO

---

Es ya de noche; llueve;  
las gotas en los lagos  
van describiendo círculos  
que se agrandan temblando.

A un lado de la calle  
se descubre un andamio  
como gigante reja,  
formada de anchas tablas y de palos.

A una estaca clavada en los escombros  
aparece amarrado  
un farol con cristales de colores,  
dos verdes; uno azul; otro encarnado.

La luz como un lucero se refleja  
en las aguas de un charco,  
y es el farol que anuncia los peligros,  
el faro del trabajo.

Transparenta la luz el cristal rojo  
como un granate claro;  
con el farol la estaca  
parece un centinela que dá el ¡alto!

Entre el vidrio azulado la luz tiembla  
con resplandores vagos;  
está triste; es que alumbra  
los restos del palacio.

La luz que filtran los cristales verdes  
como limpia esmeralda fulgurando,  
semeja la esperanza  
de ver el edificio levantado.

• • • • •  
Pasa la noche y el farol se apaga;  
se ilumina el andamio  
y ritman las piquetas en los muros  
la canción del esclavo.  
¡Qué mezquina verá á la muchedumbre  
el águila en la cima del trabajo!

Madrid, Octubre de 1893.

## EL CARRUAJE DE UN DÉSPOTA

---

Uncido al charolado carruaje  
el caballo relincha  
esperando en la puerta del palacio;  
el cochero las crines le acaricia.

• • • • •  
Se sube en el pescante el caballero,  
la dócil fusta cimbra,  
y el corcel galopando  
del carruaje tira.

La aristócrata dama  
de oro y raso vestida  
en otro coche pasa; él la saluda  
con cómica sonrisa,  
y en el ancho sombrero de la dama  
tiembla la disecada golondrina,

Una vieja que cruza por la calle  
vé que se le echa encima  
el carruaje que el galán dirige  
y temblorosa grita;  
el caballo delante de la anciana  
los brazos encabrita,  
y en lugar de pararle el caballero  
furioso le fustiga.

El animal... respeta... ¡es menos bruto  
que el necio que le guía...!

• • • • •  
Prosigue el carruaje; centellean  
las charoladas bridas,  
las telas tornasolan  
y los metales brillan...,  
¡porque hasta el cielo con su luz realza  
á las almas mezquinas!

Madrid, Noviembre de 1893.

## AUTÓGRAFO EN EL ESTUDIO DE UN POETA

---

Usó el *siglo de oro* plumas de ave  
y los áticos bardos  
les impregnaron el olor suave  
de los bíblicos nardos.

Ya las modernas plumas son de acero  
para que los que rimen  
no adulen al dinero  
ni se envilezcan amparando al crimen.

Hazte de la verdad noble sectario  
y no temas hundirte en los destierros;  
es mas grande la cumbre del Calvario  
en esta sociedad de «hombres ó perros».

No temas al condor porque se eleve  
de la suerte á los Andes;  
el ave de rapiña no se atreve  
con los leones ó las almas grandes.

Rompe, fustiga, escupe y dá cizaña  
mientras que el arpa literaria vibres,  
hasta que venga abajo la montaña  
que esconde el llano de los pueblos libres.

## EN EL CAMPAMENTO

---

Nuestro pueblo es un campo de batalla;  
brilla el sol del progreso en sus arenas;  
del escuadrón del Arte  
son soldados los mártires poetas  
que arrogantes cabalgan  
en los blancos corceles de la idea  
sonando de la rima  
las bruñidas cornetas.

Aullando como perros  
en las filas artísticas se internan  
con los rojos caballos del encono  
las tropas de la envidia; vociferan  
las turbas de plagiarios repitiendo  
la música escuchada á los poetas

y á veces galopando  
en los negros bridones de la pena,  
los fantasmas del hambre y de la duda  
á los bardos asedian.

¡Mas no importa! Los torpes escuadrones  
que con los héroes mártires pelean  
su sangre miran mas que las espadas:  
¡han de caer por fuerza!

• • • • •  
¡Como que arrojan los corceles blancos  
por las fauces centellas!  
¡Como que al paso tornan  
en luceros las piedras...!  
y los hijos del arte en el cerebro  
condensan de los dioses la grandeza,  
como el casco bruñido del soldado  
en su metal refleja  
la vega, el monte, el mar, cuanto vé al paso...;  
los cielos y la tierra.

Madrid, 1893.

## LA VENDEDORA DE GLOBOS

---

El crepúsculo asoma tras las verdes  
acacias del Retiro...

Con una felpa de color de rosa  
en el cabello rizo,  
y en la mano una hebra que atirantan  
globos azules, rojos y amarillos,  
pasa una vendedora pregonando,  
*¡bombas para los niños...!*

Observa en un asiento  
á un jóven que lee un libro;  
se acerca y le pregunta  
mostrando la sonrisa del cinismo:  
—¿Y usted no compra globos...?  
¡Mire usted qué bonitos!—

El jóven la comprende; se le pone  
el color encendido,  
y la mujer se ríe  
del estudiante tímido.

¡Siempre igual...! ¡La vergüenza  
sirve de mofa al vicio...!

Así, ya en el *Pretorio*  
ante la viva *púrpura* de Cristo  
se mofaban las turbas  
de grotescos judíos.

El jóven queda solo; saca un lápiz  
y escribe estos renglones en el libro:  
—Vende el cuerpo á los hombres;  
los globos á los niños.—

• • • • •  
Pero ¿se asombra usted, jóven artista,  
de la escena que ha visto...?

¡En esta Tyro de comercios viles  
se vende hasta el espíritu!

Madrid, Noviembre de 1893.

## CÓPLAS

---

¡Paso á la hermosura...!  
Al cruzar las selvas  
lluvia de hojas blancas echarán los aires  
sobre tu cabeza.

\*  
\* \*

¿Por qué hemos de ser iguales?  
¿No hay gusanos de ataud,  
y ves gusanos de seda,  
y ves gusanos de luz?

\*  
\* \*

¿Para qué sirve la gloria  
que nos den después de muertos?  
¡Lo mismo duerme en la tumba  
el más sábio que el más necio!

\*  
\* \*

Te destacas á mis ojos  
entre adornadas doncellas  
como la nevada luna  
entre todas las estrellas.

\*  
\* \*

¡Sobre moradas violetas  
se elevan las malvalocas  
que fingen rosas de grana  
pero no tienen aroma!

\*  
\* \*

¿De qué nos sirve saber  
si no sabemos la ciencia  
de vivir sin padecer?

\*  
\* \*

¿No comes por no gastar,  
ó para que estando flaco  
no se sacien de tu cuerpo  
en la tumba los gusanos?

\*  
\* \*

¡No te precies de hermosura!  
Nos place ver las estrellas  
que fulguran en la sombra  
y no saben si son bellas.

\*  
\* \*

¿Que nada es grande en el mundo?  
Toca al cielo la palmera  
y... ¿de donde se levanta  
sino de la misma tierra?



## EL CAÑÓN DE LA HONRA

---

*A mi madre.*

¡Cuántas cosas me dices  
porque la suerte no me ofrece rosas!  
¡No te entristezcas, madre...!  
Mi desgracia es hermosa;  
es un carro de hierro  
que camina en las sombras...,  
¡pero, vale...! Le he puesto por corceles  
el arrojito y la cólera.  
Encima de ese carro  
va segura mi honra;  
mi honra es un cañón que nada teme;  
sarcasmos son sus bombas;  
á la conciencia tengo  
por blanca banderola.

La ley es que los vicios  
se lleven las victorias;  
por esto no te extrañes  
de que la suerte no me ofrezca rosas.

Rameras y bandidos  
en las gradas del circo se amontonan;  
el gladiador no pasa de la arena;  
¡así es la eterna Roma!

Sí; mira los condores;  
son aves de rapiña y se remontan  
hasta tocar los cielos;  
¡mas que el condor no suben las palomas!

• • • • •

No me repitas, madre, que me esperas;  
quiero llegar al Gólgotha...  
los arroyos se estancan con el cieno;  
el mar no retrocede aunque halle rocas.

¿La desgracia es oscura?  
La desgracia mi espíritu avalora;  
en la noche fulguran las estrellas;  
el gusano de luz brilla en la sombra.

Las almas perturbadas  
que dices que me odian,  
son almas miserables; cara á cara  
el guante no me arrojan:  
las balas nunca llegan á la luna;  
una luna es la honra.

---

Quiero luchar: á tí no han de ofenderte;  
si te ofenden... ¡me llamas en buen hora!  
Se me ha hecho el corazón de dura piedra...  
¡No es fácil que le rompan!

Madrid, Noviembre de 1893.



ALGO DE LETRAS



## LA CARRERA DEL ARTE

---

(EXPLICACIÓN Á MODO DE CUENTO)

Entre gruesas columnas enramadas de yerbas aromáticas, entraba al comedor <sup>(1)</sup> de un palacio romano la claridad de un bosque de laureles con incendios de sol; entraba la claridad barriendo sombras grises hácia el fondo de la estancia y abriantando los objetos con fulgores de luna; sustentaban la mesa dos olímpicas águilas de bronce con las alas abiertas y las garras clavadas en la alfombra de sedosas pieles de tigre.

Noveles bardos coronados con hojas de arrayan conversaban en torno de la mesa llena de manjares; estaban echados, con pereza de dioses, en lujosas *camillas* de grana.

---

(1) Entre los romanos se llamaba *triclinium*.

Este grupo de bardos hallábase presidido por un anciano, celebrado artista de nevada cabeza, en la que se ajustaba una corona de pétalos de oro, como la de Domiciano.

\*  
\* \*

Entró el *magister cenæ*, y en las copas cinceladas fué vertiendo espumoso Lesbos de ánforas viejas. Los atildados jóvenes brindaron por las glorias del maestro y dialogaron acerca del Arte

«arca santa del gusto y la belleza».

\*  
\* \*

Entre aquellas columnas con guirnaldas de yerbas olorosas veían algunos comensales el bosque de laureles; tras del bosque los celajes azules y los campos de Roma llenos de pomposas colinas; mugía en el silencio el oleaje del caudaloso Tiber; el maestro regocijábase porque celebraban conferencias literarias en vez de escenas repugnantes como las de los juegos de gladiadores que se mataban á la postre de los festines, y las de liviandades de ramerías encendedoras de lujurias.

Después habló de esta manera á sus discípulos.

\*  
\* \*

—Para que mejor comprendais la carrera del Arte habré de explicarla con imágenes.

Observad, entre esas columnas y detrás de ese bosque, aquella montaña; vedla y figuraos que es la montaña del Arte. Desde aquí, desde lejos, envuelta por las brumas, nos parece azul; tened en cuenta, queridos discípulos, que azules son las *ilusiones engañosas*.

El jóven la vé desde lejos vaporosa y llega hasta las faldas; hasta las faldas de la montaña; la observa alfombrada de musgos del color de la esperanza; como está el novicio en la mañana de la vida, mira además la aurora de color de rosa coronando la cumbre.

Con esos velos de ilusiones, con esos musgos de esperanzas y esa aurora de sueños de color de rosa... ¿Cómo no ha de atreverse á subirla...? Entusiasmado, principia la cuesta y nadie le acosa, nadie le sale al paso para detenerle; el camino es libre.

.....

Mas ¡ah! Como no andamos con la velocidad del pensamiento, cuando llega á la mitad del monte está ya en la tarde de la vida; entonces vienen las angustias; el peregrino del Arte se vé la ropa hecha girones en las zarzas del despecho; las manos descoyuntadas en los peñascos á que se agarraba para no resbalar; rotas las sandalias; desangrados los piés desnudos con las ortigas de la envidia, que pisotea; siente des-

alientos mirando las serpientes de la ignorancia que rastrean en torno suyo y que le fijan los ojos estúpidos con brillo de lentes; eleva las pupilas hácia la cumbre del monte, y al ver el sol recuerda que el color rojo de la aurora le anunciaba sangre; los rayos del sol dan fulguraciones de cristales á los picachos y riscos con hoyos de calavera; despeñan las sombras azuladas de los árboles y se clavan en el rostro del peregrino, arrancándole gotas de sudor como gotas de lágrimas. Con la imaginación mide el caminante el terreno; como está en el centro del monte comprende que quedan iguales distancias para subirle que para bajarle... y sigue subiendo.

• • • • •

Sin fe, sin ilusiones, hecho pedazos, llega al cabo á la cumbre; pero llega en la cansada noche de la vida. Ya el sol que le deslumbraba no resplandece tampoco; casi toca la luna con las manos; abarca con su mirada la extensión inmensa de la tierra y del cielo; las estrellas fosforecen como corona de brillantes sobre su cabeza; pequeños, como gusanos, vé á los hombres que bullen en los llanos del campo del mundo; también él mismo se considera sin vanidades como un punto entre las inmensidades que domina.

El artista que ha llegado á la cumbre nada teme sin embargo; sabe que los lobos que le

aullan habitan más abajo y no han de acercársele; sabe que las balas más poderosas no suben jamás hasta la luna.

¡Bardos noveles! Así es la montaña; esa es la carrera del Arte; el nécio mundo la vé desde lejos y no la comprende; la vé como nosotros vemos aquella desde esas columnas: azul y nada más que azul.

Enseñemos á los hombres que el verdadero artista es un guerrero más digno de laureles que los ejércitos; más digno, sí; porque lucha á solas en cien combates.

\*  
\* \*

Esto habló el lírico romano con la magestad de un profeta. Durante la peroración las hojas de la corona de oro fulguraban temblando en sus espaciosas sienes, como las estrellas luminosas que, en la noche de la vida, coronan la bosquejada cumbre de la gloria.

\*  
\* \*

Es fama que cuando acabó el banquete escribió uno de los discípulos estas palabras, para que las viesén los liliputienses:

—¡Hombres osados, que sin fuerzas dignas comenzais la carrera de las Letras...! Apartaos del camino, porque la planta poderosa del génio habrá de pisotearos como á las ortigas del cerro el peregrino.

Octubre 26 de 1894.



## LA PRENSA Y LOS PERIODISTAS

---

### I

En los talleres de la imprenta silban los volantes giratorios de las máquinas y retumban los acompasados golpetazos de las planchas grabando el periódico. Desde el bufete de la redacción escucho las vibraciones de las piezas como la orquesta atronadora de la civilización; los sonidos hablan al espíritu y las máquinas de imprenta maniobrando parece que me dicen:—Somos de hierro para que nadie nos venza; nuestras vibraciones son latidos del corazón del progreso; grabamos el periódico y el libro para que recorran las naciones sin tardanza; la mano del hombre se desfloca copiando *una* Biblia; nuestras manos

de bronce copian millones de Biblias en poco tiempo para que las muchedumbres se sacien, y no nos cansamos; las letras que traza la mano del hombre fueran como la *palabra hablada* sin nosotras; el aire de los siglos las llevaría...

• • • • •  
 El periódico es la historia detallada de las costumbres, de los hombres, de los adelantos; el intérprete de todas las lenguas; el *libro diario* donde se inscriben los acontecimientos del mundo.

Dicen que la historia es la *maestra de la vida*; la prensa, que es la historia detallada de la humanidad, tiene que ser, según eso, *maestra de la vida*.

—¿Lo es siempre?—Escuchemos un diálogo.

—Me parece que no.

—¿Por qué...?

—Porque en no pocas ocasiones *hace historia* de lo falso, y la verdadera historia no es el cuento; es el juez severo de la realidad.

—¡Lástima que no tenga de continuo la independencia de los héroes...!

—Si la tuviera siempre ¡oh! el periódico no tendría precio; fuera como la blanca Hostia que se levanta sobre muchedumbres arrodilladas, y tendría grabada en el centro la cruz de la fraternidad universal, símbolo de la doctrina más grande de todas las doctrinas.

Falta que la eleven todos los periodistas, como sacerdotes de la educación, en el sagrario del mundo.

## II

Jesucristo llamaba á los nobles de corazón para que le siguieran; el estado de la sociedad contemporánea necesita y llama para periodistas á los *hijos de la luz* que tienen *hambre y sed de justicia*; pero, cátrate lector, que muchos *hijos de las tinieblas*, sin que nadie les llame, asaltan la prensa para convertir el periódico en flecha de sus ódios y en corneta de sus conveniencias; beneméritos *hijos de la luz* temen encenagarse; huyen de la prensa, y la prensa queda casi convertida en una noche triste.

Ejércitos de audaces que se juzgan dignos de la consagración artística llegan modestamente á las redacciones; tributan aduladoras reverencias á los directores-propietarios, que algunas veces son ricachos sin el oro de la ilustración; les catequizan, y como han de escribirles con *pisto* y sin sueldo ¡zas! les ofrecen plaza; se hacen inseparables compañeros de las tijeras, suplidoras del buen criterio; se rozan con los *consagrados por derecho propio*, y satisfacen sus ambiciones insertando párrafos rutinarios que

les pongan en *los cuernos de la luna*; después de muchos *bombos* continuos corren sus nombres por la boca de las turbas como los nombres de los buenos periodistas por la de los ingenios; ven en las sonrisas de la cortesía las sonrisas de la admiración, y bullen como dioses en las comedias del *gran mundo*.

Tropas de biliosos que no realizaron los sueños de su carrera forman la segunda sección de elementos estraños á la prensa honrada. No serán tan artistas que se remonten sobre los adalides de la fama que con ellos emborronaron cuartillas *in illo tempore*; pero se harán periodistas para mirarles con los ojos verdes de la venganza; escriben artículos sin firma poniéndoles como *chupa de dómine*; en los corrillos que se les forman de admiradores de conveniencia hablan *como demonios* de los escogidos; se ocupan con cierto desdén en las producciones de los que están en vías de ser algo, ó no se ocupan, que es la mayor demostración de desagrado, y convierten la prensa en *servil cortesana de sus apetitos*.

¡Qué cierto es esto y qué triste! Los espíritus que todo lo ven de color de rosa, me habrán calificado ya de pesimista satánico. Seguramente habrán dicho: este hombre considera la prensa como *una cueva de negros*.—¿Pensais eso?

—Pues os equivocais. Sé que existen redacciones donde no caben los depravados, y conozco periodistas enérgicos que son elevadores de los pueblos.

Para estos ya tengo preparado el incensario de oro...

Conque... intérpretese bien mis observaciones; dije, y repito, que, como la adulación se abre paso, muchos hombres de mala voluntad se valen de ella para escalar la olímpica atalaya del periodismo.

Avalanchas de nécios desconocen también, muchas veces, las leyes sagradas de la prensa digna; aplauden con todo el estrépito de las turbas escenas semejantes á la lucha de gladiadores en los circos antiguos; detallan repugnantes tragedias y parece que se complacen en *eternizar* las efigies de los que envenenaron los hogares con puñales y bombas y que no pudieron subir á otra cumbre que á la del patíbulo; olvidan en cambio á tantos desgraciados que fenece en los hospitales abrazados á la cruz del *Divino Maestro*; á tantos mártires de la honra que tienen hambre y no piden pan; á tantas violetas de la modestia ocultas bajo la yerba crecida...

Justo será que hable ahora de los campeones del periodismo, y que desde mi baja esfera levante por ellos la bandera del entusiasmo.

## III

Sin los buenos periodistas el sol del progreso hubiese permanecido oculto entre las nubes de la estúpida ignorancia. Nuestro siglo, que es el verdadero siglo del periódico, ha abierto casi del todo las puertas de la civilización, aunque esté también lleno de concupiscencias y de batallas como todas las naciones en las épocas más luminosas.

Conozco periodistas meritísimos; como no he de citarlos porque son muchos, y además pudieran parecer estas líneas adulatoras, les dedicaré una pobre pero sincera *letanía*. Desde luego que muchos de estos periodistas beneméritos no descenderán desde sus tronos para leer estas cuartillas malas; pero si alguno que me conozca desciende, aunque no sea más que para mofarse de la vanidad ridícula, que no sé por qué, muchos *descubren* en mis escritos, pueden aplicarse las siguientes líneas.

• • • • •

¡Oh, periodista, regenerador de las costumbres!

Sueles ser el Jesús del siglo que nace envuelto en los pañales de la pobreza; cruzas los caminos de la vida atrayendo á las gentes; les gra-

bas en los arenales del alma máximas bíblicas; les abres el libro de la enseñanza; arrojas del Tabernáculo del Arte, de la honradez y de la ciencia á todos los mercaderes que intentan profanarle; eres el héroe que practicas con la pluma obras meritorias y no las firmas, para más semejanza con ese Jesús que practicaba la caridad en Nazareth sin que nadie le viera; subes al calvario de la tristeza entre los gritos de una muchedumbre que no te comprende; perdonas á los que *no saben lo que se hacen* y mueres pobre <sup>(1)</sup>.

Lectores: aunque no sea más que para estímulo, abrid el campo de las afecciones nobles á los que elevan la prensa domadora del mundo; esos adalides del buen ejemplo nos abren con su espada las anchas vías de la civilización.

12 de Septiembre de 1894.

---

(1) No hace mucho que falleció en Córdoba un periodista honrado: el director de *El Orden*; fué enterrado en la fosa común, y no le llora más que una familia sepultada en el fango de la miseria.



## CONTRA LOS ARTISTAS ESTRAVAGANTES

---

Conozco vates donceles que no han leído nada más que *Los Miserables* de Víctor Hugo y *El diablo mundo* de Espronceda; quieren darlas de viejos, de neuróticos, de poetas descamisados; les vemos escribiendo versos en las mesas de las tabernas y atravesando bulliciosos parages con aire fingido de despreocupación; actúan de desvergonzados en corrillos de *gente de dinero*, se consideran grandes *génios desconocidos* y no hallan, según sus versos, doncellas que no sean prostitutas, matrimonios sin adulterio, escritores que no estén consumidos por la envidia, etc.; siempre tienen en los labios chacales, vistos en los «Elementos de Historia natural» y no escriben nada más que de abismos y de orgías.

Estos vates furibundos, sin razón, son unos frenéticos amadores de la popularidad, dignos del populacho, y aparentan ¡ay! (este ¡ay! es imprescindible en ellos) desesperación y cansancio de la vida. Vamos á ver—pudiéramos preguntarles:—¿Por qué tienen Vds. novia, si todas las doncellas son meretrices y Vds. censuran el vicio?—¿Por qué no conciben Vds. matrimonios sin adulterio, si vuestros padres están casados?

—¡Ah!—contestarán Vds.—Mi novia y mis padres son modelos de honradez.

Entónces digan con Sinesio Delgado:

«Soy anarquista; ¡abajo lo existente!  
menos un servidor, naturalmente».

Y sobre todo ¿no son Vds. escépticos y hállanse hartos de vivir? Pues... ¿por qué no imitais á Larra? Fígaro era escéptico y á los veinte y ocho años se suicidó. Y aquí paz y después...

¡Nada, nada!

Si el dolor os desespera  
y estais hartos de vivir  
¿para qué tanto sufrir?  
¡¡Un balazo en la mollera!!

Si estos individuos falsificados, que suelen ser cualquiera cosa, se mirasen en buenos espejos, se avergónzarían.

Los artistas modernos aspiran á ser personas respetables; no visten con lujo porque la pobreza y la modestia son compañeras del ingénio; pero visten con decencia y hablan con sinceridad. La aristocrácia del talento no se lanza á rodar por las calles ni se arroja al fango de los lupanares; enseña con la palabra y con el ejemplo.

Cierto es, por desgracia, que existen, especialmente fuera de España, mal trazados bohemios que son artistas de fama universal. Baste, para ejemplo, Paul Verlaine, el gran poeta parnasiano, que borracho de cerveza pasa la vida en los cafés de Paris. Pero estas escentricidades nada tienen que ver con el ingénio; no son consecuencias del númen; no necesitan aunarse como el cuerpo y el alma. Verlaine fuera el mismo poeta sin ellas.

Los artistas de *bajo vuelo* que tienen la estravagancia de imitar estravagancias, han supuesto con el vulgo que los hijos del Arte tienen mucho de desequilibrio en el cerebro; en mi entender están lastimosamente equivocados; creo que los grandes pensadores tienen precisamente lo contrario; esto es: el *equilibrio* del pensamiento extraño á la vulgaridad *desquilibrada* con sus vanidades y torpezas.

• • • • •

¡Máscaras de la bohemia en la vida del Arte! Se os conoce en la voz; arrojad al lodo la careta de la degenerada extravagancia; con esos disfraces, más que las trompas de la popularidad, escuchareis los pitos de la burla.

15 Septiembre de 1894.

## SEMBLANZA

### DE LOS ESCRITORES ENVIDIOSOS

---

Los artistas novicios sienten las granizadas de la sátira que arrojan los críticos, y juzgan que el mundo del Arte está lleno de envidiosos. Equivocados están ciertamente; el mundo de la literatura más lleno está de vanidades que de envidias. Den por seguro los que opinan de ese modo, que el que más y el que menos tiene amor propio; se considera un dios y mira á los compañeros en edad como gusanillos.

Nadie envidia á los literatos incipientes; estos, por lo mismo que son ignorantes, se estiman demasiado; están casi ciegos y confunden las sonrisas de la burla; hasta creen que las flechas que tiran hombres de mérito, van para

ellos por envidia. *¡Vanidad de vanidades, y todo vanidad!*

Los verdaderos reptiles de la envidia solamente se arrastran por los caminos que pisan los génius. Y más. No suelen arrastrarse porque envidien las facultades creadoras de esos génius; se arrastran porque envidian los aplausos y laureles que el pueblo les tributa; son envidiosos del *bombo*, no del númen.

Estos egoistas, según mis observaciones, permanecen mudos delante del envidiado. Se desentienden de todas las palabras que se relacionen con la inteligencia del envidiado; parece que están nerviosos en su presencia, pero en silencio. Cuando está ausente el envidiado ya es otra cosa; discuten con cólera en corrillos de hombres profanos y hasta en corrillos de damas cursis; discuten, por supuesto, acerca del envidiado para negarle facultades felices; van á *triturarle* en los periódicos, sin que las más de las veces se atrevan; le escriben cartas anónimas (yo he tenido la honra de recibir algunas) con palabras soeces; le aplican defectillos de poca monta que en ocasiones no son defectos; dicen que no quieren leer los trabajos que publica y pásanse las noches en vela *soñando* con ellos; no dejan de nombrarle un momento, y hasta se baten con los defensores que le ensalzan.

Estos individuos, que aparentan superioridad sobre el envidiado, *descuartizándole*, consiguen, contra sus tendencias, darle notoriedad y engrandecerle. El envidiado es como el celaje azul; se destaca más luminoso entre las nubes negras de las malas pasiones.

En cambio el envidioso, como la nube negra, siempre estará bajo las estrellas de las imaginaciones brillantes; podrá velar las estrellas á su paso; pero su paso es ligero y las estrellas permanecen inmutables dominando al mundo.

Octubre 18 de 1894.



## RASGO SOBRE LA CRÍTICA LITERARIA

---

La verdadera crítica vive con los párpados cerrados para las afecciones; permanece de continuo al lado de la báscula de hierro de la justicia para pesar las inteligencias. Todos sabemos que las apariencias engañan; á veces conocemos *licenciados en Derecho* que entienden menos de leyes que otros, solamente *licenciados... de presidio*.

La crítica verdadera sabe de memoria que *el hábito no hace al monje*, y es observadora; examina; vé las ideas sin quevedos que las aumenten; no concede caballeridad literaria al estúpido, porque luzca en su pecho condecoraciones brillantes, y falla cara á cara, con voz de campana atronadora, para que se enteren las muchedumbres devotas del buen gusto.

La crítica moderna no se parece á esa crítica tímida que, para obrar con imparcialidad, dejaba el examen para el *fin del curso* de una vida. La crítica verdadera no se vende al oropel de las adulaciones ni se rinde á las espadas del ódio. Podrá revestirse de alguna benevolencia para estímulo; pero jamás se disfraza con benevolencias exageradas.

La benevolencia extremada destruye por completo á los individuos que elogia indignamente; esto fuera pasable; pero no tiene disculpa, porque al mismo tiempo amengua á los literatos de mérito ó de esperanzas. Supongamos que se publican dos libros, uno lleno de elegancias y otro plagado de barbarismos. ¿Qué consiguen esos periódicos, que de ambos dicen, poco más ó menos, las mismas frases rutinarias?... Pervierten al autor de la obra mala, más todavía, porque le hacen que prosiga por la senda trillada, creyéndola magnífica, y hacen que desmaye el autor del libro bueno, porque se vé nivelado con los inútiles. ¿Qué espíritu, por grande que sea, no clama al cielo cuando vé compensadas sus horas de luz y de vigiliass, con recompensas iguales á las de los vagos y torpes que no las merecen?...

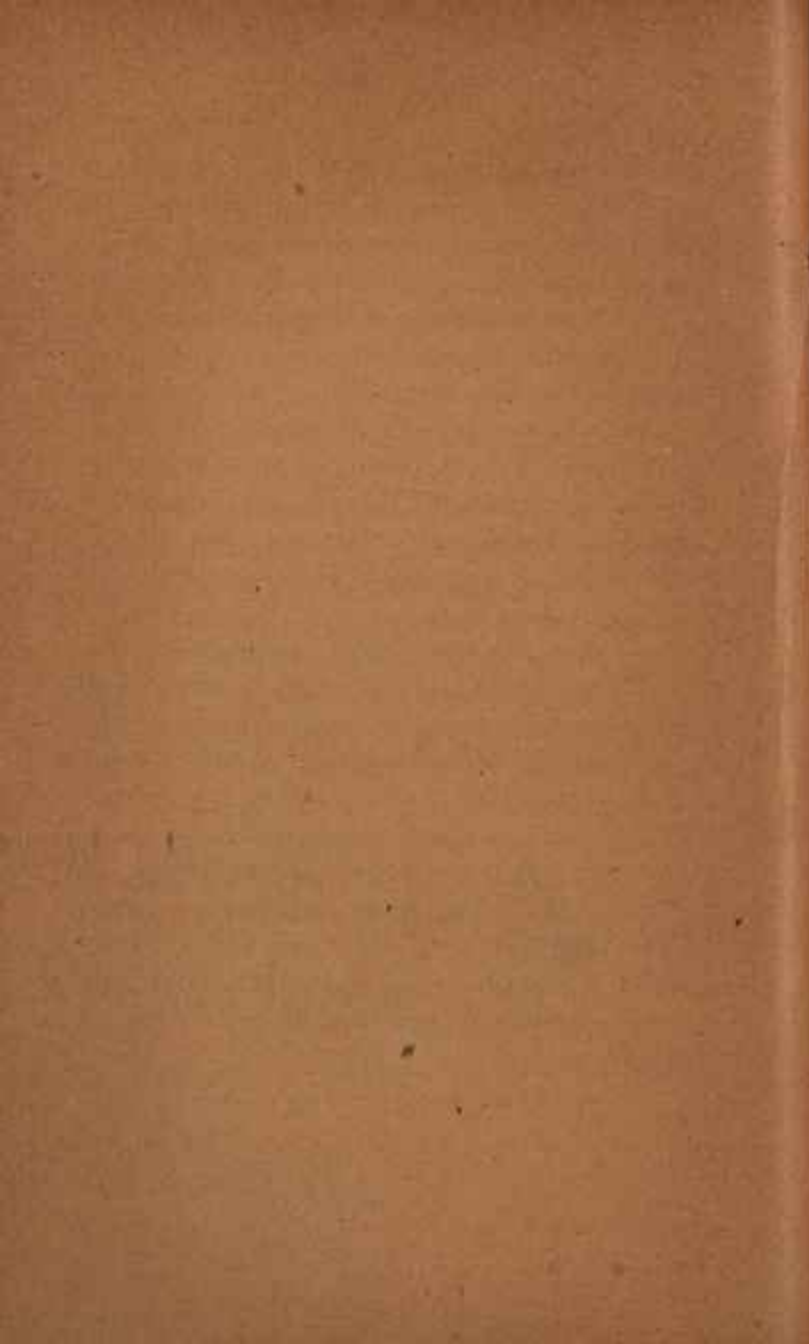
La crítica preferible, en mi concepto, pese á quien pese, es esa crítica fustigadora que

señala bellezas y acumula defectos, sin escrupulosidades femeninas; esa crítica que arroja sin miedo las flechas punzadoras de la sátira.

—¿Que por qué?—Porque hace que aprendamos y nos estimulemos los escritores noveles, que tenemos fuerzas para no rendirnos; por algo dice el proverbio que *la letra entra con sangre*.

Conste que comprendo que mis escritos merecen la censura amarga de esa crítica que defiende. Hago esta aclaración para que no piensen los lectores que la enaltezco porque me forje *ilusiones engañosas*.

Los criticados no suelen opinar de esta manera; individuos que colocaban á otros en el cielo, tratan después de bajarles hasta el lodo, por despecho. Jamás he obrado yo de este modo, y perdóneseme la lisonja; reconozco y aplaudo el mérito en los que le tienen, aunque sean mis enemigos. Es verdad que esos critiquillos de despecho no caben en el esplendoroso Tabernáculo del Arte. Son como esas viejas despen-seras, *desolladoras* de sus amos, que se piropean á cambio de una copa de aguardiente en el mercado.



# CONSIDERACIONES

## ACERCA DE LA POESÍA MODERNA

---

### I

El Arte antiguo era como la jaula de oro que encierra á un ave; el pájaro, el artista, cantaba preso...

El Arte moderno no tiene jaula; el artista es el pájaro libre; cruza los campos, entra en las ciudades, vá por todas partes, se posa en donde quiere.

No faltarán maliciosos que digan: luego el artista moderno, según eso, es como el corcel salvaje; es un potro falto de elegancia; no está domado.

Los hombres de buena fe, y sobre todo de buena inteligencia, comprenderán que no está

*despistada* la comparación; porque como el pájaro *fino* sabe no posarse en los zarzales, el artista verdadero sabe ir libre sin detenerse en los muladares del mal gusto. *Muchos son los llamados y pocos los escogidos*, dice el Evangelio; los escogidos pasan por los lupanares como la luz; sin mancharse.

Me explicaré de otro modo. El Arte moderno tiene un código que dice al pueblo amado:— No te falsifiques; escribe como sientas; si eres cristiano, canta un himno que dé olores de cedros del Líbano, de mirras y de sándalo, como el *Cantar de los cantares*. Mófate de todo con risas byronianas si eres escéptico; si eres ateo escupe blasfemias dulcificadas con salivas de mieles; sé espontáneo; no te asemejes al *diablo predicador* de la fábula; el *diablo predicador* brinda contra el vicio apurando una copa de *champagne*.

La crítica moderna debe ser cosmopolita para que armonice con el arte contemporáneo; está obligada á aplaudir la belleza en donde quiera que se encuentre; no todas las aves forman sus nidos en las ramas de los árboles, ni todos los artistas deben procrear la belleza sobre las rosas por ejemplo. La belleza puede estar lo mismo en una estatua mística que en un libro de Voltaire. El Arte antiguo se encerraba en moldes, y la

crítica no celebraba más que las producciones ajustadas al cánón general. La crítica era, algo así, como esos fanáticos religiosos que ponen como *chupa de dómine* á Ernesto Renán porque no pensó como ellos.

Resúmen de los anteriores párrafos: La crítica moderna empuña la fusta y arroja á los fariseos del tabernáculo del Arte, diciendo:—¡Abajo las turbas rutinarias!—En mi templo caben todas las razas; pero todas las razas que traigan dos escudos; la sinceridad y la belleza.

## II

La sinceridad, galardón de la moderna Poesía, abunda poco en este siglo de comedias; por esto no son muchos los poetas modernos, al menos en España.

La rutina catequiza á los que nacen con aptitudes para el arte; les domina y truécase el *lenguaje de los dioses* en lenguaje de tenorio cursi; esto es triste; á cambio de algunos publicistas de fama y de algunos estudiosos que cultivan el arte moderno, existen muchos *mosquitos literarios*; tal llama Palacio Valdés á los imitadores.

La rutina no es espontánea; no es sincera, aunque lo parezca; los versificadores se han

acostumbrado á ella como el presidiario viejo al calabozo. En la nueva poesía no caben las comparaciones manoseadas ni las frases hechas; no caben los *ámbitos profundos*, por ejemplo. Quintana, Espronceda, Zorrilla, Becquer, Campoamor y algunos otros, no necesitan hijastros. Sobran, pues, esas cáfilas de imitadores que escriben *rimas, legendarias, orientales, humoradas...* Sobran.

La falta de sinceridad ha dado que decir á muchos que desconocen el verdadero Arte; estos dicen que la Poesía es *cosa de tontos* y que está llamada á desaparecer. Naturalmente: los *jueces* á que me refiero leen casi á diario versos *chirles* y están como vendados; no ven las luces de la sinceridad y de la belleza que abrillantan las obras de los grandes revolucionarios...

Confirmaré mis afirmaciones con las siguientes palabras de D. Rafael Ginard de la Rosa. Dice este escritor:

«¿Por qué estos tiempos de tan varia é intensa Poesía son estériles para nuestra querida pátria...? Fuerza es decirlo; porque nuestra actividad intelectual se evapora en obras sin raíces en la conciencia nacional; porque se ha hecho la revolución política sin que la acompañe la revolución literaria».

• • • • •

Los soldados del Arte nuevo vociferan mostrando los expresados escudos de la sinceridad y la belleza; están en guerra con las turbas rutinarias; acaso no esté lejos el día en que la batalla arrecie y las turbas queden muertas.

Entonces, entre los clarines de triunfo, la Poesía regenerada cantará á la libertad tan discutida y paseará la bandera de la ilustración entre los vítores de las muchedumbres.

### III

Después de todo lo dicho, deducirán los lectores que acato todas las tendencias siempre que sean originales y bellas. Me placen hasta los versos hueros disimulados con un estilo hermoso. Aparte de esto abrigo pareceres que no censurarán los críticos imparciales. Juzgo que la moderna Poesía debe ser enérgica, de hierro, para que conmueva; no porque todos los artistas fustiguen han de parecerse; el sol es uno, pero las masas de luz que dá en las calles tienen cortes distintos; de bronce son las corazas y de bronce los cascos; pero la conformación de ambos objetos es distinta.

El siglo muere sin el viático de la esperanza; vive con toda la sombra de una noche; los corazones están secos, duros como las rocas, y

para conmoverles, creo, con eximios escritores, que la Poesía debe tener los elementos de las tempestades; como olas de los mares deben ser los poetas, tienen que dar rugidos formidables y azotes continuos para empapar esas rocas de espíritus. Hay que combatir el vicio, el despotismo, la barbarie, toda esa sociedad egoista.

No pocos escritores contemporáneos sienten estas ideas regeneradoras. *Figaro*, que tanto se adelantó á su tiempo, las demostró acaso mejor que nadie. Copiaré, pues, algunos párrafos de *Figaro*; que al cabo, y al principio, y de todos modos, serán comprendidos mejor que los míos, desaliñados y tercios.

¡Atención!

«Si nuestra antigua literatura fué en nuestro siglo de oro más brillante que sólida, si murió después á manos de la intolerancia religiosa y de la tiranía política, si no pudo renacer sino en andadores franceses, y si se vió atajado por las desgracias de la pátria ese mismo impulso extraño, esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura *nueva*, expresión de la sociedad *nueva* que componemos, toda de *verdad*, como es de *verdad* nuestra sociedad; sin más regla que esa verdad misma; sin más maestro que la *naturaleza*, *joven*, en fin, como la España que constituimos. *Li-*

*bertad* en Literatura, como en las Artes, como en la Industria, como en el Comercio, como en la conciencia».

«Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida á las galas del decir, al son de la rima, á entonar sonetos y odas de circunstancias; que concede todo á la espresión y nada á la idea; sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, y faro, por tanto, del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aun; apostólica y de propaganda; enseñando *verdades* á aquellos á quienes interesa saberlas, mostrando al hombre no *como debe ser* sino *como es*, para conocerle; literatura, en fin, espresión toda de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo».

¡Artistas jóvenes, mis compañeros! Síguenos por el camino de la Poesía que conviene al siglo en que vivimos.

Agosto de 1894.



## MÁS SOBRE LA PRENSA

---

La prensa de provincias suele ser más débil que la de las grandes capitales, y abusa de los superlativos con más frecuencia. En periódicos de provincia no es raro, por ejemplo, que á cualquiera rimador vulgar se califique con adjetivos solo aplicables, en justicia, á líricos de primer orden. Es verdad, sin embargo, que merecen disculpa en esta parte; la merecen, porque el periódico de provincia que no halaga á los provincianos que ayudan á costearle con sus suscripciones, muere. Todos los suscriptores se juzgan con derecho á ser altamente piropeados en *letras de molde*... ¿Y qué van á hacer los periodistas sino darles gusto para que no se borren...?

Después de todo, las noticias rutinarias se

leen con risa y únicamente las creen *á puño cerrado* las personas de escasa ilustración; me refiero, por supuesto, á las noticias de *bombo* innmerecido. En cualquiera profesión las reputaciones mal adquiridas se derrumban pronto, y, sobre todo, el favorecido «no ha de ser más virtuoso porque le elogien ni más vil porque le desprecien; lo que sea eso es». Ahora: es triste, desde otros puntos de vista, que la prensa de provincias sea tímida; es triste porque influye mucho en la elevación de la ignorancia y en el rebajamiento del mérito. Es necesario que, ya que sea grande en las cosas pequeñas, no sea pequeña en las cosas grandes.

En Córdoba, verbigracia, la prensa, de ser más enérgica, hubiese detenido las piquetas destructoras de olímpicos monumentos y las hubiese dirigido hácia esquinas rotuladas con nombres insignificantes; ante el gasto considerable de obras insulsas editadas á espensas del erario público, ha callado en ocasiones, y no ha implorado esos gastos para la publicación de obras verdaderamente magníficas. Para las de Góngora, por ejemplo. En memoria de este esclarecido cordobés, «requiebro de las musas y corifeo de las gracias», no se ha puesto una modesta lápida conmemorativa sobre la puerta de la casa en que murió, ya que no sabe de cierto

en cual casa vino á la vida <sup>(1)</sup>; sus obras escogidas solo corren en un libro *de mal papel y tipos revesados* como el antiguo libro de Horacio.

La timidez de la prensa en provincias es, pues, perdonable cuando no combate por estirpar cosas baladies que, después de todo, á nadie deben preocuparle; pero debe de armarse, en ocasiones de transcendencia.

Todo periodista debe recordar las siguientes palabras de Jovellanos:

«El artista que contemporizando con las ruines ideas de su siglo, les sacrifica la dignidad de su profesión y de los objetos que se le fian, solo dejará en pos de sí un rastro de ignominia que perpetúe en la posteridad la infamia de su nombre».

---

(1) Después de escrito este artículo, y por iniciativa de su autor, ha sido colocada dicha lápida en honor de Góngora en 30 de Diciembre de 1895.



## EL EGOISMO

DE LOS HOMBRES DE FAMA EN LAS LETRAS

---

Los artistas nacionales que se hallan en el trono de la fama, han pasado un calvario cien veces más amargo de lo que pensamos pobrecitos escritores de provincia. Salvo, sin embargo, ocasiones en que se impone la osadía. Cuando suenan las cornetas de la popularidad para algún literato, ten presente, lector, que el literato es un *Ecce-homo* del alma; ha batallado con los gigantes de la celebridad que le echaban por tierra; ha desgarrado el traje azul de las ilusiones en los espinos del despecho y de la envidia; le han acribillado el corazón las dagas del desaire; ha sentido en las sienes los golpetazos del infortunio; ha engendrado pensamientos negros

como la oscuridad de su alcoba en las medias noches pasadas en vela y, sin embargo, ha tenido la fortaleza de los guerreros y la fe de los mártires cristianos; no ha sido como los pobres de espíritu, almas viles, según Nuñez de Arce,

«que en los duros combates de la vida  
ni luchan ni resisten».

La popularidad en la aldea casi no necesita combate; los jóvenes que son como el poeta Cármenes de *La Regenta*, desconocen la importancia de esa lucha de gladiadores por la gloria en las grandes capitales; ven que los dioses no les sirven de cirineos aunque huelan el pebete de la adulación, y se dicen:—Casi todos los hombres célebres son hombres faltos de caridad; son hombres de mala religión, egoistas, vanidosos; no alargan la mano para que subamos los principiantes.—¡Qué poco han luchado estos que no conocen

«cuando el orgullo es simplemente orgullo  
y cuando es dignidad!»

El egoismo á que me refiero lo ha explicado mejor D. Rafael Cebreros en un libro de *Pensamientos*, con estas palabras:

«Los que han llegado á conseguir alguna reputación y gloria á fuerza de constancia, de trabajos y sacrificios, cuando ven á otros con-

seguir aplausos y gloria fácilmente y sin esfuerzo alguno, como es muy frecuente, les parece un robo que les hacen de sus bienes y de su fortuna».

Pues bien:—¿No os parece, lectores, que ese egoismo de los grandes artistas es disculpable y hasta digno?...

Fijadse: para llegar á la cumbre de la paz, se *hicieron polvo* en las zarzas del monte; solo el *Divino Maestro* daba mieles acogiendo acíbares, y esto porque era divino; los *encumbra-dos*, que antes de todo son hombres, conocen que la carrera del Arte no es obligatoria; conque... ¿Por qué no ha de ser hasta honroso que digan:—Los que se juzguen con valor para la lucha, que resistan como nosotros resistimos. Si no resisten... ¡Que sucumban!

¿Puede llamarse á eso falta de caridad?—De ningún modo: la caridad está en dar la mano á las necesidades; al mendigo que no puede pasar sin alimento.

Me resulta tan místico ese amor propio, que me *sublevo pacíficamente* cuando, halagado por la adulación del ignorante, desciende desde su trono de gloria algún *omnipotente* en las Letras, para ensalzarle.

Y conste que me conozco; sé que no soy más que uno de tantos *escribidores* noveles.



¡Compañeros! Traduzcamos el egoismo del génio con estas palabras.—Trabajemos bastante, que con la constancia y el estudio saltaremos las rocas del camino. Los artistas deben ser como las olas del mar; las olas del mar avanzan con más empuje en las borrascas.

Septiembre 16 de 1894.

## LOS CANTARES DEL PUEBLO

---

Vulgaridades nada más puedo decir acerca de los cantares populares; tan populares como ellos son las plumas que les han elogiado. Podrán decirme los lectores:—¿Entonces para qué se mete Ud. *en camisa de once varas*?—Me explicaré. Necesito dar algo para este periódico en que con tanta benevolencia se me distingue; me siento más triste que las rimas de Bécquer, y, como la tristeza busca á la tristeza, quiero desahogarme.—¿Existe *algo* más lleno de melancolía que los cantares del pueblo?

• • • • •  
Han dicho privilegiados ingénios que el pueblo es un gran poeta; pasma que de imaginaciones vulgares se formen *malagueñas, guajiras,*

*peteneras, soleares, carceleras, playeras, saetas*, todo ese collar de coplas que se cuelga la Poesía del pueblo.

La musa del pueblo se viste un ropaje sencillo como el de las doncellas que no están educadas en las comedias del *gran mundo*. ¿Qué espíritu grande no se encanta contemplando el *limpio abandono* de la zagala que no conoce más *desbordamientos* que los desbordamientos de los torrentes en los bosques...?

La musa del pueblo expresa una historia casi en cuatro palabras; esta concisión es más agradable que la charlatanería.

La musa del pueblo es madre del sentimiento; engendra toda la melancolía apacible de una vega en noche estrellada.

La musa del pueblo es sincera; expresa todos los afectos y todos los ódios; jamás adula al oro.

La musa del pueblo siempre dice algo; no es hueca como los sonetos á Filis de los tenorios con vistas á la retórica.

La musa del pueblo tiene como compendio de esas cosas la belleza luminosa de los crepúsculos andaluces.

La poesía del pueblo tiene por lira la guitarra; las seis cuerdas de la guitarra simbolizan las seis condiciones que, como he dicho, avalo-

ran la copla; más claro: la sencillez, la brevedad, el pensamiento, el sentimiento, la sinceridad y, como consecuencia de todo, la belleza.

Un libro con los cantares escogidos del pueblo, fuera la biblia de los desgraciados. Coleccionadas las coplas por orden de asunto formarían poemas maravillosos. Hé aquí algunas estrofas conocidísimas de un poema del pueblo.

.....

«Yo no sé que tienen madre  
las flores del camposanto,  
que cuando el aire las mueve  
parece que están llorando.

\*  
\* \*

El que se tenga por grande  
que se asome al cementerio,  
y verá que cabe el mundo  
en un palmo de terreno.

\*  
\* \*

Cuando yo me muera  
mira que te encargo  
que con la trenza de tu pelo negro  
me ates las manos».

.....

Después de cantar esto se queda el corazón como ansioso de respirar; se queda en el cere-

bro la vaguedad melancólica de esperanzas deshechas; se piensa en

«cómo se viene la muerte  
tan callando....»

y se recuerda que

«nuestras vidas son los ríos  
que van á dar en la mar  
que es el morir;  
que allá van los señoríos  
derechos á se acabar  
y consumir».

En el libro de los cantares del pueblo escuchamos los ayes del marinero que llora al borde de las playas recordando su pátria; los anatemas de los presos asomados á las rejas de las cárceles; vemos el foco luminoso del farolillo del carcelero y oímos el rumor de las cadenas arrastradas en los calabozos húmedos; adivinamos las églogas pastoriles, de los enamorados, en las ventanas verdes; escuchamos las orquestas de los otorgos y las bodas; los responsos á las niñas que llevan vestidas de blanco camino del cementerio, todas las aspiraciones y todas las desgracias de esa muchedumbre que canta llorando.

Octubre de 1894.

# ANATEMAS CONTRA LOS PLAGIARIOS

## Y OBSERVACIONES ACERCA DEL PLAGIO

---

### I

Agazapados en los jarales de la ignorancia acechan los plagiarios al peregrino que vá por los campos del Arte. Esparce el hombre las galas de la imaginación para llevar más suelto el espíritu; se separa de ellas algunos pasos para contemplar nuevos horizontes azules; el sol abrillanta las galas; los plagiarios, salteadores de los caminos de la belleza, se deslumbran; se arman con el retaco de la traición y cogen las galas brilladoras que esparció el artista; se visiten con ellas y como caballeros lujosos se entran en la ciudad para lucirlas.

En el mundo del periódico y del libro pasa lo que es consiguiente; ven los hombres á un plagiario y se dicen señalándole:

—A ese hombre tan caballerescamente vestido no le están bien las galas, tiene *mala fachada* y...

«aunque se vista de seda  
la mona, mona se queda».

Los imbéciles le admiran; los estudiosos se sonrien al reconocerle, y para colmo de satisfacciones le descargan una granizada de verdades hasta que consiguen colocarle «en la picota del ridículo».

Los plagiarios *no tienen perdón de Dios*; son menos disculpables que los rateros de oficio. Dicen que los antiguos salteadores de caminos robaban por necesidad; porque tienen hambre suelen robar, también, los ladrones modernos.—¿Puede decir lo mismo algún plagiario?—¿Puede decir que hurta para sustentarse?... De ningún modo. La literatura, por desgracia, no se paga con oro, y tan solo los hombres célebres pueden ayudarse con ella. Ha dicho D. Juan Valera, según dicen, que con todo el producto de sus obras no pudo costear un traje de baile para su señora. Si esto pasa al autor de *Pepita Jiménez*, ¿qué no sucederá á los mediocres?...

Consecuencia: los plagiarios son estúpidos

hinchados de vanidad; se apropian trabajos literarios para hacer alardes de talento; son necios con el *vanitas vanitatum* de los que no saben lo que se hacen.

Ateniéndose á Víctor Hugo, solo son dignos de tolerancia los plagiarios cuando las galas que cojen están *deshiladas* y las *zurcen* con los hilos de oro de las imaginaciones luminosas; es decir, cuando se apoderan de un pensamiento para mejorarle.

## II

Existen tres especies de aves de rapiña en el campo de la literatura. Plagiarios de forma con la osadía y perspicacia de los buitres; plagiarios de fondo con la imbecilidad ridícula de los buhos, y plagiarios de forma y de fondo que reunen todas esas malas cualidades como los cernícalos.

Analizaremos las propiedades de cada uno de estos pajarracos.

Los plagiarios de forma, mejor dicho, los *buitres* del Arte, son extremadamente sagaces; no se apoderan por completo de las composiciones literarias que les agradan, porque saben

que los críticos son cazadores que acechan; pero entremezclan líneas en sus escritos sin que anoten la procedencia ni la subrayen. Copian al pié de la letra pensamientos de otros autores y se quedan tan satisfechos; si les ponen como merecen, echan la culpa á los cajistas de imprenta, que *no vieron* (!) las comillas con que cerramos los párrafos que no nos pertenecen.

Como estos *buitres* tienen buena vista y se apropian solamente versos sueltos ó estrofas pequeñas, podrán decir que las oraciones gramaticales que copian son iguales á las de otro, únicamente porque nacen pensamientos iguales en cerebros distintos. Nosotros debemos contestarles de este modo:—Nacen ideas iguales, pero cada cerebro las viste con distintas ropas, con distintas imágenes; en esto acontece como en las personas; todas tienen fisonomía, y sin embargo ninguna fisonomía es igual.

Supongamos que dos pintores copian la portada olímpica del Puente de Córdoba; han concebido la misma idea por asunto; copian una misma cosa, la portada; pero observemos los trabajos pictóricos que la reproducen; no son iguales; resaltan con distintos tonos de luz, con perfiles más ó menos grandiosos, diferentes en fin. Los profanos en materias pictóricas desconocen la verdad de esta comparación porque

no tienen *pupilas de artista*; pero los pintores bien saben que no yerro.

Los plagiarios de forma podrán también disculparse diciendo que las frases que reproducen son reminiscencias involuntarias.

Contestemos:—Existen reminiscencias, pero de frases vulgares; las frases vulgares claro es que pasan por la mente de muchos sin que intenten copiarlas; pero téngase en cuenta que casi todos esos que no saben más que de *ojos negros como la noche* y de *rosas que por la mañana están frescas, y á la tarde marchitas como la vida del hombre*, son algo así como plagiarios de la vulgaridad, y váyase lo uno por lo otro.

Los *buhos* del campo del Arte ó plagiarios de fondo, son individuos más imbéciles que los plagiarios de forma. Toman la idea de composiciones estrañas á sus aptitudes y las tergiversan con símiles y frases semejantes; casi no alteran el orden con que fueron escritas; en un drama, por ejemplo, ponen los mismos personajes con diferentes nombres y parecidas escenas.

Dirán para disculpa los plagiarios de fondo que sus *arreglos* son imitaciones nada más. Nosotros les diremos:—Las imitaciones están ya degeneradas, esto lo primero; lo segundo,

tales *parodias* no pueden llamarse imitaciones, porque las imitaciones no están más que en el estilo; en dar á un asunto literario el tono de color ó la nota armónica de tal ó de cual escritor grande; las imitaciones deben ser como las de los clásicos seguidores de Horacio.

Para que me comprendiesen mejor los profanos, debiera yo poner ejemplos de composiciones con plagios de varias clases; tengo en cartera varias de *buitres* literarios, de *buhos* y hasta de *cernicalos*; pero dejo de sacarlas á colación porque me faltaría tiempo y me sobraría pereza para seguir las polémicas literarias que originasen los *abochornados*. Puede que vengan ocasiones mejores.

De los *cernicalos*, esto es, de los plagiarios de forma y de fondo, poco diré: Son más torpes y más vanidosos que todos los plagiarios; copian sin variaciones de ningún género composiciones enteras y las firman; no les queda el recurso de la disculpa y vienen á tierra más pronto.

Supongamos, para resúmen de los anteriores párrafos, que un trabajo de la imaginación es un vaso de oro lleno de esmeraldas y de brillantes. Observemos ahora. Suelen rondar á ese vaso fantástico tres clases de aves de bajo vuelo; le rondarán los plagiarios de forma para lle-

vase solamente la copa; le rondarán los plagiarios de fondo para llevarse algo más, la copa y las esmeraldas, y le rondarán los plagiarios de forma y de fondo para cargar con todo; los plagiarios de forma y de fondo no dejan ni copa de oro, ni esmeraldas, ni brillantes.

### III

Los secuaces del plagio pueden ser plagiarios de oficio y plagiarios de afición. Los rateros de oficio en el mundo de las Letras, son hombres incapaces para concepciones felices; son topos embotados, y como topos, fueran para el campo más útiles.

—¡Pobrecitos!—Para vanagloriarse se visiten con la túnica de los dioses del Arte, y no comprenden que esos dioses han de buscarla, y que hasta el vulgo ha de conocerla. El hombre es más vanidoso mientras menos sabe, y por esto los plagiarios de oficio, inútiles para la generación de la idea, hacen gala de los *hijos* que otros engendraron.

Los plagiarios de afición suelen ser hombres de claro entendimiento; en ocasiones existen plagiarios de afición que son artistas de mérito. Poetas y literatos, que están en el pináculo de

la gloria, han plagiado alguna vez. De estos plagiarios no sé qué diga.

Desde un punto de vista me parecen más disculpables que los plagiarios de oficio, y desde otro punto de vista me parecen menos. Me parecen más disculpables porque, en obras originales, demuestran que no necesitan reflejos de nadie; también, porque creo que sus plagios son hijos de aberraciones casi involuntarias. Ven un trabajo de imaginación gallarda, se entusiasman leyéndole y les parece como que les falta algo, si no reproducen los pensamientos brillantes....

Es verdad que deben reproducirlos anotando la procedencia, que es cosa fácil. Muchas veces estos casos ocurren á personas que aspiran á la fama por la fecundidad.

Los plagiarios de afición me parecen en ocasiones menos disculpables que los plagiarios de oficio—como dije—porque pueden acostumbrarse á no producir hijos propios; al esterilizarse, se suicidan el ingénio y dan malos ejemplos á las turbas.

En las redes del plagio de forma y del plagio de fondo, suelen quedar presos los plagiarios de que hago mención; nunca, como los plagiarios de oficio, descienden al plagio de forma y de fondo; de todos modos, deben evitar las caídas en esas redes del plagio, por lo mismo que pueden y que saben que

«Desdeñando sacar una vil copia  
 »con baja esclavitud, libre campea  
 »el génio creador. . . . .»

La crítica, que pesa las inteligéncias en la balanza de la justicia, debiera formar un código de los castigos que merecen los plagiarios, con arreglo á las circunstancias que en ellos concurren. De este modo abrirían las cárceles del descrédito para los libertinos.

1.º de Octubre de 1894.



## ESBOZO SOBRE LAS APRECIACIONES ARTÍSTICAS

DEL PÚBLICO

---

El pueblo es un notable apreciador de las obras de la inteligencia, según dicen muchos. Yo no sé qué diga; de una parte me parece que tienen razón los que tal dicen, y de otra, me parece lo contrario. La mayor parte de las personas que constituyen la sociedad no entienden de Arte ni quieren entender, que es más triste, y, sin embargo, en ocasiones parece que el instinto les hace aplaudir las obras inmortales. Sirva para ejemplo el jigantesco *Spoliarium* de Juan Luna, que encantó á las muchedumbres en la Exposición de 1890 antes que á los mismos jueces, versados en la Estética y *propietarios*

del buen gusto. Dicen que, apenas se colocó ese cuadro soberbio, infinitos espectadores que no eran artistas le calificaron como la obra más valiente y hermosa de todas las que se presentaron entónces.—¿Será casualidad?—No; porque ejemplos semejantes pudiera poner muchos.—¿Será acaso que abunden, en el vulgo, los hombres que tienen el sentimiento de lo bello?—Puede.—Pero es cierto que la mayor parte de las personas que conozco son curiosas y se agrupan en donde ven á otras detenidas; oyen aplaudir, y aplauden. Conozco innumerables hombres que, si se les enseña un cuadro de *mala mano* y otro de Pradilla, pñerieren, sin vacilación, el de *mala mano*, creyéndole superior.

Yo sé de un pintor acreditado que hizo el retrato de una niña por encargo de sus padres, (de los de la niña). La retratada destacábase en el lienzo sentada y figuraba con una pierna sobre otra, en actitud graciosa. Cuando la familia de la niña vió el retrato, mostró cierto desagrado que originó este diálogo con el pintor.

—¿Qué hallais de malo en el lienzo...?

—Señor, aquella pierna es oscura, casi negra, y nuestra niña la tiene blanca, muy blanca.

—Fíjense Vds. en que la luz entra de lleno y el claro-oscuro, por consiguiente, es más ceñido: esto, señores, es elegante; las obras de

Rembrand se distinguen precisamente por eso, por el contraste de claro-oscuro. Como la luz es densa hace que una pierna proyecte un *bra- zo de sombra* sobre la otra que está detrás. Además, eso es un batiente azulado, no es negro.

Los que no tienen el sentimiento del color todo lo ven lo mismo; no distinguen de tonos.

—Pues suprima Ud. la sombra de esa pierna y póngala blanca.

—Señores, eso vá en mi descrédito; lo que ustedes quieren es contra la verdad en el Arte.

—Sin embargo.

. . . . .

Y el pintor que era hombre digno, más adorador de la belleza que del oro, pisoteó el retrato y abandonó bramando el coro de estúpidos.

Casos como el citado ocurren con frecuencia. Cuando más distraído vá uno por la calle, le detiene algún ignorante para decirle, creyendo halagarle:—He leído la composición de Ud.— Nada entiendo de Bellas Letras, pero lo bueno siempre se vé. Siga Ud. por ese camino, que con el tiempo llegará á ser un Pedro Fernández.— Y resulta que el Pedro Fernández, como habrá comprendido el lector, fué un majadero que se ensalzó en la prensa de su pueblo y que escribía génio con j.

Feijoó que combatió tantos errores vulgares echó á tierra, con sólidos argumentos, la máxima *Vox populi, vox Dei*; sin embargo otros escritores son secuaces de ella.

En vista de estas cosas, ¿es positivo que el vulgo es un grande apreciador de la inteligencia?

—¡Averígüelo Vargas!

Noviembre de 1894.



## LA GRANDILOCUENCIA Y LA RIMBOMBANCIA

---

Muchos escritores confunden la grandilocuencia con la rimbombancia, del mismo modo que confunden la sencillez con la vulgaridad. La grandilocuencia y la sencillez son tan dignas de acatamiento, como indignas la rimbombancia y la vulgaridad. Es necesario no confundirlas.

La grandilocuencia tiene sonoridades de campana gigantesca y se viste siempre con luminosas imágenes. Leyendo un escrito grandilocuente, parece que escuchamos tormentas atronadoras y estamos viendo intensas iluminaciones de relámpago; después de leerle se nos quedan en el espíritu grandes ideas; la grandilocuencia tiene el vuelo de las águilas caudales y el ritmo espontáneo de los aires conmoviendo

los bosques. La rimbombancia es al contrario; es algo así como la tormenta de un teatro; sin que lo consiga, quiere imitar la del cielo llena de majestad. Las luces de la rimbombancia son luces de azufre. La rimbombancia es hinchada, hueca, rebuscada como para producir efectos que no produce.

Con la rimbombancia y la grandilocuencia acontece como con lo grande y lo grandioso. Lo grande puede ser mezquino en el Arte; puede ser pequeño de magestad; lo grandioso, nunca; siempre resulta colosal y olímpico, aunque sea de poco tamaño. Esto constituye una regla de Estética, demostrada en todas partes, y no me detendré en aclararlo.

Muchos ejemplos pudiera yo citar de rimbombancias, pero no empalagaré más á los lectores de este escrito; todos los días habrán visto *leones iberos que sacuden la melena lanzando rugidos que retumban por los ámbitos del mundo*, y rimbombancias mayores; porque en esto de los leones no ha salido más que un gerundio, y los escritores afectados ó rimbombantes necesitan seis gerundios, por lo menos, para cada párrafo.

La grandilocuencia tiene sencillez, aunque se viste con galas magníficas; es sencilla porque esas galas son espontáneas en los artistas

grandilocuentes, ricos de inspiración. Más claro: han sido hiladas sin trabajo; no son como las hinchadas frases de los escritores pedantes, que fueron pensadas y rebuscadas cien veces. Los párrafos grandilocuentes son sencillos; no se descubre en ellos el trabajo; en cambio en las rimbombancias se vé el embrollo rutinario y la paciencia ridícula de los *gusanos del montón*.

20 de Noviembre de 1894.



## ALGO REFERENTE

Á LA GLORIA DE LOS LITERATOS

---

### I

Son las sociedades como los israelitas que, olvidando á Jehovaht, adoraban becerros de oro; mientras adoran el oro de muchos *becerros*, desprecian el oro de las inteligencias.

Viven de la adulación los hipócritas; de la barbarie los gladiadores modernos... De la literatura ¡qué pocos viven! En las grandes capitales pueden ayudarse con ella muchos artistas, pero nada más que ayudarse; acaso vivan ya del Arte algunos celebrados publicistas que escriben obras para el Teatro; esto, por supuesto, se refiere á alguno que otro *grajo blanco*; por-

que casi todos los artistas nacionales, que conozco, ejercen cargos que nada tienen que ver con las Bellas Artes.

Si esto pasa en las grandes capitales, ¿qué no ha de acontecer en las provincias?...

Dedicarse á la literatura es dedicarse á la pobreza.—¿Por qué entonces existen artistas?—preguntarán los inocentes.—Porque, casi todos, son hombres hipnotizados con la luz de la gloria. Casi todos los escritores aparentan indiferencia cuando se les habla de la gloria; aparentan hasta desprecio, como si se deshonrasen amándola; esto aparentan; pero es lo cierto que casi todos la aman; casi todos trabajan y estudian para conseguirla.

Dos opiniones tengo formadas acerca de la gloria. Cuando me siento alegre la veo azul, como las montañas vistas desde lejos; cuando me siento triste casi me parece que es un cuento. En estos momentos me siento menos melancólico que de costumbre; hablaré de ella como la figuro, y dejaré para otro día, en que esté *ale-targado*, los pareceres más negros. No tardará mucho ese día, porque con frecuencia

«escucho en derredor bromas y chistes...

¡Y no puedo reir!...»

La gloria es la hoguera en donde quieren

calentarse todos los ingénios; sin ella, acaso, no hubiese héroes, ni oradores, ni poetas, ni hombres grandes que enseñaran; la gloria, como el arco iris, ahuyenta las tempestades que agitan los corazones de los *hijos de la luz*; les parece como que, después de muertos, han de escuchar todavía los aplausos y han de ver estátuas que les representen y lápidas donde lean sus nombres. Las riquezas materiales son pasajeras, mientras que las riquezas de la fama son eternas. Para vivir sobre todas las generaciones, como Dios, bien pueden perdonarse las comodidades.

—¿Es positiva la gloria con que sueñan los literatos?—Dicen que sí; dicen que, á la postre, el mérito triunfa y se eterniza. Efectivamente algo debe de haber, porque el viento de los siglos, que ha echado á tierra murallas olímpicas, ha pregonado, sin descanso, la fama de los sábios de Grecia.

## II

Pertenezco al número de los que opinan que  
«unos nacen con estrella  
y otros nacen estrellados.»

El hombre *con estrella* siente á cada paso los favores de la suerte aunque no los busque.

El hombre *estrellado* jamás puede separarse de la desgracia obscura; las sombras del infortunio le envuelven como *sudario negro* hasta en la larga noche del sepulcro.

Aguilas del Arte que se encumbraron hace ya muchos siglos, viven todavía en el periódico, en el libro, en todas partes; tienen monumentos y estatuas que las representen; sus cualidades se recuerdan todavía con entusiasmo; trabajaron para ser eternas.

Aguilas de la inteligencia que hace pocos años volaron en la *casa del Arte*, se han perdido para siempre. Alguno que otro estudioso las recuerda, pero el pueblo no las conoce.

A tristes consideraciones se presta también la muerte de los artistas jóvenes de verdadero mérito. Entraron en la batalla; pelearon sin que se rindieran á nadie; comenzaron á ceñirse bandas de triunfo; mostraban las fuerzas necesarias para conquistar puestos de importancia que les diesen derecho á gozar la vida de la popularidad eterna, y, sin embargo, les hundió la muerte antes de que la práctica y la experiencia les favoreciesen. Los jueces de la tierra no pueden castigar la muerte asesina de grandes ideas, que ha de hundirles también, y pocos jóvenes, que se malogran porque van á la tumba, consiguen los honores de la gloria imperecedera.

A los jóvenes suele acontecerles como á las medianías; mueren; se les dedica alguna necrología en los periódicos de su pueblo, se les recuerda en el primer aniversario de su fallecimiento y *pax vobis*. Todo para en esto.

Si se tiene en cuenta que la vida es un soplo; si se considera que al volar de los años hasta las águilas famosas de los Andes de la inteligencia son génios desconocidos; si se piensa en que, acaso, el espíritu de los muertos no flote en los espacios para escuchar las alabanzas que les tributan los vivos, el edificio azul de las ilusiones se desploma; las ánsias de gloria se truecan en ímpetus de ódio; mostramos en los lábios la mueca del escepticismo.



## DOS PALABRAS

### ACERCA DE LOS LIBROS

---

Llenas están las librerías españolas de libros que ya van para viejos; de libros que, al nacer, fueron celebrados en toda la prensa, y que el pueblo les ha condenado, injustamente, á no salir de la cuna del escaparate.

Obras de autores famosos alhajadas con ideas y enseñanzas que no tienen precio, salen reimpresas de algunos talleres de Madrid y de Valencia modestamente; salen modestamente reimpresas para que el pueblo pueda adquirirlas por cantidades bastante más modestas, y sin embargo... ¡qué pocos las compran! Esto hace que los libreros de provincias no encarguen libros meritísimos, aparte de alguno que otro, y que

los literatos pobres, que no viven en la corte, no estén al día, como suele decirse, respecto del movimiento literario. No se encontrarán en librerías de Córdoba las obras de Bécquer, por ejemplo, con ser tan populares; en no solicitarlas razón tienen los libreros. ¡Cuántas obras que son de primer orden y que están editadas para el vulgo pobre, esperan la mano de un aficionado que se las lleve á cambio de.... *cincuenta céntimos...!*

¿Para qué hablar más de esto? La aristocracia suele ser poco aficionada á lecturas; vive, salvo excepciones, demasiado apegada á cosas terrenas; mejor dicho, á materialidades que no están en armonía con la ciencia desconsoladora ni con el espíritu. La clase media lee de prestado, y la clase baja *no entiende de esas cosas*.

Creo que tienen salida rápida los noveluchos sangrientos de á medio real la entrega.

—¿Cómo, entónce, se publican libros?—Se publican porque los artistas suelen ser espléndidos y, con ser pobres, el dinero es lo que menos buscan. Unos escritores imprimen libros para desahogo del corazón; porque los *consagrados* necesitan espaciarse contando al mundo las emociones de sus espíritus, y en el periódico les parece que no han de escucharse tanto, por eso de que muere en veinticuatro horas. Otros escrito-

res publican libros para que salgan á buscarles gloria. Un libro es el escudo con que se defiende un escritor en los combates de la vida; el escudo heráldico de una inteligencia.

Diciembre 3 de 1894.



## LOS ERUDITOS DE Á OCHAVO

---

(CARTA Á UN SÁBIO)

Perdone Ud., anciano venerable, que con toda la osadía de mi ignorancia censure la benevolencia con que trata á los eruditos de á ochavo que le cercan. Por razones naturales, Ud. no les conoce á fondo. Delante de Ud. se presentan humildes como ovejas; la modestia, aunque sea fingida, conquista corazones y hace que se disculpen faltas. Delante de mí, como saben que nada valgo, pasan como reyes esos eruditos de á ochavo; aunque les conozco, no puedo aconsejarles, porque despreciarían mis consejos leales. Ud. que tiene autoridad de maestro y combate porque queden limpios de maleza los campos del Arte, puede, sin benevolencias, estirpar

la mala yerba; yerba mala son ciertamente los eruditos de á ochavo. Saben que Ud. es un verdadero purista que ha pasado los mejores años de su vida publicando poco y estudiando mucho; no ignoran que Ud. se ha ejercitado, más que en el estudio de muchas materias, en el estudio de una sola; conocen *de vista* la biblioteca que ha reunido Ud. en pago de sacrificios, y... claro es, no han de *subirsele á las barbas*.

Diré á Ud. algunas de las cosas que observo en ellos, por si las considera merecedoras de burla. Las palabras de Ud. habrán de escucharlas, como digo, mejor que las mías.

.....

Por la boca de los eruditos de á ochavo sale un torrente de interjecciones y de admiraciones prolongadas. ¡*Ooohh!*

—¿No es verdad, anciano venerable, que ese ¡*ooohh!* parece un berrido?

Los eruditos de á ochavo andaluces se ríen á cada instante con sonoras carcajadas, huecas como sus escritos; recuerdan el trillado *risum teneatis*, y amonestan á las dispenseras diciéndolas, *como cosas del otro Jueves*, que digan tejado y no *tejaó*; estos caballeros llegan, en cambio, á decir *bacalado*, como las señoritas cursis, y sientan plaza de maestros entre verduleras y danzantes.

—¿*A do vá la nave?*—Preguntan los *eruditos* cuando ven al amigo. Con esa frase, ú otra parecida, demuestran que hasta para las cosas más insignificantes acuden á los grandes escritores y hacen gala del antiestético *do* de la licencia en los versos. Rozan sus quevedos con periódicos de popularidad digna, y pensando más que en lo que leen en los espectadores que les cercan, ejecutan una série de gestos ridículos, fruncen las cejas y se muerden el lábio superior como si meditasen; como si meditasen también, alzan la vista; se quedan con las pupilas fijadas en el espacio mientras que con una mano se aran en la barba; balancean la cabeza como si no estuvieran conformes con lo que leen, y tiran el periódico de pronto entre recias carcajadas, con las cuales quieren decir poco más ó menos:— ¡Qué bárbaro...! Este escritor no tiene sentido común, ni gramática. ¡Válgale Cristo!

No pueden hablar sin los *clásicos del siglo de oro*, y siempre encuentran defectillos en los grandes escritores contemporáneos. En este momento tengo delante un artículo de erudito de á ochavo que censura, como propia de escritores cursis, la frase *entrar en materia*. Puede que tenga razón el articulista; pero yo, querido anciano, he leído antes de ahora esa frase nada menos que en *Clarín*, que, lejos de ser cursi, es

una de nuestras glorias nacionales, mal que pese á los *apaleados*, y en Balart y en todo el mundo. Los eruditos de á ochavo saben de dos ó tres palabras que son galicismos aprendidos en el Diccionario de Baralt, y no las citan como tales delante de compañeros noveles por miedo de que estos se enteren y dejen de escribirlas. Continuamente se quejan de los cajistas de imprenta, que les pusieron *roto* en vez de *rato*, y cosas de tantísima importancia como esa. Si se les demuestra que tal ó cual frase es antigramatical, como ellos dicen, dirán que fué culpa de los *vainipedos* tipógrafos que la trastornaron sin consultarles.

Ud., venerable anciano, habrá leído los escritos de estos caballeres vanidosos y les habrá observado muchas más faltas de las que citaré, como hombre libertino en estas cosas de literatura é inesperto.

He observado que en cada dos palabras introducen la frase *me ocupaba en*, y como esto se puede decir de muchas maneras, he pensado que tal frase será para que veamos que saben hablar bien y que jamás dicen *me ocupaba de*, como tantos otros escritores vulgares hemos dicho.

He observado también, venerable anciano, que siempre tienen en la pluma los nombres de

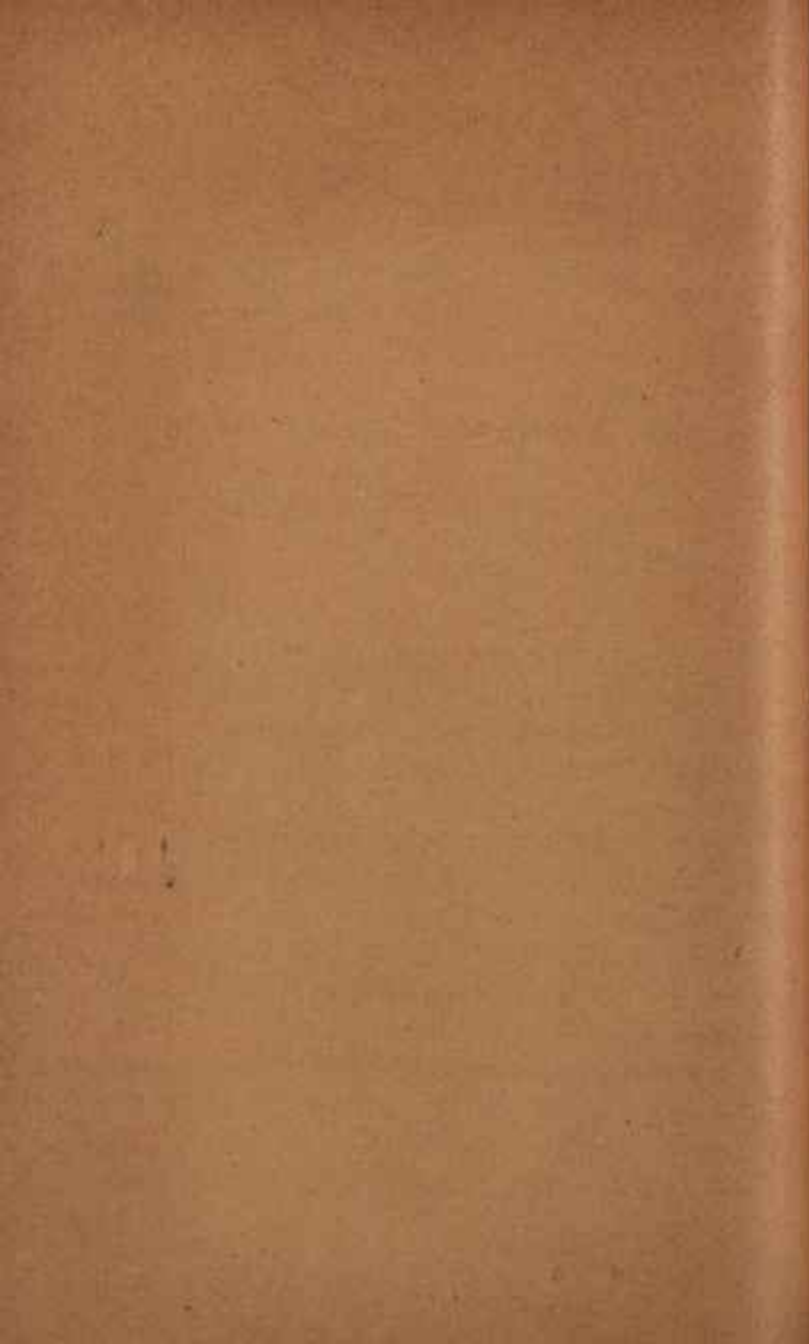
Góngora y de Séneca, y creo, por las cosas que dicen, que no les conocen más que de oídas. A cada instante dicen *desde el punto de vista*, cosa justa, pero que supongo que no la supiesen sin los consejos de Ud., y sobre todo, que en un término medio consiste la virtud, y no en el extremo ridículo de repetir lo del punto de vista, venga ó no venga al caso. He *admirado* párrafos de esos eruditos con asuntos de receta empapados de sentencias como la de *Nosce te ipsum* y otras cosas que, según ellos, *se pierden en la noche de los tiempos*.

He leído rimbombancias y no he podido sacarles más fondo sino que los hombres se suceden unos á otros, por ejemplo. ¡Cosa que ignorábamos!

He notado, por último, entre otras necedades, que hacen muchas citas, todas tan trilladas como la de *en un lugar de la Mancha, etc.*, ó tan rebuscadas como la de los *Consejos* de Brung, que nadie conoce.

Anciano digno: ya que de citas hablo, me meteré á erudito para decirle:—¿Por qué no les obliga Ud. á que se aprendan de memoria las lecciones enciclopédicas de Cadalso en *Los Eruditos á la violeta...*? Esto me parece sumamente provechoso para los individuos que he bosquejado.

Beso á Ud. la mano.



## LA ORIGINALIDAD Y LA ESTRAVAGANCIA

---

¡Cuánto se ha hablado de la originalidad! Unos opinan que sin ella no hay artista verdaderamente grande. Otros dicen que el mérito está en imitar gallardamente á los maestros eximios. Muchos que no se puede ser original por aquello de que *nihil novum sub sole*.

Es lo cierto, dígase lo que se quiera, que casi todas las *estrellas de primera magnitud*, en el cielo del Arte, han sido y son originales.

La originalidad, en mi entender, puede ser más ó menos pronunciada. Existe originalidad marcada como, por ejemplo, la de Campoamor, y originalidad secundaria, vaga, como la de muchos escritores que no son mediocres. Con la primera es fácil acercarse á la estravagancia,

y con la segunda á la imitación. También suelen existir originalidades en los trabajos literarios, notas nuevas entre vulgaridades ó trozos de imitación. Si las originalidades fuesen muchas en un libro, verbigracia, claro es que el libro llegaría á tener por lo menos originalidad secundaria.

La originalidad es espontánea; es hija del carácter del artista, y sin que la busquen, tarde ó temprano, baja á las mentes privilegiadas. Cuando comienzan á emborronar cuartillas los artistas noveles, suelen guiarse por las composiciones que han visto de muestra en la Retórica elemental de los Institutos, y no son originales ni mucho menos; pero si dentro de sus espíritus duerme la primera cualidad de los grandes artistas, tarde ó temprano, como dije, habrá de despertarse y dar frutos.

La extravagancia es frecuente en los que, sin ser privilegiados de inteligencia, quieren presentarse con *nota propria*. Artículos escritos, por ejemplo, con abreviaturas á modo de telegrama como yo he visto, son extravagantes.

La originalidad suele destacarse casi siempre en la forma; sabido es aquello de que, más que en los asuntos existe en el modo de tratarlos.

Conviene tener presente que la rareza no es

la originalidad, como algunos piensan.—¿No ves qué rara es esta composición?—dicen muchos literatos con entusiasmos de niño. Con esto parecen decir que es nueva, original, y están equivocados *de medio á medio*.

Lo raro es lo estravagante.

Enero de 1895.



## PEQUEÑECES... Y CONCLUSIÓN

---

Los literatos envidiosos son tan egoistas que quisieran que nadie escribiese; no se contentan con zaherir, cobardemente, á los que valen más que ellos y á sus iguales, sino que aborrecen hasta á los novicios, que no les llegan *á la zancadilla*, como suele decirse; el egoismo les hace temer que, con el tiempo, puedan sobrepujarles, y esto les irrita.

Los envidiosos y los despechados estudian, más que nada, los medios de que han de valerse para echar abajo reputaciones. Si un maestro consigna las elegancias y las fealdades de un autor notable, los envidiosos del autor notable le echarán en cara las fealdades, olvidando las bellezas. Procuran, en ocasiones, reproducir

trabajos débiles de la infancia literaria del envidiado para ridiculizarle. Las críticas de esa *gente de mala ley* suelen referirse á cosas baladíes; á las asonancias de un escrito en prosa, y á la medida de sílabas en los versos. ¡Vaya unos rasgos de sabiduría...!

Otra cosa que acontece á los que, para aparentar superioridad, dan *varetazos* en la prensa á los hombres de mérito. Cuando ven que el hombre de mérito no les contesta, porque no está bien que se codee y hable con los *jumentos bimanos* (permítase la frase) ó dicen que calla de miedo, ó dicen que calla porque ha comprendido las razones que le dieron. Estos pobres Pedancios, que de todo se preocupan, no comprenden que los ricos de imaginación tienen la serenidad del que está seguro y todo lo salva con el oro de las ideas; cierto es que no existe enemigo chico, como dice el proverbio; que un mosquito apenas visible puede molestar á un hombre señor de la tierra y desesperarle; pero no podrá darle muerte por mucho que susurre y que le punce. No podrán derribar los envidiosos el santuario coloso de una inteligencia brillante, y, al fin, serán mosquitos sin metamórfosis. Podrán algunos génios irascibles no sufrir con calma los susurros y picadas de expresados *insectos*; pero no se detendrán á darles satisfacciones impro-

pías, sino que les despreciarán alejándose de ellos. El desprecio á las pequeñeces suele ser la fusta de los grandes hombres, y casi todos los ungidos en los altares del Arte permanecen como las estátuas. Así dice Manuel Reina; el génio

«siempre blanco de envidias ó alabanzas,  
impávido, sereno y arrogante,  
sobre las muchedumbres se levanta».

\*  
\* \*

Lector; acaso si te hubiese hablado de mí mismo al principio de esta obrilla, te hubieses creído que iba á hablarte de *este mundo y del otro*, porque las introducciones engañan en ocasiones no raras; hubieses leído después los anteriores escritos, y fuera cosa sencilla que se te cayeran *los palos del sombrero* comprendiendo que no era oro lo que relucía. Hasta la urbanidad exige que hable primero de los demás el que habla. Dicho esto, vamos á cuentas.

Ya habrás comprendido que soy excesivamente franco, poco amigo de etiquetas cómicas, y, sobre todo, algo malicioso. Por esto, porque soy algo malicioso, te pregunto:—¿Me has creído, acaso, hinchado de vanidad porque aplique ciertos adjetivos desdeñosos...? Dios te premie si no me has juzgado como me juzgan mis ene-

migos, que también los tengo; Dios te premie y perdona mi malicia; mas por si me has tachado de endiosado como ellos, quiero demostrarte que estás en un error. Ni soy modesto ni soy vanidoso; cierto es que trato á muchos con desprecio á consecuencia de mi carácter á veces demasiado nervioso; pero ten en cuenta que esos muchos son hormiguillas de las que no haría caso nadie. Al lado de un gusano, ¿no te consideras alto como un castillo, como una pirámide...? Esto, ya ves, no demuestra vanidad; lo revelara si delante de los grandes hombres no me creyese tan pequeño como las hormiguillas literarias de que hablo; sabida es la fábula de Calderón; esa fábula que atestigua que siempre llevamos detrás, hasta los más pobres, á otros más pobres. Precisamente, este flaco espíritu mio es de los que van cargados de desengaños y de tristezas, únicos sentimientos que convierten en corderos hasta los leones. Si la tristeza y los desengaños amansan al hombre, y yo soy de los tristes, ¿comprenderé que la vida

«no es más que el heno á la mañana verde  
seco á la tarde...?»

Bien recuerdo que, como dice Kempis, «la vida es un negocio concluido muy presto; que hoy existe el hombre y mañana ya no parece; y que cuando no se halla á la vista de los demás pron-

to se pierde también su memoria.» Todo, pues, en mí, menos vanidad.

Hecha esta aclaración nada me importa que me censures, porque conozco muchos de los defectos de los artículos anteriores, que fueron escritos sobre la mesa de las redacciones sin detenimiento esmerado, y que no he pulido sino ligeramente. Sé que existen rimbombancias empalagosas que salieron así; no dudo de que, para los eruditos y los puristas, esté plagado este folleto de barbarismos, de galicismos involuntarios y de ignorancias sobre todo. Pero no quiero cansarte más; tu buen juicio comprenderá que la regla de mi código responde á estas preguntas de Quevedo:

«¿Nunca se ha de sentir lo que se dice...?»

¿Nunca se ha de decir lo que se siente...?»

He dicho.

Enero de 1895.





PREDICAR EN DESIERTO



## SINFONÍA

---

Suenan en los cuarteles los clarines  
tocando la diana:  
alguna que otra esquila toca á Misa  
y los relojes al trabajo llaman.  
Salen los jornaleros;  
ábrese los talleres y las fábricas  
y comienza la orquesta de la industria  
con la rima solemne de las mazas,  
con el canto triunfal de los pregones  
y el estrépito alegre de las máquinas.  
Timbra el duro cincel del marmolista  
que al choque del martillo bota y labra  
los mármoles de Pharos  
formando de los héroes las estatuas.

Dentro de la covacha del herrero  
soplan los fuelles á la roja fragua  
y ruje el hierro derramando chispas  
al golpe de las mazas.  
Al borde de las largas carreteras,  
llenas de sol que abrasa,  
dando el picapedrero con los plomos  
los peñascos desgrana;  
suda; descansa á veces y se quita  
las toscas antiparras  
que preservan los ojos  
de las piedras que saltan.  
En las madererías  
silban las sierras; en los leños rayan  
con sus dientes de acero  
y la sedosa tabla  
borbotones de polvo  
de la herida derrama.  
Las piquetas retumban  
en las recias murallas;  
el pintor canturrea  
restregando la brocha por las barras  
de las rejas caladas, liras verdes,  
donde canta el amor á la esperanza.  
Avanzan los tranvías  
cerniéndose y rugiendo por las plazas.  
Respiran las esbeltas chimeneas  
el humo del carbón y de las ascuas

y se muerden los férreos engranajes  
de las tiznadas ruedas de las máquinas.  
Mientras vibra la orquesta del trabajo  
y las ciudades al progreso cantan  
maniobrando la máquina de imprenta  
los atrasos señala:

el ritmo del vapor dan sus volantes;  
deslumbradores pensamientos graba  
y con coraje lanza los periódicos  
diciendo en ellos á las viles almas:

• • • • •  
—Desbocados corceles de la vida,  
rujo para vosotros, entendedlo;  
jamás podreis vencerme,  
vosotros sois de polvo, yo de hierro.  
Ensalzaré á los grandes ideales  
cumpliendo mis deberes, y no cejo  
aunque á las postre den por resultado  
*predicar en desierto.*—

• • • • •  
Llega la tarde; acábase la orquesta  
del trabajo y las máquinas;  
parece que se vá Dios con el día;  
se abre la noche que á los vicios llama.  
En torno de las cúpulas de plomo  
y las agujas de las torres altas  
dan vueltas los vencejos;  
las muchedumbres callan...

y el ardiente cerebro del poeta,  
mundo que no descansa,  
siente los martillazos de la duda...,  
y los buriles de creaciones magnas...,  
y la orquesta gigante de otros mundos  
que no tienen panteras ni batallas.

Córdoba, Mayo de 1894.

## EL CRÍTICO DE CAFÉ

---

Bombas de nácar el café esclarecen;  
flotan las humaredas del tabaco,  
y el rapaz con el rollo de periódicos  
circula pregonándolos.

Echado en un asiento  
de encendido damasco  
lee *La Correspondencia*  
el viejo parroquiano,  
y al mover la cabeza, algunas veces,  
de sus quevedos claros,  
destellan los cristales  
con brillo de relámpagos.

Los camareros pasan  
sosteniendo en el brazo  
la bruñida bandeja, donde vibran  
las copas y los platos.

En torno de una mesa varias damas  
de ademanes gallardos,  
ostentan el sombrero parisiense  
con cenefas de raso  
y matizadas plumas  
de policromos pájaros.

Un pálido *gomoso*  
que de otra mesa en el bruñido mármol  
tiene puestos los guantes,  
á un artista le dice, sin reparos:  
—Desengañese usted... eso es la fama;  
¡ya ve usted si Fortuny es celebrado!  
Pues bien, del gran Fortuny  
en la corte ví un cuadro,  
y aunque yo nada entienda de pintura,  
le digo á usted que es malo.  
Representa una guerra  
de moros y cristianos;  
pero es solo un borrón de toquecillos  
azules, amarillos, encarnados...  
—El lienzo que usted dice es admirable;

mas como usted no entiende...

—Pero ¿acaso

todo el que tiene ojos

no vé las propiedades de los cuadros...?

—Es necesario *ver* de otra manera,  
con los ojos del arte...

—¡Quiá! no.

—¡Vamos!

(le dice ya colérico el artista)

¡Callemos...! Y callaron.

.....  
¡Oh génios beneméritos!

vuestros cerebros... cristalinos vasos

donde hierve el licor de las ideas

sirven á los canallas de sarcasmo.

¡Oh músicos, poetas y pintores!

vuestros cerebros, cálices sagrados,

mi espíritu venera con anhelo;

bulle en ellos la sangre de un Calvário!

.....  
Estas estrofas escribió el artista

de la mesa en el mármol,

mientras que del *gomoso* la figura

bullidora y ridícula, accionando,

la copia hasta el cristal de la botella

lo mismo de pequeña que un gusano.



## LA CARRETA DE LA COLUMNA

---

Dos bronceados bueyes  
paso á paso atraviesan una plaza  
tirando de vêtusta  
carreta; á las barandas  
de apolillados leños  
tosca red de maromas se entrelaza  
para amarrar á una columna hercúlea  
que en el centro descansa.

El carretero con la pica al hombro  
junto á los bueyes marcha  
y púnzales á veces  
encendido de rábia.  
En balde es que les punce;  
rendidos con la carga  
siguen su tardo paso masticando  
del cansancio la baba.

Pasaron dos bohemios  
y dijo el uno al otro estas palabras:  
—¿No ves, Juan, esos bueyes?  
Pues tienen con nosotros semejanza:  
tienen mucha más fuerza que el carrero  
que la pica les clava  
y sin embargo sufren los puyazos  
y siguen con la carga.  
—Sí, Jorge, razón tienes.  
—Vaya si tengo, Juan; las grandes almas,  
los héroes, los mendigos y los génios  
sienten, sufren y callan.  
Son bueyes dirigidos por la pica  
de los malos gobiernos de la pátria  
y llevan resignados la columna  
negra de la desgracia.  
Habrán de sublevarse los caídos...  
—No forjes esperanzas.  
—Tras de las noches vienen las auroras.  
¿Cómo no he de forjarlas?

Prosiguió la carreta y la siguieron:  
la tarde declinaba.

• • • • •  
Delante de una obra  
la carreta se para  
y los dos conversantes  
miran de la columna la descarga.

Fijanse en los obreros  
que del andamio cruzan por las tablas,  
ven á los marmolistas  
que las losetas labran  
y escuchan los buriles  
que al compás de las mazas  
van recitando la canción del hierro  
mientras las piedras por el aire saltan.

—¿Ves, Juan, esos obreros laboriosos...?  
Pues bueyes son también; bestias esclavas  
para saciar el hambre  
sús energías matan  
y para que otros vivan  
como bueyes trabajan.  
Han de luchar los pueblos  
para que surja de la sombra el alba;  
cuando la aurora viene  
desaparece el lobo en la montaña.  
Los obreros fabrican los palacios  
y cuando los acaban  
los necios moradores  
les niegan con desden hasta la entrada.  
La humanidad admira  
esas cúpulas altas  
y desprecia á los pobres  
artífices y obreros que las alzan.  
Desde ellas ;qué mezquinos

verán á los que pasan!  
Ellos en las alturas del andamio  
tocan al cielo, al sol, parecen águilas,  
y lo mismo que Cristo desde el Gólgota  
ven del mundo el inmenso panorama.

. . . . .  
Juan y Jorge se fueron por las calles;  
al crepúsculo acaba  
del trabajo la música solemne  
y aléjanse los parias,  
con la chaqueta al hombro y en las manos  
la cesta de humildísimas viandas.

. . . . .  
Hace dos ó tres meses  
que recibí una carta  
en la cual ese Juan de que hice historia  
decía estas palabras:  
—Jorge, mi honrado amigo,  
en Leganés se halla;  
asomado á los hierros  
de una estrecha ventana  
repite sin descanso  
con sonrisa sarcástica:

. . . . .  
«¡Obreros, héroes, vírgenes, artistas...  
bueyes que vais rendidos con la carga,  
casi, casi os desprecio

porque teneis la fuerza de las águilas  
y os vencen los azores; esas aves  
que hasta sus hijos matan!»

• • • • •  
• • • • •

—Perturbado de veras está Jorge;  
mas en horas amargas  
recuerdo que los niños y los locos  
presienten las verdades... ¡y las hablan!

Córdoba, 1894.



## ELEGÍA

---

ANTE EL CADÁVER DE DON RAFAEL ROMERO BARROS

### I

¡Todo de paños negros revestido  
en esta alcoba, templo dedicado  
al Arte ayer, estudio venerado  
á donde tantas veces he venido!

Aquí yo vine, como el ave al nido,  
en la niñez... ¡Y ya todo ha pasado!  
¡Ahora olor de sepulcros..., el dorado  
Cristo de bronce..., un muerto esclarecido!

Empolvada paleta con pinceles  
entre verdes coronas de laureles  
puesta en el ataúd, signos de gloria.

¡Yo quisiera ser Dios, hijo del Arte,  
y de un soplo poder resucitarte  
como á Lázaro, el justo de la Historia!

\*  
\* \*

Para cumplir la bíblica sentencia  
el hombre muere. Así me lo enseñaron.  
Eva y Adan en el Eden pecaron;  
por esto morirá su descendencia.

Perdona ¡oh Dios! Mi torpe inteligencia  
osada dice:—Si ellos te injuriaron,  
¿por qué sufrir los que jamás miraron  
aquel Eden ni el árbol de la ciencia?

El hombre, el bruto, todos padecemos  
y todos caminamos á la muerte.  
Para qué sirve el mundo no sabemos.

A veces la honradez la dá la suerte,  
los instintos domar nunca podemos  
y el que débil nació no será fuerte.

## II

¿Será dado á la humana inteligencia  
al cabo de los siglos progresando  
eternizar del hombre la existencia?

De la piedra ó del bronce va formando  
rica estátua el artista; éste perece  
¡y vive lo que estuvo cincelando!

Ya la *voz de los muertos* permanece  
en el mago fonógrafo; la aurora  
de un porvenir de asombros resplandece.

¿En donde estás, oh alma soñadora?  
¿Donde han ido tus nobles energías?  
¿En donde estás? Mi espíritu te llora,

cual llorabas en hondas elegías  
por Córdoba, la reina destronada  
diosa del mundo en los antiguos días.

Pasaste de la vida la jornada  
dedicado al estudio y los desvelos  
del hogar, trono de honra inmaculada.

Miraste con los claros escalpelos  
de la ciencia, en ventaja de la Historia,  
vestigios de otra edad, ricos modelos.

De preclaros varones la memoria  
defendiste; enseñaste consecuente  
con la pluma, el ejemplo y la oratoria.

Combatiste con ánimo valiente  
á la ignorancia ciega para el Arte;  
socorriste piadoso al indigente.

Conseguiste en la vida destacarte  
como artista de indoctos misionero:  
¡alma escogida! ¿Quién podrá olvidarte?

Doblemos la cabeza al caballero  
magnánimo, al preclaro patriota,  
al amigo leal y verdadero.

Muerta su mente está; la pluma rota,  
aquella pluma de oro que trazase  
bellos apuntes de la edad remota.

Ese ataúd severo donde yace  
el amigo leal, el grande hombre,  
es la cuna sagrada donde nace  
para la vida de la gloria un nombre.

Córdoba 3 de Diciembre de 1895.

## EL MEDIODÍA EN LA SIERRA

---

De las bestias que pastan en los cerros  
agítanse timbrando las cencerras;  
descienden al arroyo  
las bíblicas ovejas  
y el zagal, mientras beben  
pone en la honda la piedra:  
describe varios signos en el aire  
y arrójala con fuerza.  
Silba la piedra rasgueando el viento;  
veloz desciende y húndese en serena  
laguna cristalina  
cuyas aguas estrella.  
Sobre los tinahones lagareños  
encaramado el gallo cacarea.  
Entre los recios troncos de los pinos

que en la cumbre de un monte cabecean  
bajan del sol los rayos  
como buriles de oro que en la tierra  
van labrando la espiga  
sin que labrar los vean.  
El labriego azadona en el sembrado;  
subido en torda bestia  
un ciudadano escualido, camina;  
se detiene y conversan.

El pasajero dice:  
—No sé como usted pueda  
sufrir del sol los rayos  
en medio de esa vega.  
—¡Ah! Mire usted los árboles  
que nacen en las selvas;  
son árboles robustos,  
tienen acuchillada la corteza  
pero están impasibles  
clavados en la tierra,  
aunque todos los vientos les arranquen  
las hojas que les dió la Primavera.  
Mire los arbolillos de jardines  
¡verá la diferencia!  
Son árboles derechos;  
finos; no tienen grietas,  
pero son tan endebles que de un soplo  
el viento los doblega,

de un solo golpe los derriba el hacha  
y con el rayo ni cenizas dejan.  
Los hombres son lo mismo que los árboles  
los del jardín de la ciudad se elevan  
enfermizos y pobres;  
recios los de la selva:  
hasta del sol los rayos  
para el pueblo son rayos que le tuestan  
mientras que para el campo son pinceles  
que le pintan y alegran.

Se marcha el pasajero;  
se baja de la bestia;  
busca la fresca sombra de los árboles  
y tÍrase á dormir sobre la yerba.  
Mientras tanto, el sencillo  
labriego canturrea,  
y su azadón rechina en el silencio  
lascivo de la siesta.  
Los pájaros de rama en rama saltan  
y en bandadas se alejan.  
Viene la tarde; el cazador de oficio  
apunta descargando su escopeta  
y los perros corriendo  
van detrás de la liebre, entre las breñas,  
como detrás del oro van los hombres  
aullando en el zarzal de la existencia.



## LA LIMPIEZA DE ARMAS

---

Por un ventanuco  
de la sucia cuadra  
un haz de sol entra rompiendo una nube  
de telas de araña.

Atomos de polvo  
y átomos de paja  
flotan en el rayo que envuelven vapores;  
parece que hierven insectos de plata.

Relinchan los potros;  
giran las moscardas;  
les abejeorean;  
luego se les paran

y hastiados los potros con las herraduras  
en el suelo araÑan:  
soplando con furia  
las fáuces dilatan;  
las crines revuelven y hasta con las colas  
se azotan las ancas.

Algunos soldados  
dentro del pesebre, con perèza vácian  
viejos esportones  
llenos de cebada.

Está otro colega frente al rayo de oro  
limpiando las armas;  
coje una gamuza  
y con fuerza y maña  
por la hoja de acero del sable la frota  
hasta abrillantarla.

Por el sable corvo  
la luz se resbala  
con fulguraciones que un ancho destello  
al muro refracta.

El destello limpio  
al mover el arma  
corre en las paredes como mariposa,

por los tersos lomos de los potros pasa  
se entra en los pesebres  
sube... y por las piedras del suelo se arrastra.

El soldado coplas  
populares canta:  
en la hoja bruñida  
se mira la cara;  
oye á un compañero que porque de un saco  
le abruma la carga  
blasfema de Cristo  
con voces de rabia,  
y dícele entonces:—Precisa al soldado,  
en esta edad bárbara,  
limpiarse el espíritu hasta que le deje  
como las espadas.

Por cualquiera cosa  
se doblega y brama.  
Mira, compañero,  
ya que nada valgas  
por tu cuerpo débil  
vigoriza el alma;  
vé las mariposas; tienen leve cuerpo  
pero grandes alas.—

Mientras que el soldado  
dice estas palabras,

con los movimientos  
del sable que agarra  
corre en las paredes el destello ancho,  
por los recios lomos de los potros vaga,  
se entra en los pesebres  
y brillando cruza por la seca paja,  
como de la vida por los muladares  
las almas gigantes sin mancharse pasan.

Córdoba, 1894.

## EL JUDAS DE PAJA

---

(COSTUMBRE ANDALUZA)

Pasó el alegre *Sábado de Gloria*;  
por las tápías de un huerto  
asoman los ramajes  
de un nogal corpulento.

Colgado como el Judas de la horca  
que dice el Evangelio  
está el *judas* de paja en una rama  
de hojas verdes; al verlo  
se alejan espantadas las palomas  
de un palomar frontero.

Se agrupan en la calle  
muchachos y mozuelos;

dando al árbol con cañas saltan unos;  
 otros tiranle piedras; goza el pueblo.  
 Dos ancianos contemplan el sainete  
 y dicen sonriendo:

—¡Alto aparece el *judas!*...

No le alcanzan las cañas; ¡nada...!

—¡Bueno!

Como los falsos hombres;  
 consiguen altos puestos  
 y callando se burlan de las piedras  
 que les arroja el pueblo.

—¡Ah, sí! Pero á la postre...

Antes de que siguiera hablando el viejo  
 densa lluvia de piedras  
 dió al *judas* en el pecho;  
 tembló un instante en el nogal robusto  
 y á las losas cayó; los rapazuelos  
 le arrastran, le apalean  
 y la paja se escancia por el suelo.

El conversante entusiasmóse y dijo:

—¿Ves lo que queda de los *judas* luego?  
 Míralo bien; estiércol miserable...

.....  
 ¡Hipócritas...! ¡Sabadlo!

## LA PLÁTICA EN EL TEMPLO

El templo está de gala;  
las colgaduras rojas  
festionadas de oro  
se mecen con el aire y tornasolan.  
Arden las velas reflejando chispas  
en el sério retablo de caoba  
donde fulgura reventando en rayos  
el sol de la custodia;  
destellan candelabros, verjas, lámparas  
y se esclarecen las vidrieras góticas  
filtrando un haz de rayos de colores  
que baja hasta la alfombra.

El acólito está en el presbiterio;  
de vez en cuando el incensario sopla

haciéndole que arroje llamaradas;  
le columpia, y en ondas  
suben las humaredas  
á esfumarse en la bóveda  
como del incensario del cerebro  
se vá el humo de anhelos y de glorias.

En las naves oscuras  
los fieles aparecen como sombras;  
duermen con la cabeza sobre el pecho  
las ancianas *devotas*;  
agítanse á compás los abanicos  
y el sacristan á veces alborota  
cerniendo con el cepo de hojalata  
las monedas que echaron de limosna.  
En el púlpito mientras  
un sacerdote acciona  
ensalzando con frases escogidas  
la humildad religiosa.

.....

—¡Abajo la Anarquía...!  
¡Fuego! ¡Fuego al pantano  
lleno de lobos que en la negra noche  
de la ignorancia, aullando  
encienden las pupilas del encono  
y clavan los colmillos afilados  
lo mismo en las ovejas  
que en los torvos milanos!

¡Abajo los condores del dinero  
que blasonan delante del vasallo  
hasta hacerle que salte con la fúria  
del jabalí acosado!

¡Abajo esos artistas,  
oradores y sábios  
que en vez de ser del mundo domadores  
son como los *sepulcros blanqueados*;  
mercaderes que truecan  
en casa de comercio el Tabernáculo  
y acrecientan el crimen  
en vez de esterminarlo!

Será la eternidad para los pobres  
que viven resignados;  
las humildes buhardillas,  
carísimos hermanos,  
son blancas; simbolizan la pureza;  
altas están; figuran el Calvario  
y el pobre que las vive  
es el Jesús desnudo y sin amparo.

• • • • •  
Tal era su lenguaje;  
terminó la solemne ceremonia;  
se subió el sacerdote de la plática  
en luciente carroza  
y en ella reclinado como un turco  
se marchó por las calles bulliciosas.

Yo presencié esta escena;  
¿me juzgarán impío...? ¿Se equivocan!  
Sé que es Dios como el aire; no le vemos  
mas le estamos sintiendo á todas horas;  
llena la tierra; agita los claveles;  
los mares alborota...  
Dios es el aire; sin el aire el hombre  
no respira, se ahoga.

Córdoba, 1894.

## LA SECCIÓN DE CABALLERÍA

---

Van noveles militares  
sobre sedosos caballos  
negros unos  
otros blancos,  
haciendo ensayos de guerra  
por un llano.

Un capitán les dirige,  
y bullen corros de vagos  
que conversan  
contemplándolos,  
con los sables  
en las manos.

Desgarran con las espuelas  
á los potros los soldados  
y galopan  
repicando  
en el suelo  
con los cascos  
que aventan nubes de polvo  
al espacio.

Por las hojas de los sables,  
con los cuales los soldados  
van al viento  
dando tajos,  
resbalan rayos solares  
y chispazos.

Las corvas vainas al vuelo  
rebotando  
en los macizos estribos  
plateados  
dan destellos  
y lanzan timbres metálicos.

Las sombras de los corceles  
proyectadas en el llano  
avanzan cual si quisieran  
alcanzarlos.

Va la fulgurante tropa  
como legión de relámpagos  
entre las nubes del polvo,  
la tormenta de los cascos  
y el cruzamiento de luces  
como rayos.

Al desvanecerse el polvo  
ven los vagos  
que, mientras corre la tropa,  
un soldado  
tira de las sueltas bridas  
á un plutónico caballo  
que en la arena  
se halla echado.

Ven que al vapor le levanta,  
que en él monta, y galopando  
corre á unirse con los otros  
como un gamo.

Los curiosos  
así hablaron:

—¡Buena le espera al ginete  
después del golpe que ha dado!...

—¡Hombre, no! No tiene culpa.

—Sin embargo;

las leyes de la milicia  
castigan tales fracasos.  
Si el bridón tropieza y cae  
el jinete es el pagano.

—Compadezco al pobre hombre;  
por encima de él pasaron  
los corceles  
galopando  
y ahora habrán de avergonzarle;  
¡cosas de la tropa, vamos!

—¡Cá! Te falta la experiencia  
de los años;  
en la vida de nosotros  
los paisanos  
pasa igual; si das en tierra  
galopando  
de la desgracia en el potro  
negro y flaco,  
unos porque no te vean  
y otros por hacerte daño  
habrán de pisotearte  
sin amparo.

¡Te pasarán por encima  
caballeros y caballos!

## LA PLEGARIA EN LA TEMPESTAD

---

*A Salvador Rueda.*

Duermen los moradores  
de la ciudad; la noche va mediada;  
se espesan las tinieblas  
y la lechuza pasa  
rasgando con silbidos el espacio  
y azotándose el cuerpo con las alas.

Ya la tormenta viene;  
la noche tan oscura la anunciaba;  
parece que por férreos engranajes  
los cañones arrastra  
donde van las centellas y los rayos  
conque el cielo batalla.

La tormenta con furia matraquea  
sobre las nubes; vaga  
trotando por los techos;  
en las encrucijadas  
se enronquece; retumba en los pajares;  
ruje, corre y se marcha  
buscando libertad por las campiñas...  
¡Ya va por las montañas!...

Abre y cierra el relámpago  
la boca de un infierno en lontananza;  
da en las alcobas bruscos resplandores  
y cual si viesen brujas ó fantasmas,  
aterrados despiértanse los niños,  
que duermen desde el *toque de las Animas*.  
Al fulgor del relámpago destellan  
los ángeles de plata  
que tiemblan de las torres  
en las cúpulas altas  
y parece que corren por los vídrios  
de los balcones rojas llamaradas;  
pasando de la cárcel á los sótanos  
azota bruscamente las miradas  
torvas del asesino; el asesino,  
cargado de grilletes, se anonada  
viendo el ojo de Dios en el relámpago,  
como vé en la tormenta la amenaza.  
Las tímidas doncellas, en los lechos,

susurrando plegarias,  
oprímense los párpados  
y se cubren el rostro con las sábanas.

¡Ya vuelve la tormenta!  
parece que el relámpago la llama.  
Atruenan resonando por los bosques;  
¡ya zumba en las cañadas!...  
Dan los chiquillos gritos en las cunas;  
erízanse los gatos, que se hallan  
en torno de la hornilla  
al postrero rescoldo de las áscuas.

Las viejas, temblorosas,  
de los camastros saltan;  
prenden luz á la *vela de tinieblas*,  
y luego, arrodilladas  
delante de una urna brilladora,  
las duras cuentas del rosario pasan.

El vendabal, en tanto,  
ejecuta coléricas hazañas;  
hace temblar las hojas  
que trepan por las tápias,  
cual si fuesen sensibles corazones;  
arremolina y alza  
las pajas y papeles de las calles  
casi hasta los aleros; barre granzas;

silbando bambolea los faroles  
de mohosa hojalata  
que cuelgan en los pórticos  
de ermitas solitarias  
y pasando los vídrios  
las tristes lucecillas les apaga;  
agita las veletas,  
empuja las ventanas,  
y á veces se subleva con tal furia  
que por las torres pasa  
arrancando monótonos zumbidos  
á colosas campanas;  
agita los ramajes  
y encorva en las plazuelas las acacias.

Algún que otro tenorio trasnochado,  
mientras llama en la puerta de su casa,  
coplejas populares tararea  
por distraer el miedo que le asalta.

A la tierra no cae  
ni una gota de agua;  
un bochorno de infierno se respira;  
en la aguja acerada  
que de un templo la cúpula corona  
rápida chispa eléctrica se clava;  
herida y prisionera se revuelve  
hasta que baja á hundírsele á las plantas.

Mientras tanto en la torre de la iglesia  
del Arcángel que en Córdoba nos guarda,  
el esquilón de las tormentas vibra;  
vibra para que calme la borrasca.  
De la torre se van los aviones  
al oír la campana.  
Dios sigue galopando en la tormenta  
y anunciando centellas de venganza  
entre la grande orquesta de los vientos  
que azotan las incólumes murallas  
y levantan las débiles hojuelas  
há tiempo desprendidas de las ramas.  
¡Ojalá fuese el hombre como el viento!  
¡Que azotase insensibles atalayas,  
moradas de culebras,  
y al infeliz caído levantara!

El viejo Lucas Ponce  
que dentro de su estancia,  
sin poderse dormir, estaba en vela  
desde antes que empezase la borrasca,  
al sentir el estrépito del trueno  
llevóse el puño á la lanuda barba  
y con la fe sencilla  
de las antiguas almas,  
cual si morir temiera por el rayo  
y con el mismo Dios se confesara,

á media voz, y en sombras  
elevó esta plegaria:

. . . . .  
—Fué mi pecho, gran Dios, un incensario;  
de mi infancia en el templo se agitó  
quemando mirras de oro de inocencia  
en el áscua que finge el corazón:  
el humo que vertieron esas mirras  
del cerebro á la bóveda subió  
aromando los sueños de la idea.  
¡Eran humos azules de ilusión!...

Los tiranos, más tarde, me clavaron  
del encono el puñal  
y se me fué por las heridas anchas  
la humareda, buscando libertad,  
como por las vidrieras de los templos  
las blancas ondas del incienso van.

En la oscura montaña de la vida,  
en vez de ser sereno domador,  
rompí las tablas de la fe cristiana  
que en la infancia mi madre me escribió.  
¡Castiga á los que diéronme el veneno!  
¡No me culpes, gran Dios!

Ya uno mi rezo á la solemne orquesta  
que te sigue por esa inmensidad

con las marciales trompas de los truenos  
y las flautas del fiero vendabal;  
adórote y te pido la venganza,  
Dios de la tempestad.

Atruenena en los salones donde giran  
al rítmico compás del rigodón  
esas pálidas damas  
que esclavas de una moda sin honor  
descubren entre gasas y descotes  
carnes que la lujuria modeló;  
dales, Dios, un relámpago de ira;  
un relámpago rojo; ¡el del pudor!

Echa al rayo que busque  
del mundo por el súcio lupanar  
á esos lobos que engendra la anarquía;  
arráncale á esos viles el puñal;  
¡dáles rayos! los rayos de la idea,  
que den el arco iris de la paz.

Dá también á los templos que te venden  
al oro seductor  
tormentas que pregonen tu grandeza,  
rayos de ilustración  
y relámpagos rojos de justicia  
que pasen por la choza y el salón.

Sé que el centro del alma no es la vida,  
mas la duda me suele preguntar:  
¿Quién veda que al final de la jornada,  
condenados por una eternidad,  
te digan esos viles que no hieres?...  
—¿Por qué cuando vivimos en el mal  
nada nos inspiraste? De ese modo  
hubiéramos amado la Verdad.—  
¿Mas qué te digo, Dios?... ¡Cállate lengua!  
¡Señor, ya soy el mar  
que hasta el cielo se eleva en las borrascas  
y le copia en la paz!

. . . . .  
El viejo acaba el himno,  
dobla la frente y calla;  
la tormenta prosigue  
y comienzan las aguas  
á humedecer la tierra  
hasta que viene el alba.

A la tarde siguiente el arco iris  
sobre claros celajes se destaca;  
cogidas de las manos y cantando  
van formando las niñas, la galana  
*rueda de las hermosas*  
en medio de las plazas,  
y en torno de las torres y las cúpulas  
van las palomas blancas  
girando y dando arrullos  
como para imitarlas.

Ya las flechas de rayos  
Dios al mundo no lanza,  
porque tiene colgado el *arco iris*  
y no puede tirarlas.  
Ya los hombres decláranse la guerra  
y olvidan las plegarias.

El viejo Lucas Ponce,  
con esa fe de las antiguas almas,  
y la voz de profeta, á un mozalvete  
decía estas palabras:

—Si es que dudas de Dios, como me dices,  
¿por qué el fragor del cielo te anonada?

—Porque luchar no puedo con el rayo,  
eso no es consecuencia.

—¡Ah, canalla!

¡Ah, miserable ateo!

Estás viendo una fuerza columnaria  
y no ves que esa es Dios; Dios es el rayo;  
conque, póstrate y calla.—

.....

Lector, si eres incrédulo,  
no te mofes del viejo que ora y ama.  
Al borde de la mar de la tristeza,  
sin ondas de afecciones ni esperanzas,  
lloramos mucho más, los que perdimos  
la fe, la primavera de la infancia.



DONDE MENOS SE PIENSA....



# DONDE MENOS SE PIENSA....

NOVELA CORTA

## I

En solitaria plazoleta de Córdoba existe una casa solariega conocida por la *Casa de campo*. Hace algunos años, durante las horas de sol, en que su apolillada puerta hallábase abierta de par en par, se observaba, desde la calle, el patio, que en verdad parecía el patio de un cortijo. Cercábanlo columnas con arcos, por una parte; por otra, era tan bajo el tejado que casi rozaban con los aleros varios *tinajones* que debieron servir para aceite *in illo tempore* y que estaban tapados con esterillos viejos y encenagados de estar á la intemperie. Un lado del patio tenía, por todo, exhuberante parra, tan

espesa de hojas y troncones, que ni tres rayos de sol podían filtrarse por ella; la sombra de la parra extendíase en el suelo terrizo y desnivelado. Un carro empolvado y desflocado de viejo, clavaba sus varales en la tierra, cerca de un pilón, en cuyo fondo rebotaba continuamente el chorro espumoso de agua del caño con monótono ritmo. Un gallo solía pavonearse por el patio con su corte de gallinas negras, blancas, rubias y matizadas; las cuales gallinas picoteaban el trigo esparcido en el suelo y le picoteaban también en el plumaje jaro y negruzco del cuello; y ya cacareaban, ya se subían á los *tinajones* y hasta el alero del tejado lleno de verdina.

\*  
\* \*

A la sombra de la parra en los veranos, y al sol de la parra sin hojas en los inviernos, sentábanse los vecinos de la *Casa de campo* todos los días. Pues bién: esos vecinos habitaban de favor la casa descrita, y hasta tenían cada uno su pensión pecuniaria por haber sido servidores leales de cierto Marqués magnánimo (á quien mi señor abuelo, que santa gloria halle, administraba entónces) y hallarse ya impedidos por los años ó por enfermedades; la *Casa de campo* era un refugio de inválidos. En ella, y como uno de tantos, moraba un anciano, como de setenta y

tantos años, flaco, nervudo y bien conservado; rasurado de todos los sábados y con el cabello blanco peinado á modo de *dómine*; coloradote, levemente doblado de espaldas y patizambo; este viejo, tanto porque yo era nieto del *amo*, según su frase, como por sus rasgos de paciencia propia de los que han vivido mucho, perdonaba pronto mis travesuras de muchacho y estoy por decir que me quería como si fuese su nieto. Carpintero de oficio, habíalo sido de la casa del Marqués hasta dos años antes que le jubilaron por aquel entónces, pensionándole con cuatro reales diarios para que no le faltase el sabroso puchero hasta que Dios le llamase á mejor vida. Puede afirmarse que su jubilación la debía más á un fracaso que á sus achaques, puesto que aún estaba ágil y era de esas naturalezas fuertes que ya tanto escasean. Desproveyéronle de la paga entera y del trabajo porque ya le supusieron inapto, desde que dos timadores le hurtaron una taleguilla con oro que llevaba al Banco, de orden de la casa señorial. El jubilado viejo se iba á la plaza de Abastos y se hacía su compra; se guisaba su pucherete, quitaba la espuma á la olla con su cucharilla de lata y hasta se cosía los girones de su ropa; no era extraño verle en su alcoba con las gafas sujetas tras de las orejas y zurciéndose los pantalones azules de

diario. En los inviernos no salía de su cuarto nada más que para lo preciso, porque en esa estación de los hielos se ponía más achacoso que nunca, y no desprendía de sus hombros la capa de paño verdoso con larga esclavina, que como prenda de gran valer se hizo para casarse, allá en sus mocedades.

\*  
\* \*

Yo, que nunca he sido madrugador, apenas abría los párpados recordaba á Lucio, que tal se llamaba el viejo de quien hablo; ya desayunado íbame á su habitación, en la que estaban barajadas todas las cosas necesarias en el hogar de un viejo pobre; un catre enfrente de un ventanillo que daba á un patio destartalado, triste y húmedo á causa de los frondosos naranjos que extendían sus ramas y hojas por las paredes; una mesilla para comer, raquítica y *abierta de patas* y con el tablero cubierto por dos periódicos, en forma de manteles; una alacena llena de objetos viejos; en una de sus tablas, mohosas sierras, limas rotas, hierro viejo; en otra tabla de la alacena, platos vidriados y hondos con labores verdes y loza cascada, todo velado por una trasparente cortina de hilo, rameada. Un arcón con libracos de pergamino y ropas; una urna de pino brillante de barniz con un Niño Jesús de talla, cercado de flores de papel y de

trapo, sobre otra mesa; tres sillas perniquebradas con las aneas del asiento erizadas, y en el centro de la estancia una tarima con su brasero de cobre antiguo y su cubierta de lata agujereada, para tapar la olla que Lucio se arreglaba.

Daba la coincidencia de que en aquellos tiempos de mi infancia mostraba yo grande vocación para sacerdote, y levantaba mis altaritos y predicaba, haciendo púlpito de cualquiera silla; y como Lucio, á semejanza de casi todos los ancianos, tenía mucho de fanático por las cosas de iglesia, y se preciaba de buen cristiano, congeñábamos. Esto, agregado á que me daba cigarrillos de su tosca cajetilla, cosa que como muchacho saboreaba con grande complacencia y anhelaba siempre, aunque luego me pasase las horas muertas echando el aliento á las paredes para que no me oliesen á tabaco en mi casa. Lucio se colocaba en una silla, y con la badila, de vez en cuando, amontonaba las áscuas en forma de pirámide hácia el centro donde campeaba la olla; todo, con la capa puesta; y yo, sentado en otra silla frente de él, leíale libros religiosos, ya el *Triunfo angélico*, de un tal Vilches, que anda por ahí, con pasta de pergamino; ya la vida y milagros de un santo, ya las *Consideraciones de la Pasión* por el Padre Granada, ya la *Imitación* del venerable Kem-

pis; lo cual, como digo, le agradaba mucho. Hasta que yo recibía varios recados de mi casa para que fuese, no dejaba á Lucio ninguna tarde. Después, por las noches, hasta le acompañé al rosario de la ermita más próxima, como si fuera su lazarillo, en varias ocasiones; tanta era mi intimidad con Lucio, el anciano carpintero jubilado.

\*  
\* \*

Cierto día, en que no leíamos y el cielo estaba oscuro, miraba el viejo desde su alcoba, con la fijeza del que no piensa en nada y parece que está pensando, las gotas de lluvia que rodaban por la parte afuera de los vidrios de su raquítica ventana angosta y alta, como la de un sótano ó calabozo de cárcel. Yo, para distraerle y distraerme, le rogué que me contase algo de su vida. Contestó que poco de ella era interesante, y continuó mirando á los cristales que el agua iba enturbiando, con la fijeza con que un niño de pecho mira sin pensar en nada la llama de una lámpara ó de un fósforo.

Después me acordé del nombre de su maestro de carpintería y pariente, Lucas de Arana; este sujeto murió antes de que yo naciera pero se recordaba mucho entre las gentes del barrio, y en vida gozó de grande prestigio y popularidad. Hablábase del maestro Arana, y más de

cuatro viejas abrían un palmo de boca para celebrarle.—Ya no se trabaja con el gusto que él trabajaba—decían.—A él se debe tal urna y cuál retablo, esto y aquello y lo de más allá; el maestro Lucas no hacía chapuces, ni mucho menos.

Sucede que, cuando un nombre se populariza, atrae la curiosidad y gustan de conocerse hasta las insignificancias de la vida del individuo que lo lleva; y más, cuando no se conoce personalmente al agraciado de la fama; que al conocerle suelen caerse *los palos del sombrero* muchas veces. La vida y los hechos del maestro de carpintería Lucas de Arana me interesaban, tanto por lo mucho que duraba su memoria, como porque no era de mis tiempos. Pensé en esto, y dije á Lucio:—Cuénteme usted algo de su maestro y pariente.—Lucio me miró entónces y dijo:—Ciertamente hay tela cortada para rato con hablar de Lucas y referir mi aprendizaje con él, y secretos de familia sumamente curiosos por lo extraños y poco comunes; que más parecen invenciones de poetas, con ser, como son, rigurosamente históricos. Pero dejaremos estas cosas, recuerdos de mi juventud, para mejor ocasión.—No, Lucio, no; cuénteme ahora cuanto usted sepa, no tengo prisa y dure lo que durare la relación.—Conforme, repuso el viejo benévolo, fumemos antes.

Sacó la pelleja, como él la llamaba, una petaca de cuero negro y lustroso del continuo rozamiento de los dedos; algo zurcida por los lados con costuras de cáñamo. Sacó un librito de papel de hilo, en cuyo forro verde lucía la marca de *Las tres naranjas*; sopló dos ó tres veces, hasta desplegar dos papeles, uno de los cuales me ofreció; dió compasadas sacudidas con la petaca, sobre una de sus manos ahuecada, hasta formar en ella un copito de tabaco, como para un cigarrillo; yo repetí la misma operación; limpió el tabaco, echando los palillos al brasero, donde poco á poco se fueron requemando y dando un tufillo que no era de incienso; lió el cigarro, cuyo papel al abarquillarse crujía, y le encendió, por último, encenizando la punta varias veces, en un lado del brasero.

Chupeteamos nuestro cigarro; él, con labios que de flojos y trémulos castañeteaban, yo, como si corriera prisa, y comenzó de esta manera la siguiente historia.

## II

Lo que distinguía la figura del maestro Lucas de Arana á primera vista, y aunque se viese desde lejos, era su talla altísima, su andar de galgo y su cabeza tan roja de pelo que parecía una naranja, vista á distancia, y una maraña de hebras de azafrán, desde cerca.

Lucas, hombre como de poco más de treinta años, flaco, y cejijunto, en consonancia con su carácter adusto, parecía un *dómine* predicando siempre contra la holgazanería. Preciábase de ser grande amigo de clérigos, y gozaba de una reputación no frecuente por aquel entónces, en que Córdoba estaba muerta y sus calles angostas, súcias y solitarias, semejaban calles de cementerio, en las noches, alumbradas solo por alguno que otro farol de petróleo.

El maestro Lucas, para las obras de carpintería, era indispensable en los conventos, en todas las casas de ilustre abolengo, y tenía mano, como suele decirse, *hasta con el Obispo*; porque conviene que diga que aunque era adusto y bilioso no parecía serlo ante los grandes; razones sobradas para que se hiciese de dinero, que guardaba con ojos de cuervo receloso. Adquirió una casa con su torre acristalada, su balcón y su patio tapizado de jazmines; casa frontera al taller donde trabajábamos en la misma calle; y la adquirió frente para pasarse al taller de cualquiera manera y observar, desde ella, á sus aprendices. Lucas era célibe y vivía con una hermana más pequeña, también soltera, por la cual rezo todas las noches.

Cuando yo ingresé, para trabajarle al maestro, en clase de aprendiz, ignoraba que tuviese más familia; pero no ignoraba que habían muerto varios hermanos suyos; con estos haríase menos visible la diferencia de edades entre él y su hermana, que á lo más contaba entónces diez y seis años; poco más que yo.

Entrábamos al taller muy de mañana, el maestro, un ayudante ya hombre de peso, un mozalvete y yo. El taller tenía aspecto de cochera y era bastante espacioso; como su puerta hallábase abierta de par en par durante las ho-

ras de trabajo, no faltaban rapazuelos que en vez de asistir á la escuela se detuviesen para mirarnos; y se pasaban las horas fijos, ya en quien avanzaba y retrocedía agitando la sierra, cuyos dientes de acero, timbrando al morder el *chafón* de Flandes, echaban al suelo espesa lluvia de aserrín dorado; ya en el otro que golpeaba con el martillo los clavos, hasta sepultarles en la madera; ora en el de más allá que resregaba la brocha encolando las junturas de tal ó cual trozo de pino; ora en quien arrastraba el cepillo por una tabla, recogiendo de ella marañas de birutas que se encogian y rizaban antes de caerse al suelo.

El maestro Lucas, que de todo cuanto no le costase dinero se aprovechaba, solía decir á los muchaños que entrasen y se entretuviesen en hacinar palos de los que se habían rodado por el pavimento lleno de aserrín y de birutas; los muchachos que de buena gana ejecutan todo lo que no sea penitencias y trabajos de su casa, entraban contentos al taller y sobre las paredes le colocaban con esmero haces de listones y de tablas. Ocasión hubo en que hasta les hizo el maestro limpiar de telarañas el techo y los rincones; con lo cual comprenderás que Lucas no era amigo de holgazanes y que nos haría *sudar el quilo* trabajando, cuando tal mandaba á los que no

tenían obligación de servirle. Todas las mañanas dedicábamos media hora para el desayuno y después continuábamos en el taller hasta muy cerca del toque de oraciones.

Lucas visitaba de noche al Corregidor, por ejemplo, y antes de Animas se recogía en su casa para rezar el santo rosario y para no pasar por hombre de malas costumbres en aquella época en que á las nueve de la noche no existía en Córdoba casa que no estuviese cerrada. El maestro, educado á la antigua, quitábase el sombrero, aunque fuese por medio de la calle, para rezar el *Ave-Maria* cuando daba la hora el reloj de la parroquia ú otro cualquiera de torre. Y era tan rígido, quizás por amor á la economía, que hasta me *surraba la pámpana* cuando distraíame en la cosa más leve, si estaba en el taller. Esto, aun delante de los clérigos amigos suyos que le visitaban para proponerle obras y chapuces.

### III

Cierto día, en las cálidas horas de la siesta, llegó al taller un clérigo panzón, coloradote, calvo y con gafas verdes, que daban á su cara aspecto de calavera. El maestro Lucas le ofreció una silla tan despintada como récia, y el clérigo, sin hacerse de rogar, se sentó en ella, cerca de su banco de trabajo.

Hablóle al maestro de cierta obra considerable que, de orden del señor Obispo, debería hacerse en las *Ermitas* ó desierto de Belén, á una legua de Córdoba; y propúsole que necesitaba su pulido trabajo y dirección para la parte de carpintería. Hablaron bastante de esto y después le preguntó el presbítero por su hermana Nieves y por Leonardo, su hermano. Fué la primer noticia que tuve de que existiese tal Leonardo,

hermano de Lucas de Arana, mi maestro. Yo, que siempre pequé de curioso, agucé el oído, simulando que trabajaba sin alzar cabeza, y como no estaba distante de ellos, escuché claramente un diálogo parecido á este:

—¿Y no se sabe de Leonardo? ¡Qué triste vida debe ser la suya!

El maestro dejó de trabajar un momento; puso cierto semblante de *Ecce-Homo*, y contestó:

—Hace algunos días que escribió, padre Cosme...

—¿Y sigue en América?

—¡Cá! No, padre Cosme; ahora está en París. ¡Qué vida más agitada! Vea Ud. la carta.

Lucas llegó hácia la pared donde tenía su chaqueta colgada de una gruesa alcayata (que como era verano trabajaba en mangas de camisa) y sacó de su bolsillo un papel doblado; una carta sin sobre. Se la entregó á don Cosme, y este que debía ser Canónigo acostumbrado á canturrear con voz de trueno, comenzó á leer con eco demasiado retumbante; sin embargo, á causa del estrépito de herramientas maniobrando en el taller, solo pude entender párrafos sueltos de la carta, que poco más ó menos decían esto:

«Inolvidables hermanos: supe que me perseguían en la ciudad donde he vivido últimamente,

y me he venido á *esta Babilonia*. ¡Cuán amarga es la vida que arrastro, cual si fuese un Gestas, cual si fuese un ratero!

La desgracia persigue á los buenos...

Trabaja, Lucas, por el indulto para que mi espíritu descanse de esta noche eterna, y para que os vea y os oiga libre de iniquidades».

—¡Pobre Leonardo!—exclamó el clérigo devolviendo el papel leído á mi maestro, y continuaron el diálogo.

—Pues, ya sabe Ud., padre Cosme. Encargo á Ud. lo mismo de otras veces, el indulto, ¡el indulto! Ese es nuestro sueño dorado. Trábjelo Ud., por Dios, y por mí.

—Descuide Lucas, descuide, que cuanto esté en mi mano, sabe Ud. que es suyo; seguiré sacando fuerzas de flaqueza hasta que lo consiga, y no he de poder poco.

—¡Ojalá, padre; Ud. puede mucho!

Después volvieron ambos á las andadas; es decir, que el clérigo y mi maestro hablaron otra vez de la ida á las *Ermitas*, y no sé qué convinieron. Se despidió el clérigo de las gafas verdes, dándole un buen apretón de manos; nos dobló la cabeza, enrollando las arrugas de su hinchado cuello, y allá se fué por las calles á paso de tortuga.

Yo, aunque pareciese que estaba abstraído

en mi trabajo, porque tal fingí, no dejé de pensar en el, para mí, improvisado hermano del maestro, y eché el juicio á pasear, como suele decirse, por malos derroteros.

#### IV

Conviene que te diga, para lo que oirás más adelante, que todas las tardes se colocaba en su balcón Nieves, la hermana de mi maestro; rozando la cabeza casi con los hierros se sentaba en una silla á coser ropa blanca que sacaba de una canasta de mimbres puesta á su lado; y como ya dije que la casa de Arana estaba frente á frente del taller, veía yo á la joven desde mi banco de trabajo perfectamente. Nieves no era mala moza y para mí era admirable. Garbosa en el andar, alta, blanca como la leche y tan rubia que el sol le plateaba la cabeza, y los caracolillos de su frente y de su cuello centelleaban como el oro. Ella joven y yo joven, nos simpatizábamos.

Yo, que procuraba *cojer las vueltas* al

maestro para mirarla, llegué por lo pronto hasta soñar con ella y á quererla idealmente, puesto que nada nos habíamos dicho. Cuando Lucas no estaba presente miraba yo con cierta fijeza á Nieves confiado en que, al advertirlo ella, bajaría la vista, como suelen hacer otras mujeres por bien parecer, aunque lo desmientan con el *rabillo del ojo*; pero Nieves, que era astuta y atrevida para estas cosas de amores, mirábame también, sin pestañear, cuando yo la miraba. Yo, que estaba completamente enamorado, me rendí en más de cuatro ocasiones á sus miradas, debiéndome poner como la grana, según el hervidero que sentía por todos los poros de mi cuerpo y mi atolondramiento, con lo cual, creo que llegó á convencerse de que yo la amaba. Pasados estos primeros indicios de amor, sucedió que ella comprendió mi timidez, propia de casi todos los hombres en casos semejantes, y no dejaba de hacer coqueterías para más incendiarme y entusiasmarme.

Ya se echaba de pechos al balcón, ya tosía, y juzgo que la ropa se quedaba sin coser, á pesar de tanto cojerla y soltarla, agitarla y volverla á cojer. Yo no me atrevía á escribirle participándole mi intranquilidad, que era mucha desde que la adoraba en secreto, por temor de que pudiese llegar á oídos del maestro, y éste

*me echase el toro encima*; pero en cierta ocasión, en que inocentemente me mandó á su casa desde el taller, para que Nieves me diese dinero para clavos, que él no tenía en aquel momento, sucedió que, al verme yo tan cerca de ella, me encendí de vergüenza y tuvo el atrevimiento astuto de preguntarme:—¿Qué le pasa á Ud.? —Yo me ofusqué más, y por último, la dije, más sereno, que ella sabría por qué no daba *pié con bola*. Y fuíme al taller bastante agitado y confuso.

Después otra vez que la ví en su balcón, observé que se sonreía, y me convencí de que no le era indiferente. Ya con esta nueva seguridad andaba yo loco de satisfacción, y hasta el maestro, aunque no sospechaba por qué, me dijo varias veces que si estaba en Bábía y que me iba pareciendo al bobo de Coria; porque ocasiones tuve de clavar un *mojete* sobre el banco de trabajo en vez de clavarle sobre la tabla en que yo maniobraba; y todo pensando en ella, en Nieves.

Pasaron meses de este continuo padecer amoroso, y al cabo llegó un día en que ví en su balcón á Nieves, como de costumbre, y con excusa de preguntarla por el maestro, del cual sabía yo que en tal instante hallábase ausente de su casa, le dije más. Desde la calle le mani-

festé que, aunque su hermano Lucas me echase del taller con piedra y honda, estaba dispuesto á hablarla, si ella accedía. Y en fuerza de súplicas llegamos á ser novios *de occultis*, y por cierto con grande disimulación durante los primeros días; que luego, á excepción del maestro, si mal no juzgo, muchas personas se lo presumían y hasta lo aseguraban. Nieves y yo nos escribíamos cartas, que á veces conservábamos dos ó tres días en los bolsillos por no hallar ocasión propicia para soltarlas. Seguiré.

Pasados que fueron dos ó tres días de la visita de D. Cosme, el clérigo de las gafas verdes, me dijo el maestro:

—Anda vé al palacio episcopal. Preguntas por el señor Secretario de Cámara D. Cosme Retamosa; le ves y le das esta carta de mi parte.

El maestro me entregó una carta cerrada y añadió:

—¡Ah! Te esperas hasta que te conteste.

—Está bien—dije. Cojí mi sombrero y me encaminé hacia el palacio, no sin que de paso me detuviese por mi gusto en el *pátio del Triunfo* para contemplar el Guadalquivir y perder un rato más de trabajo. Estuve más de media hora observando el paisaje que se vé desde el citado

pátio; las aguas espumosas del río, los viejos molinos coronados de yedras, los rebaños de ovejas que entre nubes de polvo pasaban por el puente; ya recreábame en ver los carros que cargados de costales de harina traqueteaban por los caminos entre el vibrar de cien campanillas y las voces de los molineros y carreteros; ya en el cercano *Campo de la Verdad* con sus casas blancas; ora en las bandadas de cigüeñas que se destacaban en el celage de la campiña y posábanse á veces sobre los chozos pajizos...

Después me dirigí al palacio episcopal; un portero uraño, como casi todos los de su ocupación descansada, me mortificó de lo lindo, haciéndome que esperase hasta que le dió ganas de pasar recado al señor Secretario. En vista de esta antesala que me dió S. M. el portero (y digo S. M. como si hablase de un rey, porque no debía tenerse por menos, según su aire de majestuosidad) me senté en un banco puesto á la entrada, por cierto, frente de un pátio terrizo rodeado de columnas de jaspe y arcos enjalbegados de ocre.

Así, pues, que á S. M. el portero le pareció que había esperado bastante *mi pobre humanidad*, dióme señas de la habitación ó dependencia en donde se hallaba el Secretario de Cámara. Subí por una escalera también de jaspe;

desemboqué en una galería, y efectivamente vi en ella, entre otras puertas, una que era la del cuarto del Secretario, según *rezaba* una tablilla colocada encima. Pedí permiso y entré. El cuarto lucía un balcón que daba al campo y estaban las paredes cubiertas por estantes llenos de legajos y de libros, con pastas de pergamino muchos, y lomos de badana verde y roja casi todos.

D. Cosme estaba echado en un sillón con almohadillados de cuero, tachonados de clavillos brilladores; estaba al lado de una mesa con un crucifijo de marfil, una escribanía de metal dorado y otros objetos. Leyó la carta, mientras yo permanecí de pie, fijándome en todas esas cosas, y con el sombrero en la mano; volvió á leerla y díjome irguiendo su cara con gafas verdes y lisa como una calavera:

—Contéstale al maestro que, para reconocer la parte que precisa restaurar en las *Ermittas*, bueno fuera que anticipara el viaje; que vaya pasado mañana sábado, y no en domingo como piensa; que seguramente hásele olvidado que el domingo, como día de fiesta, nada debe de hacerse que tenga relación con el trabajo. Es preciso ser católico en todo. Y respecto á lo de su hermano Leonardo, has de decirle que el señor Obispo me ha dado palabra de poner en

movimiento sus influencias para conseguirle el indulto.

Al oír esto, pensé que á Lucas no le agradaría que yo me enterase de cosas de familia, y más debiendo ser lo de Leonardo cosa delicada ó grave, y me atreví á decir á D. Cosme:

—Permítame Ud., padre. ¿Dice algo de su hermano, en la carta, mi maestro?

—No, ¿por qué?

—Porque yo, padre Cosme, desconozco la historia de ese su hermano de mi maestro y conozco al maestro demasiado. Quiero decir á usted que como esa historia será bochornosa, á juzgar por lo que he oído en la calle, acaso siente mal al Sr. Lucas que yo sepa algo; porque él jamás se ha dado por entendido de tal asunto conmigo; es muy poco comunicativo, y creo mejor que Ud. se lo escribiese ó se lo dijese de palabra. Sin embargo, padre, haré lo que Ud. me ordene.

—¿Pero, y acaso, delante de tí no hablamos de lo mismo en el taller Lucas y yo? Precisamente, la última vez que estuve....

Yo me hice de nuevas, como si nada hubiese oído en el taller, y contesté al sencillo D. Cosme.

—¿Delante de mí? ¡Padre, no he oído tales cosas más que en la calle; verdad es que con el ruido de las herramientas y con pensar en mi

trabajo, apenas si oigo lo que allí habla el maestro! Y no creo que éste suponga otra cosa.

—¡Ah, bien! Bueno; no le digas nada de ese asunto; yo le hablaré.

Después, como suele decirse, metí los dedos al clérigo con cierta disimulación, diciéndole que yo nada sabía de la historia de tal Leonardo. Todo, para ver si me enteraba de ella don Cosme; pero sólo pude sacarle estas palabras:

—¿Entonces tú ni sabías que el maestro tuviese tal hermano?

—Eso, sí; porque lo he oído decir.... á la gente; pero ignoro por qué necesita indulto.

—Pues más vale que nada sepas. Leonardo es un desgraciado.

Con lo cual quedé más ansioso de conocer las hazañas de Leonardo y su vida.

Cuando volví al taller, estaba Lucas *dado á los diabtos*, porque mucha fué mi tardanza, y no dejó de murmurar hasta que salimos para nuestras casas, yo y los que con él trabajábamos.

Ya en mi casa, y cada vez más picado de curiosidad, me pasó por la imaginación una idea feliz; la de visitar á una vieja amiga y comadre, que habitaba cerca de mi domicilio, que se preciaba ante mis ojos de haber criado á mi madre, y que (esto era lo importante para mí) conocía la vida y milagros de media humanidad.



## VI

Una noche fui á casa de *la tía Pepa*; ésta era la mujer que, como dije, se preciaba de haber criado á mi madre, en sus buenos tiempos, y que sabía al dedillo la vida de todo el mundo. Con achaque de verla, porque tiempo hacía que estaba paralítica y sin más auxilio que el de los vecinos de su casa, penetré en su habitación, que apestaba á miseria. Después de muchas idas y venidas en conversaciones insustanciales hablamos del taller. Yo la dije que llevaba pocos meses de trabajar con Lucas de Arana y que hallábame contento.

—¡Ah, Lucas de Arana, el señor Lucas!— me dijo *la tía Pepa* sin yo preguntarle—es un grande maestro. ¡Cuán inteligente! ¡qué esmero y pulimento el suyo para trabajar la madera!...

¡Y los cuartos! ¡Porque tiene muy buenos cuartos; gana mucho y gasta poco! ¡Lástima es que eso del hermano!... ¡Por eso dicen que no hay felicidad completa!...

—Ama — le dije con cierta amabilidad y adulación para lisonjearla— algo he oído acerca de su hermano Leonardo, que está fuera de Córdoba; acláremelo Ud., que todo lo sabe...

Y me contó lo siguiente:

—Tu maestro tiene un hermano; Leonardo, bien lo has dicho. Pues, oye: hace ya cerca de ocho años que ese Leonardo entró en quintas y le tocó en suerte un número bajo. Como Lucas entonces era más joven, estaba menos acreditado y no había ganado tanto dinero, no pudo librarle del servicio militar. Resúmen: que Leonardo fué á servir al rey; entró en un regimiento de caballería (creo que de Avila), porque él era de buena estatura y bueno hubiera sido para artillero. Leonardo mostraba un carácter adusto, como el de tu maestro, y pronto se le subía la polvorilla á la cabeza. Cuando no llevaba aún seis meses de soldado raso, parece que tuvo una polémica con un sargento de su batallón, y de las palabras vinieron á las manos. Resultado: que Leonardo mató al sargento de un tajo de sable en la cabeza.

Las ordenanzas militares, que cumplen aque-

llo de *quien á hierro mata á hierro muere*, debían castigarle con pena de la vida, quizás antes de las veinticuatro horas del suceso, y el pobre Leonardo huyó del cuartel inmediatamente y con tanta fortuna que no se supo de su paradero durante los cinco ó seis primeros años de la desgracia, ó al menos, si se supo, tendría *buenas agallas* á donde aferrarse. Merced á que pudo huir, no le fusilaron, pero durante esos cinco ó seis años que sucedieron á la muerte del sargento, dicen que le buscaron sin descanso y esparcieron nota de sus señas por todos los dominios españoles; hasta registraron la casa de su hermano, tu maestro, para prenderle en caso de que estuviese escondido en ella, lo cual es de todo punto imposible. Ya, como todo lo borra el tiempo, nadie habla de Leonardo y ni saben las gentes si existe. Pero es cierto que escribe desde América á su familia; desde América hoy, por ejemplo, y mañana desde París, y después desde Roma, y así va pasando su vida, que ciertamente será agitada y amarga. ¡Cosas del destino!

Así que *la tía Pepa* me relató cuanto has oído, quedé pensativo y balbuceé con grande lástima el nombre de Leonardo; acaso, compadecí á este hombre desconocido, más que por caridad, por amor hacia su hermana, mi novia,

mi sueño azul. Pero basta de digresiones. Me mostré satisfecho de *la tía Pepa*, que había saciado mi curiosidad, y cuando estuve un rato más á su lado me despedí de ella; ella me besó y me dijo:

—Cuidado, niño, no digas que yo te he referido tal historia, aunque es muy sabida. Cuida que no llegue á oídos de tu maestro; que éste se subleva cuando se le recuerda....

—¡Ah, por supuesto, descuide Ud.!—contesté; y me salí de la habitación, pasmado de asombro y satisfecho.

## VII

La última carta que yo había podido recoger de Nieves decía poco más ó menos: «No sabes cuanto júbilo siento; mañana, viernes, saldrá mi hermano Lucas para las *Ermitas*, según la orden del padre Cosme, y no vendrá hasta la noche del sábado; me deja, como siempre que tiene necesidad de llevar á cabo viajes cortos, sola, encerrada en la casa, aunque con todo lo necesario, por supuesto, para que de nada carezca; él, como me vé rebotante de salud, no ha previsto que yo pudiera perderla en un instante y hallarme desvalida...; pero, vamos al caso; en vista de que con su viaje permanecerá una noche fuera de casa, te invito, mira si te quiero, te invito para que hablemos por la ventana baja, aunque no estemos mucho rato y sea en horas

de la media noche, para que nadie nos vea y no llegue el soplo á Lucas. Puedes venir á la una de la madrugada; toses, y yo, que estaré al cuidado, bajaré á la reja. *Maria de las Nieves*».

Yo la escribí otra carta, mostrándome alegre como unas Pascuas, y le aseguré que no faltaría á la cita. Aunque á nadie de mi casa pedí permiso para trasnochar, porque no habrían de dármele, pensé, para cuando llegase la hora, escaparme con sigilo cuando todos estuviesen durmiendo.

Y ya que he hablado de cartas, bueno será que te diga cómo nos las entregábamos. Mis cartas se las echaba yo á Nieves por una reja baja de su casa que daba á una habitación sin amueblar; Nieves dejaba abierta, de propósito, la ventana, y luego las recogía. Para las cartas tuyas verás cómo nos arreglábamos. Al anocheecer pasaba yo por la acera de la casa de Lucas de Arana; Nieves, que estaba en su balcón, echaba la carta á la calle, y yo, con disimulo, al amparo de la sombra, me inclinaba y la recogía. Esto cuando nadie transitaba por aquellos sitios.

¡Ah! Te diré otra cosa. Recuerdo que por esa época estaba yo tan apasionado de Nieves que, ¡asómbrate! yo, que ni ortografía tengo, llegué á escribirla *romances de ciego* en mis

ratos de ocio; y aunque luego un señor me los corregía, porque—tal era su expresión—les faltaban sílabas, ello es que parecíanme buenos; y tanto llegué á entusiasmarme, que á poco más abandono el oficio, con mengua de mi estómago, para dedicarme á tales *bellaquerías*. Acuérdomé ahora únicamente de un romancillo enmendado por D. Simplicio, que tal era el nombre de mi corrector, y bien merece que te lo recite, porque peores los he visto en los diarios, si el amor propio no me engaña. Y yo nunca atrevíme á publicar nada, ni el mismo D. Simplicio pudo saber á quién dirigía yo mis *berzas*. Oye el tal romance, que puedes suponer dirigido á *ella*:

Si hay dos lirios casi juntos  
al borde de un arroyuelo,  
chocan sus copas azules  
al brusco empuje del viento;  
uno se echa sobre otro  
y parecen darse un beso;  
en cambio, si el aire duerme  
se miran... pero están quietos.  
Si no quiere tu familia  
que nosotros nos hablemos...  
¿qué será para nosotros  
tu familia? Será el viento;  
nos acosará sin trégua  
y mucho más nos quereremos.

—¿Qué tal? Verdad es que está *pulimentado* el tal romance; mas para hacerse poeta, aunque de cortos vuelos, no hay cosa como enamorarse. Recuerdo que el citado D. Simplicio me afirmaba que no se podía ser poeta hasta después de tener novia.

Y á todo esto, porque advierto que me he ido por los cerros de Ubeda, ¡cómo perdonaba yo las exigencias del maestro Lucas desde que su hermanita me quería! ¡Cuán servicial y risueño me mostraba, y cuán ageno estaba él de todo! ¡El, tan adversario de los noviazgos y de los matrimonios!

## VIII

Llegó la noche deseada, y á eso de las doce y media salté del lecho con sigilo, como para que no despertase mi madre, que á la sazón roncaba en una habitación inmediata á mi alcoba; excuso decir que salté de la cama vestido, porque así me eché en ella, y no tuve más que calzarme unas zapatillas que apenas producían ruido al andar; me calé el sombrero, cojí la llave, abrí, también con cautela, la puerta de la calle, la volví á cerrar, y tembloroso, agitado de emoción, me encaminé hácia la calle del taller, hácia la casa de Nieves. La noche, que era de verano, estaba apacible; mis zapatillas chancleaban en las piedras de las calles silenciosas y oscuras; dije que la noche era apacible porque vagaba un airecillo embalsamado con esencias

de jazmines, de miramelindos y de albahacas, y aunque no destacábase la luna en el cielo, fosforecían innumerables estrellas.

Cuando llegué muy cerca de la casa del maestro tosí secamente y entre los hierros de la reja baja asomó á poco su cabeza rubia la encantadora Nieves; su cara, destacándose en la sombra, me parecía más blanca, con serlo á toda hora tanto como su nombre. Hablábamos tan quedo que solo el siseo de las sílabas podría ser escuchado en el silencio misterioso de la noche. Hablamos de ilusiones, de esperanzas, de goces, y poco á poco nos íbamos entusiasmando; yo estaba tan embelesado que, aunque oí la voz lúgubre del sereno pregonando la hora y sentí sus pasos que se acercaban, no quise retirarme. Nieves, agitándose me dijo:

—Vete, ocúltate por Dios, aunque después vuelvas; el sereno se acerca y no es conveniente que nos vea.

Yo, tan ciego, tan enamorado, no la obedecí y proseguí hablando con frases enternecedoras y reconvenciones. Sonó nuevamente el pregón del sereno, hendiendo el espacio, y á poco dicho agente pasó por delante de nosotros casi rozándose conmigo; nos vió, dió las buenas noches, y ella, Nieves, por no desairarme se quedó en la reja, pero avergonzada de temor, roja,

según pude advertir al resplandor del farolillo del sereno, que, colgando en el chuzo, pasó iluminando nuestras caras. El sereno debió quedar asombrado de tal noviazgo, puesto que, hasta que volvió la esquina, no dejó de mirarme de arriba á abajo.

Aquella noche me sentí más poeta y comparé á Nieves con todos los luceros de oro que parpadeaban sobre nuestras cabezas y con todos los nardos cuyas varas verdes se balanceaban al fresco en las altas rejias, como pebeteros de nuestros amores. Pero, cátrate que, tras la risa viene el llanto, y de repente, cuando más embelesado estaba yo refiriendo las vaguedades de mis sueños, ví ¡mentira parece! ví que dos brazos pálidos, como de muerto, saliendo de la sombra por la parte adentro de la reja, retiraron á Nieves bruscamente y se la llevaron en *un decir amén*. Ver yo los brazos escuetos, oirla dar un grito formidable de espanto y huir yo de aquel sitio atolondrado, fué todo uno. Piés me faltaban para correr y corazón y sienes para darme golpetazos. Corrí, corrí como un loco indomable por calles y plazuelas, sin saber adónde; desesperado, lleno de asombro; luego, á poco, cuando menos acordé, halléme cerca de un campo; me detuve con aire asombradizo; el vértigo de la carrera se me fué pasando, y todo

me aterraba, todo me infundía pavor; las sombras me parecían fantasmas que se alargaban; no supe en dónde estaba; á puño cerrado creí en las brujerías que me contaba mi abuela cuando niño; en las almas en pena que vagaban por el mundo; en las medrosas leyendas de encantamientos, en todas las patrañas. Cerca del campo, en donde me paré temblando, temblando como un pobre aireado, divisé el pórtico del *Hospital de la Misericordia* y ¡gran Dios! todavía la fiebre del miedo ardía en mi cerebro; me quedé mirando el pórtico á cierta distancia y lancé un grito horrible, tan horrible que llegóse á mí un sereno inmediatamente; me pareció como que una mano de muerto, amarilla como la cera, salía de la puerta del hospital, haciéndome señas; al principio, hasta corrí huyendo del sereno; después, al reconocerle, ví el cielo abierto, porque me animó: sí; el sereno hizo-me comprender que aquello que me parecía una mano, era una convocatoria de iglesia que se hallaba despegada por un extremo y tecleaba en el pórtico agitada por el aire, y además me acompañó hasta mi domicilio.

En mi casa no me habían echado de menos; mi madre todavía roncaba. Dudando si me habría transportado de repente á otra vida ó si todo habría sido un sueño, me desnudé como

---

Dios quiso y me eché en el catre; muerto de miedo me envolví la cabeza con la sábana, cerré mis párpados, sin que por esto dejase de ver con la imaginación caras horribles, y comencé á oír el cacareo estrepitoso de los gallos anunciando el amanecer.



## IX

Cuando se disipan las sombras de la noche huyen también las sombras del miedo. La luz del día hace ver ciertas cosas como son, y cuando el sol de la mañana esclareció mi alcoba, me sentí más valiente, más tranquilo. Pensé entonces con más calma en los sucesos de la noche pasada, aunque sin salir de mi apoteosis. En el corto intervalo de un cuarto de hora pasaban por mi imaginación enfermiza innumerables pareceres.

—En la casa de Lucas no habitaba nada más que Nieves, puesto que el maestro hallábase fuera entonces; (me decía yo). ¿Sería algún ladrón *de oficio* el sujeto que asomó los brazos y la recogió? ¡Yo debí llamar al sereno del barrio! ¿Y si fué algún gato que le rozó en los piés

y se asustó ella al sentirlo? ¡Pero no; yo ví claramente los brazos que la retiraron de la ventana! ¿Y un ladrón para qué iba á cogerla? ¿Para que acudiesen los vecinos á los gritos y le cazaran? ¡Ah, no! Esto no puede ser. ¡Habrá sido todo un sueño! Mas no, tampoco; ha sido realidad. ¿No se iría al campo Lucas de Arana? Menos me lo esplico; le ví yo salir de Córdoba, y además ¿Nieves no iba á saberlo?

Todas estas cosas pensaba yo, como te dije, sin que acertase á descifrar lo raro del suceso. Después los celos, que saetean sin descanso al que quiere bien, me horadaban; sí, el gusano de los celos roíame hasta la médula de los huesos, y yo echaba el juicio á pasear, diciéndome:

—¿Sería acaso algún seductor que, aprovechando la ocasión de hallarse Nieves absolutamente sola, saltó tejados, entró en la casa, supuso que quizás en toda la noche Nieves no dejaría la reja, ya no pudo contenerse hambriento de lascivia, y se decidió á cojerla para deshonorarla? ¡Quién sabe! ¡Tal vez...! Esto va á ser, esto, esto! Me decían los celos.

Esta opinión es la que más cuerpo tomaba y visos de verdad en mi cerebro, y me abatía. A la postre probábame yo mismo que tal parecer no tenía fundamento, y me consolaba con este otro:

—Acaso Dios no quiere que Nieves viva para mí, sino que viva para otro, y por un milagro de su infinito poder la apartó de mi lado. ¡Ah, sí; ya creo en los milagros! ¿Y cómo no si los he palpado, como quien dice? Ya creo, ya creo; bien me los contaba mi abuela, bien claro tratan del milagro los libros sagrados.

Abismábase mi mente con tales meditaciones y no pensé jamás, por entónces, volver á la encantada reja; mis relaciones con Nieves quedaron interrumpidas, aunque no la olvidé; porque *estaba escrito* que Nieves, en esta vida deletnable, habría de ser la virgen de mi corazón.



## X

Amaneció el día en que regresaba á Córdoba Lucas de Arana y me fingí enfermo para no asistir al taller; yo no dejaba de pensar en qué me sucedería cuando me viese el maestro; figurábame que el raro acontecimiento que te describí habría llegado á sus oídos y que de rabia *tocaría al cielo con las manos*.

Por otra parte, ignoraba yo el resultado de lo que pasó con Nieves cuando la separaron de mí, y juzgaba que acaso hubiese muerto de susto ó asesinada. Para colmo de desdichas la casualidad hizo que circulasen rumores de que una joven había fallecido de repente en la noche pasada; esta noticia llegó á mis oídos porque á mi madre habíansela dado en la plaza de abastos á la hora de la compra, y por lo pronto supuse

que fuera Nieves la difunta. Con esta suposición mía agravóse mi situación hasta tal punto que no supe en dónde refugiarme, huyendo de la gente como si fuese un criminal y á poco más me dá un desmayo; luego me tranquilicé cuando mi madre díjome que el maestro Lucas acababa de enviar recado preguntando por qué no iba, á lo que contestó mi madre que me hallaba enfermo, aunque levemente, y que acaso, ya repuesto, no faltaría á la mañana siguiente...

Pasó aquel día, y á la hora de costumbre, me dirijí hácia el taller; á medida que me iba aproximando, las sienas me palpitaban con más vehemencia y el corazón aumentaba la fuerza de sus latidos, acobardándome; al desembocar en la calle del inexplicable percance, casi no miré á la casa de Nieves y me entré en el taller; ya estaban en él mis compañeros, y hasta sus rostros, más risueños que de ordinario, parecían mirarme con burla, como si dijesen: ¡Buena te espera! Pero en verdad que *todo es según el color del cristal con que se mira*, puesto que ellos nada sabían de mis amoríos. Luego llegó el maestro, y al verle, casi me eché á temblar; sin embargo, le saludé; me dijo que ciertamente me hallaba pálido y ojeroso, cual si hubiese estado enfermo, y nada más.

Ya fuese porque Lucas nada sabía del caso,

ya porque el mismo temor me presentó el resultado más benévolo, ello es que también al maestro le encontré más comunicativo y risueño que otras veces.

—¿Qué transformación sería esta?—me preguntaba yo.—¿Si estará conforme y hasta se habrá alegrado, aunque haga *la vista gorda*, de que yo le hable á su hermana?—decíame el amor propio.—¿Puede que la misma tacañería le haya hecho pensar que el enamoramiento de Nieves había de serle provechoso hasta cierto punto; porque con el tiempo, otro, yo por ejemplo, habría de mantenerla y de vestirla!—Pero, no; esto fuera el colmo de la miseria; no le haré tan egoísta....

De todos modos es lo cierto que descansó mi espíritu.

Pasado un rato que fué, habló Arana y nos dijo:

—Para dentro de pocas semanas os preparo una sorpresa.

—¿Cuál?—Se apresuraron á preguntar todos, menos yo, que debí palidecer porque sospeché que iba á ser blanco de alguna broma pesada, referente á mi secreto enamoramiento; pero me equivoqué, gracias á Dios. Arana añadió sonriendo:

—Hemos de holgar un día celebrando en mi

casa una *juerguecita*; y no por eso dejaré de abonaros el jornal. Gracias á los estímulos del padre Cosme y del señor Obispo, se ha decretado el indulto á favor de mi hermano Leonardo. —Al llegar aquí nos contó la historia de su hermano, que por no discrepar de la que me contó *la tía Pepa*, dejó de referirte, y siguió diciendo:

—Leonardo, ya libre, vendrá á Córdoba inmediatamente; después de no haberle visto en tantos años, razón será que ustedes participen también de mi gozo.

—¡Bien, bien maestro! ¡Cuánto nos alegramos! ¡Sea enhorabuena! Muchas gracias, muchísimas gracias—contestamos todos saboreándonos ya de gusto, y yo más que nadie.

En la tarde á que me refiero, no se asomó Nieves al balcón; pero todas mis cuentas amorosas pensaba liquidarlas con ella en ese día feliz que se nos había anunciado. Yo me las prometí felices, y desde entónces, esperando, esperando, los minutos me parecían siglos.

## XI

Al cabo llegó á Córdoba el indultado, según dijo Lucas, y tuve ocasión de verle antes de que llegase la fiesta prometida. Cualquiera diría que estaba enfermo, á juzgar por su delgadez y su descuido en el vestir y en el pulirse; también por su andar perezoso y porque miraba con una extrañeza de necio, como de quien además de ser tímido no está acostumbrado á tratar con las gentes, debiendo ser al contrario, puesto que, según se decía, no había estado preso durante su larga ausencia. Hasta su cabello castaño, que en el color discrepaba de sus hermanos; estaba bastante enmarañado y crecido como el de un presidiario, y su piel morena mostraba el color tostado de la cera pajiza.

A todas las preguntas que se le hacían con-

testaba Leonardo con grande indiferencia; si se le hablaba de las capitales en donde pasó su *libre esclavitud*—¡Phs!—contestaba encogiendo los lábios con marcado excepticismo y daban ganas de compadecerle. El maestro guardábale consideraciones impropias de su caracter seco, y en todo le complacía como si se tratase de un niño mimado y caprichoso.

Como todo llega en este mundo, llegó al fin el día de la fiesta que nos ofreció Lucas. Sobre una estufa colocada en la alcoba del balcón de la casa de Arana, habían puesto azafates llenos de pastas de dulce, no pocas botellas con vinos y licores y una caja de cigarros habanos para que fumásemos los hombres. La alcoba, que era espaciosa, llenóse de clérigos, de sacristanes y de algunas mujeres que tragaron, bebieron y hablaron hasta por los codos. Excuso decir, porque ya lo habrás supuesto, que los del taller fuimos los primeros en llegar á la casa del señor Lucas. Uno de mis compañeros fué el único que echamos de menos en la concurrencia á primera hora; pero después se presentó con una guitarra debajo del brazo y fué tan bien recibido, que á poco más le palmotean de júbilo. Leonardo, aunque tan silencioso como de costumbre, hallábase al lado del padre Cosme, el clérigo de las gafas verdes; éste se hallaba como

presidiendo la reunión, sentado en un sillón ancho, pintado de verde á semejanza de las sillas, que también estaban pintadas de este color; y hasta recuerdo, por más señas, que tanto el sillón como cada una de las sillas lucían en el *espaldar delantero* figuras de boleras, de Amazonas, de pastores y tipos populares pintados al óleo con colores *demasiado chillones* á manera de calcomanías francesas. Nieves y el maestro eran los encargados de obsequiar á los concurrentes, y excusado es decir que *me timé* con ella cautelosamente, obligándola cuando me ofrecía una copa á que ella probase el vino sabroso y añejo que escanciaba, y brindándole por su hermosura.

Ella correspondía á mis ofrecimientos y sonreíase al escuchar mis piropos, los cuales era difícil que llegasen á oídos de su familia con el murmullo de las conversaciones y las carcajadas del entusiasmo. A instancias de todos, el de la guitarra comenzó á rasguitarla, después de atornillar perfectamente las clavijas; aunque falto de arte, tenía yo vocejón de sochantre por el tiempo á que me refiero, y me invitaron para que cantase; mi excesiva cortedad de genio no me hubiese permitido cantar á cualquiera hora; pero afortunadamente los vapores del vino engendraron en mí cierto desparpajo y en-

toné al compás de la guitarra coplas y más coplas. Como existen coplas populares para todos los gustos, escojía yo las que más se adaptaban á la belleza de Nieves.

«Tienes ojos de paloma,  
mejillas de leche y sangre,  
y los cabellitos rubios,  
como la Virgen del Carmen.»

*Et sit de cæteris.* Cada vez que acababa de cantar una *petenera* hacíanme palmas todos los concurrentes; y yo, como Nieves estaba presente, no cabía en la silla de gozo.

## XII

Prosiguió la *juerga* en la sala, llena de claridad deslumbradora, y el maestro, que estaba alegre como nunca, tomó la palabra y dijo sonriendo:

—Os voy á sorprender á todos con una noticia; á todos, menos al padre Cosme, que todo lo sabe.

El padre Cosme abría la boca hasta las orejas en señal de satisfacción. Lucas de Arana prosiguió:

—Cerca de tantos años ha estado mi hermano Leonardo sin obtener el indulto que, gracias á las influencias y buena voluntad de don Cosme, ha conseguido. Pues en tan largo espacio de tiempo, ¡pasmadse! no ha salido de esta casa.

—¡Cómo!—¡Caramba, qué cosa más rara!

Y todos se acercaron más hácia el maestro, mirándole con cara de asombro; sonreíase mientras Leonardo y bajaba la vista como avergonzado.

—Pues, sí, señores; no ha estado en París, ni en América, ni en Roma, en ninguna parte, nada más que en esta casa. Cuando huyó del cuartel se vino directamente....

Un palmo de boca abrían los oyentes, unos porque verdaderamente ignoraban el caso; otros, porque, aunque lo sospechasen, no querían darlo á entender; yo, al enterarme, sentí frío hasta en las raíces del cabello y me puse de modo que no me viesen la cara, con los cuerpos que tenía delante; porque pensé discretamente que los brazos pálidos que retiraron á Nieves de la reja, en aquella célebre noche, no pudieron ser otros que los de Leonardo, y que éste, por consiguiente, nada ignoraría.

Un individuo de los que se hallaban en la reunión preguntó al maestro:

—¿Y si dijo Ud. que en los primeros años siguientes á la deserción de Leonardo vinieron á buscarle, cómo no le encontraron?

—No le encontraron, sencillamente, porque todo se tenía previsto, y cuando sonaba la campanilla del portal, antes de que Nieves abriese,

Leonardo se ocultaba en el zaquizamí de la torre, que es bastante estrecho, aunque cabe un hombre perfectamente. Y nadie pudo imaginar que en tal sitio se guareciese. Cuando luego os enseñe dicho escondrijo, habreis de darme la razón y comprendereis cuán fácilmente respiraba y cuán imposible fuera que le encontrasen.

—¡Parece mentira!—¡Y qué vida más amarga habrá llevado el pobrecito!—Pero ánimo usted, Leonardo, ánimo Ud.; ya puede usted ver mundo.

Frases como estas y exclamaciones parecidas dirigían los concurrentes al maestro Lucas y á Leonardo.

Luego nos dirigió Lucas de Arana hacia la torre; subimos por una escalera de caracol bastante estrecha, oscura al principio, más clara á medida que se iba subiendo y deslumbradora después hacia los últimos escalones, por los cuales rodaba un rayo de sol quebrándose en masas de luz dorada y trasparente. No todos los que subimos cabíamos dentro de la torre; desde los últimos escalones veíase también el interior de dicha torre y en ellos se detuvieron los *de la cola*.

El maestro tomó la palabra y dijo:

—A esta torre octógona, con sus cuatro balcones y trastos viejos, han subido en más de

una ocasión los alguaciles de la Justicia. Observad detenidamente las maderas del techo y decidme si puede nadie figurarse que ellas faciliten la entrada á un cuartocho.

Efectivamente; el techo estaba formado de tablas gruesas cuadriculadas con torneados listones que le tapaban herméticamente las coyunturas.

—Pues os explicaré todo—añadió Lucas.—Leonardo vagaba por las habitaciones altas de la casa; al vibrar la campanilla del portal asomábase Nieves por una *mirilla* para ver quién llamaba; si no era yo, subíanse rápidamente á la torre Nieves y Leonardo. Elevaban sobre una de estas paredes una escalerilla de mano que sobre estos trastos viejos dejábamos tendida, como por casualidad, y que ahora precisamente la tenemos en el pátio; subíase Leonardo, tiraba de esta tabla del techo, que es una portezuela disimulada con las vigas y los torneados listones, y se entraba á lo cóncavo de la cúpula que en el sitio de la veleta tiene una pequeña claraboya con cristales, la cual abría Leonardo para respirar mejor y para que le entrase claridad; esa reja ó claraboya no podía ser vista de nadie, por lo mismo de que tan alta está edificada la torre.

El maestro, mientras que hablaba, no se es-

taba quieto; y como, según sabes, era bastante alto, alzó un brazo y con facilidad descolgó la tabla del techo que nos mostró antes, y vimos, en efecto, que aquella tabla era una portezuela y que hasta tenía sus aldabillas para cerrarla por la parte interior de la cúpula; por el hueco de dicha portezuela, que quedóse colgando del engarzamiento, vimos la claraboya perfectamente y observamos que entre aquella y el techo había espacio suficiente como para una persona, aunque tal no pareciese desde la calle; la cúpula, vista desde la calle, parecía pequeñísima.

Lucas prosiguió:

—Excuso decir á Uds. que el escondrijo siempre estuvo limpio y los cristales, cerrados de ordinario, impidieron la entrada de pájaros, de insectos y de otros animales. Tales precauciones se deben á mi ingenio.

Esto último lo dijo el maestro vanagloriándose.

Después de oír la esplicación que nos hizo, contemplamos, desde los balcones de la torre, panoramas bellísimos; un laberinto de tejados, de cúpulas y de torres cuyas veletas *de plata* y agujas *de oro* fulguraban aquí y allá, á los rayos del sol; la franja del río, lejana, blanca como la espuma, caracoleando entre esmeral-

dinas vegas hasta perderse de vista; las montañas azules de la sierra con sus *casitas blancas como palomas*, los huertos del barrio más próximo tapizados de celindas; las azoteas con sus tiestos y jarras de claveles y sus *tendederos* de ropa blanca que flotaba al soplo del aire....

Contentos y más que contentos bajamos otra vez á la sala del modesto festín y prosiguió la fiesta hasta cerca del anochecer.

Cuando ya nos despedimos intentó el maestro abonarnos el jornal ofrecido, que desde luego renunciamos.

Nieves me dió una carta con grande disimulación, y yo, al verme en la calle, á pesar de que estaba satisfecho, volví á pensar en que, acaso, Leonardo estaría *al dedillo* de todo en lo que se refiere á mis relaciones con su hermana. Si estaba ó no estaba en autos, ya lo verás más adelante.

### XIII

Cuando leí la carta que cautelosamente me entregó Nieves, quedéme tranquilo. En la carta decía poco más ó menos:

«Sé que mi hermano Lucas vá á declarar que Leonardo no ha viajado nada más que por las habitaciones de mi casa desde que tuvo la desgracia del cuartel, y con esa declaración ya todo te lo figurarás. Es decir, que supondrás que quien me apartó de la reja bruscamente fué Leonardo; pero puedes hallarte tranquilo, puesto que él con la oscuridad de la noche no pudo ver el rostro de quien me hablaba, y menos no conociéndote. Yo no le dije tu nombre y le reconvine para que no le dijese nada á Lucas; le participé, aunque nunca lo hubiese yo hecho, que de descubrirme le descubriría yo á él, por-

que estaba escondido huyendo de la justicia, y todo quedó en paz. No pierdas la esperanza de que hemos de hablarnos con el tiempo sin que nadie nos lo impida, y no olvides que de todo corazón te quiero, á pesar de que apenas si has vuelto á mirarme desde aquella memorable noche».

¡Cuántas veces leí esta carta de mi encantadora Nieves y cuánto soñé con esta mujer apasionada! Vamos, recuerdo que había yo formado un paquetito de cartas suyas, atado con una cinta de seda azul, y que todas las noches lo desataba para leerlas antes de acostarme. Cerraba las puertas de mi alcoba y más de tres cuartos de hora pasábame estudiando el corazón de mi amada en aquellas letras desiguales; luego sacaba de un sobre un rizo de oro, cortado por ella de su frente, y en mi delirio le besaba y le olía voluptuosamente, cosa que no hubiese hecho con los cabellos de mi misma madre. Todo esto á la luz temblorosa de un dorado velón, cuyo mechero encendido sacudía yo á cada momento con las ahumadas despabiladeras, único remedio para que no me deslumbrase.

#### XIV

Sucedió que al cabo de algún tiempo simpaticé de tan grande manera con Leonardo, que casi me convertí en ayo suyo, ejecutor voluntario de sus caprichos. Todos los domingos y días de fiesta iba yo á la casa del maestro con achaque de acompañar á Leonardo, si éste quería pasearse y distraerse; y de paso veía á Nieves y hasta le hacía gestos amorosos, que ella pagaba con monadas de coqueta sin que lo notasen. Leonardo, poco acostumbrado al trato social, huía de las gentes y placíale, cuando le acompañaba, que fuésemos al campo á sitios donde no bullese persona humana. Yo le daba gusto conduciéndole por calles solitarias y parajes sin más que árboles y pájaros.

Cuando al andar del tiempo el trato frecuente

nos convirtió en hermanos ó poco menos, no me guardaba secretos y logré más de lo que yo pensaba.

Aconteció que un domingo salimos al campo como de costumbre; llegamos hasta la cruz de Antón de Juárez, que como sabes es una cruz de piedra que está en uno de los caminos de la sierra, sobre un pedestal escalonado, también de piedra, entre pitas y olivares. A la sombra de la histórica cruz nos sentamos y Leonardo me contó los pasajes más salientes de su vida agitada. Te digo que me conmovió. Díjome, con eco desconsolador, que estaba plenamente convencido de que á esta vida miserable unos venían con estrella y estrellados otros; que él era de los últimos; que él á donde quiera que puso las plantas pisó ortigas punzadoras, y esto desde sus primeros años; que él, á pesar de su amor al trabajo de la platería, á que se dedicó, no pudo hallar en su primera juventud quien le diese más de una peseta; que él, más adelante, sacrificando los intereses de su hermano, abrió taller de alhajas primorosamente trabajadas, según el parecer de los peritos en el arte, y no solo no halló mercaderes, sino que hasta le embargaron las joyas por débitos de contribución al Estado, y se perdió; que tuvo que seguir comiendo el pan á costa de Lucas, cosa que siem-

pre mortifica á los desgraciados que tienen dignidad y vergüenza acrisoladas; que amó con toda el alma á una mujer hermosa para sus ojos, y esa mujer hermosa vino á tierra de la noche á la mañana, fué á la tumba en la flor de su vida; que él fué sorteado para servir á la pátria, y mientras otros mozos de padres ricos se libraron por suerte, tuvo la desgracia de que su número fuese bajo; tan bajo que á Ultramar hubiese ido si su generoso hermano no le hubiese puesto un sustituto que le costó buenos cuartos; pero que no por eso se libró de servir en España, donde llevó á cabo la hazaña lastimera que te referí; por último, me hizo conocer las penalidades de su destierro más tristes, mucho más tristes que todo eso.

—He sido un asesino—decía—pero un asesino con decoro, y esto no sirve. Maté; pero maté porque debí matar; la sombra del muerto no se me ha presentado jamás para pedirme cuenta... ¡jamás! Aquel hombre, indigno de ser hombre, me propuso ¡vergüenza me dá decirlo! me propuso... vamos, era un hijo de Sodoma y le rechacé de mi lado bruscamente; tan bruscamente que rodó por tierra; él se levantó, rugió, y valido de la superioridad militar que sobre mí tenía, juró vengarse; me maldijo, maldijo hasta el nombre de la madre de mis entrañas... y ya

no pude más; el honor, el santo honor ultrajado, me puso en las manos el corvo sable, me abalancé sobre aquel hombre y ¡zas! todo fué cuestión de un segundo; su cuerpo impuro cayó entre un charco de su misma sangre....

Leonardo dejó un momento de hablar y luego añadió:

—Desengáñate: en esta vida no siempre se recompensan los sinsabores con alegrías; como dice la copla

«el que nace para ochavo  
no llega á cuarto jamás.»

El que nace desgraciado, desgraciado habrá de ser hasta la muerte....

Y más allá de la muerte... ¡qué sabemos!...

## XV

Otro de los días en que salí con Leonardo gocé extraordinariamente. La conversación fué más interesante para mí. Pasó que, merced á la confianza, me refirió el caso de la reja, lo de los brazos pálidos que tanto me dieron que pensar, y llegó á preguntarme, inocentemente por supuesto, que si conocía yo por ventura, ó sospechaba quién pudiera ser el hombre que con Nieves hablaba en aquella noche toledana; yo dí puntadas á mi favor, como suele decirse, y aunque no lo declaré, aunque no le dije que yo era, figuróselo con bastante asombro. Primero, le dije que ignoraba quien fuese el galanteador de Nieves y después que convendría conmigo en que nada tan natural fuera, como que su hermana tuviese novio; ya con esta defensa mía fué escamándose Leonardo, pero continué:

—Ella es más joven que vosotros; ¡ojalá vivan Uds. muchos años! Pero ¿quién veda que mañana quede huérfana de hermanos, sola, y acaso desamparada una mujer tan graciosa y digna como Nieves?

Con esto del desamparo, especialmente, dije yo una necedad, puesto que el maestro ganaba mucho, como sabes, y la dejaría lo suficiente acaso para vivir; mas no ofendí los oídos de Leonardo, puesto que tanto éste como Lucas dábanla de pobres. Leonardo, por supuesto, lo era. La mujer no tiene más carrera que el matrimonio, y así por éste orden fuíle haciendo cargos á Leonardo, sobre el caso; y me dí tal maña, para hacérselos, que llegó hasta el estremo de darme la razón y achacó aquello de la reja á la bilis que le proporcionaba su destierro y soledad. Luego, se enteró claramente de que yo fuí el enamorado galán, y como estábame agradecido porque yo me desvelaba para servirle y consolarle, no puso gesto de cólera ni mucho menos; verdad es, también, que á Leonardo todo le era indiferente. Sin embargo, para mí fué cariñosísimo, y espontáneamente me prometió arreglar con su hermano Lucas que Nieves y yo nos hablásemes sin ocultamiento; yo por mi parte no supe cómo agradecerle tan grande favor y le abracé.

---

Como Leonardo era el niño mimado del maestro, de tal modo arregló el asunto, que á los pocos días hablábamos Nieves y yo, libremente, es decir, con consentimiento de Lucas de Arana. •

Y desde entonces le reja fué mi santuario predilecto.



## XVI

Ahora conocerás el epílogo de esta historia.

Apenas trascurrió un año de la declaración que hice á Leonardo y de las reconvenciones que éste debió dirigir á Lucas para que aprobase mis relaciones con Nieves, senté plaza de maestro de carpintería, viniendo á esta casa-palacio con un sueldo bastante crecido, superior á lo que suele darse á los de mi oficio y clase.

Ya antes habíame librado de ingresar en las filas militares como hijo, que yo era, de viuda pobre; y á poco nos casamos Nieves y yo en la parroquia de Santa Marina de Aguas Santas de esta ciudad, con grande complacencia por parte de todos nuestros allegados; nos dió las bendiciones el padre Cosme, secretario de Cámara, y vivimos felices aunque no tuvimos hijos. Des-

graciadamente, después de una unión santa de cerca de cuarenta años, pasó Nieves á mejor vida. ¡Hace ya diez años que falleció la pobre! Reza por ella.

—¿Y qué fué de los hermanos?

—Ellos murieron; el maestro Lucas murió tísico, hace muchos años, con bastante edificación, y Leonardo, el desgraciado Leonardo, falleció pocos meses después de mi casamiento, á los dos años próximamente de su indulto, triste, indiferente á las cosas del mundo, hastiado de la vida, pensando en ese «día clarísimo de la eternidad que no tiene noche que lo oscurezca». Su vida no fué un sueño, como dicen que es la de todo hombre; fué una borrascosa noche de relámpagos y de fiebres pasada en vela.

Ya, como oyes, todos han muerto, y yo que soy el único allegado á la familia de los Aranas, pronto, también descenderé á la tumba.

.....

Cuando el viejo Lucio (*habla el autor*) acabó de contarme la historia referida, era ya muy cerca de la noche. Apartó la olla del brasero, cogiéndola por las asas caldeadas, con un *pañuelo de yerbas*, para no quemarse, y arregló su mesa para comer. Yo quedé pensativo un momento mirando hácia la estrecha ventana del

cuarto de Lucio, que daba al pátio, destartalado y húmedo, y más me llenó de melancolía la lluvia que aún resbalaba por los vidrios opacos.

En dos saltos, crucé el pátio de la *casa de campo* y la plazoleta, otras veces llena de sol, camino de mi casa. Y el cielo parecía llorar, derramando gotas de lluvia con son monótono.

• • • • •  
• • • • •

Marzo de 1895.



TURBAS Y ESPECTÁCULOS



## PRÓLOGO

---

Cuajado está el árbol  
de abiertas magnolias  
que sus pétalos blancos destacan  
en la verde fronda,  
fingiendo al moverse  
nevadas palomas.

Y del magnoliero  
á la fresca sombra,  
echada en la alfombra de la hierba verde,  
suspira mi novia  
repasando mis libros de versos  
sin hallar su nombre divino en las hojas.

Pero el viento pasa  
y le arroja á su cara de diosa  
fantástica lluvia de rojos y blancos  
pétalos de rosas.

• • • • •  
¡Estrella que alumbras mis noches sombrías,  
barquilla del mar de mi vida en las ondas!...  
¡Solo tengo canciones de hierro!...  
¿Pero, qué te importa?...

Yo no quiero contar á las gentes  
las intimidades de amorosas glorias.  
¿Qué le importa al pueblo  
mi amor inmutable ni tus griegas formas?

Del árbol cuajado de magnolias bellas  
prosigue á la sombra  
en las frescas tardes del lánguido Estío  
revisando mis épicas obras,  
y alegre sonrío aunque observes  
que falta tu nombre divino en las hojas.

Mejor que mi musa te arrojan los aires  
lluvias policromas  
de pétalos rojos, azules y blancos,  
de nardos y lirios, claveles y rosas.

1.º de Julio de 1895.

## LA DOMADORA DE LEONES

---

Dando vista al inmenso  
paraje de la Feria que el sol dora,  
está el circo de tablas y de lienzo,  
teatro de la joven domadora....

Vése forrado de amplios cartelones  
donde se anuncia que una egipcia brava  
de su fusta hará esclava  
á una turba de olímpicos leones.

Forma corro la gente  
en las puertas del circo, y vè colgados  
policromos tapices deshilados  
que el airecillo agita levemente.

Mira á un *clown* que á que pase la convoca  
y para seducirla hace piruetas,  
siguiendo con los ojos y la boca  
los compases de un órgano que toca  
sus premiosas, metálicas trompetas.

Y entre el concierto atronador de pitos,  
campanillazos, tamboriles, gritos...,  
pasa como una diosa por la Feria  
disfrazada de raso la miseria.

\*  
\* \*

Dentro del circo y dentro de espaciosas  
jaulas de hierro, súcias y mohosas,  
que apoyadas en ruedas poderosas  
parecen ser vagones,  
dan vueltas y alaridos los leones.

Ya las gentes agitanse en las gradas  
contemplando las fieras enjauladas;  
ostentando, como una bailarina,  
verde chal de oropeles y ajustadas  
*mallas* de transparente *sedalina*,  
saluda la heroína  
y el público contesta con palmadas.

Después la egipcia arrastra por la arena  
una canasta llena  
de cien magras de carne de caballos,  
de perros y de gallos  
que murieron de tisis ó gangrena.

Coje esa carne lacia  
de caballos, de gallos y de perros,  
y arrojándola audaz entre los hierros  
la furia y hambre de las fieras sácia.

Luego se deja abierta  
de cada jaula la mezquina puerta  
y pasando por todos los vagones  
á otra jaula desierta  
van entrando furiosos los leones.

Arriesgando la vida  
se interna con las fieras;  
dále al látigo brusca sacudida,  
da voces y carreras.

Les acaricia en la melena undosa;  
les abre audaz las fauces,  
en el molaje aterrador les roza;  
oblígales á dar saltos audaces,  
se revuelve, les hunde, les acosa.

Prodúcese en la jaula una batalla  
de saltos y alaridos imponentes;  
más tarde todo calla...,  
y al cabo aplauden sin cesar las gentes.

¡Oh, débil carne humana  
que aunque serás comida  
de gusanos mañana,  
tanto combates por guardar la vida!

Si del trabajo has de sentir la garra,  
cuando no la del hambre que desgarras...  
Si son más tus dolores que tus fiestas...  
¡Oh débil carne humana!...  
¡No vales lo que cuestas!

Mayo 7 de 1895.

# LA MEZQUITA CORDOBESA

---

*A Jacinto Octavio Picón.*

## I

La claridad dudosa del celaje  
en las horas del alba  
esclarece la torre gigantesca  
de la *Mezquita-Aljama*  
y destaca como átomos de luna  
á las palomas blancas,  
que en torno de la artística veleta  
aleteando vagan.

La torre que se eleva dominando  
las tejas y las plazas  
de la vieja ciudad, las grises vegas,  
las azules montañas,

la campiña feraz, el claro río,  
la inmensidad lejana...,  
esa torre gigante, en la penumbra  
mas bien que una fantasma  
simula un centinela que con *lengua*  
*de bronce*, á la comarca  
dá en las solemnes fiestas el *quien vive*  
para la Fe cristiana;  
la torre es arrogante centinela  
que luce por coraza  
las bombas de metal que por los arcos  
asoman las campanas;  
cenefas de finísimo labrado  
como gola rizada  
y por casco una cúpula en que tiembla  
en vez de pluma blanca  
un arcángel dorado que flamea  
al sol, como una llama.

• • • • •  
El *pátio de naranjos*, jardincillo  
que sirve de antesala  
á la Mezquita célebre, atraviesa  
el perezoso guarda  
tosiendo y agitando de un llavero  
las llaves bronceadas;  
abre las siete tachonadas puertas  
por donde entran mil almas

al pátio que se aroma con naranjos,  
    azahares y altas  
palmeras que se cimbran y resisten  
    del cielo las borrascas.  
Los que plantaron las palmeras esas  
    que, como todas, pasan  
una vida de siglos sin que estingan  
    su exhuberante sávia,  
debieron conocer que no otros árboles  
    ante tan régio alcázar  
son dignos de crecer; pensar debieron:  
    —La Mezquita gallarda  
á vieja llegará cual las palmeras;  
    verá siglos y razas;  
pero resistirá los vendabales  
    de la barbárie osada,  
y siempre ostentará cual las palmeras  
    olímpica arrogancia;  
será avasalladora de los tiempos  
    y de las Artes ara.

• • • • •

Ya se abrieron del patio perfumado  
    las puertas empolvadas,  
y entran cadereando las mozuelas  
    morenas y gallardas  
embrazando los cántaros panzudos  
    que han de llenar con agua

del *caño del olivo*; en la ancha fuente  
pececillos de plata  
y vivo color rosa brujulean  
y pican las migajas  
flotadoras, que arrojan para verlos  
vagabundas muchachas.  
Los severos canónigos pasean,  
bullen vagos que parlan,  
y en los poyos, mendigos harapientos  
sentados al sol, pasan  
largos ratos chupando los cigarros  
ó zurciendo sus mantas.  
Mientras tanto, en la cúpula del templo,  
una bola dorada  
fulgura al sol, como diciendo al hombre  
que las bellezas ama:  
—Cobijo un colosal mundo de oro:  
la gran *Mezquita-Aljama*.

## II

El *cicerone* ansioso de monedas  
ronda junto á los pórticos severos  
del oriental alcázar; sonriente  
se acerca á los curiosos extranjeros,  
y con signos, mas bien que con palabras,

consigue acompañarles por el templo,  
señalando bellezas y contando  
patrañas que leyera en libros viejos.

Penetran del *Mirab* en la antesala;  
alzan la vista al elevado techo,  
que es una concha; observan la cadena  
que cuelga de lo cóncavo del centro,  
y una lámpara de oro y pedrería  
lució y sostuvo en el musulím imperio.

El *cicerone*, amigo de consejos,  
refiere un caso que anda entre los viejos;  
dice que la cadena brilladora  
un eslabón cada año vá perdiendo;  
sin saberse por qué desaparece,  
y es tal la fe que tiene en ese cuento  
que hasta asegura que en sus verdes años  
la cadena rozaba el pavimento  
de losetas de mármol cristalinas  
que, al paso de una luz, fingen espejos.

Un pedazo de vela el *cicerone*  
se saca del bolsillo, y encendiéndolo  
del *Mirab* por el pórtico le pasa  
para que brillen los dorados versos  
de exquisita labor, árabes signos  
que lucen entre azules arabescos

formados con brillantes cristalillos  
que al paso de la luz van produciendo  
resplandores fantásticos de estrellas,  
un vivo hormiguar de cien destellos.

Después entra la vela en la ochavada  
cueva del *Zancarrón*, hondo y pequeño  
santuario del árabe, que ostenta  
ricos mosaicos de colores bellos,  
columnillas de jaspes primorosos  
y filigranas de ramajes pétreos,  
que á las oscilaciones de las llamas  
fingen un terremoto de luceros.

Muestra al excursionista el *cicerone*  
de otras capillas los calados régios;  
el colosal colmillo de elefante  
que en signo de poder cuelga de un techo;  
ven del coro la estensa sillería  
de bruñida caoba, que al intenso  
rayo de sol que pasa las vidrieras  
reluce destacando los severos  
tallados de figuras musculosas;  
figuras que hacia el fondo del Crucero  
vânse esfumando hasta que al fin se borran  
en la neblina blanca del incienso;  
el águila de bronce cuyas alas  
sirven de atril, en donde están abiertos

libracos de rugoso pergamino  
y papeles de música revueltos;  
las régias colgaduras carmesíes  
con cenefas doradas y áureos flecos  
que tapizan los muros elevados  
del altar donde está de manifiesto  
la famosa Custodia, del gran Arfe,  
trono de plata y oro de aire esbelto  
estrellado de rica pedrería,  
torre de luz con lluvia de destellos;  
y una elegante lámpara de plata  
que por su anchura y formidable peso  
parece que vá á hundir la vieja bóveda  
de donde pende con dos mil reflejos.

Después los dos sujetos se dirijen  
al *Cristo del Cautivo*; un imperfecto  
Cristo en la cruz, trazado sobre el mármol  
de una columna rara, con un hierro,  
aunque dicen que lo hizo con las uñas  
un religioso entre los moros preso.

También observan la capilla oscura  
en donde yacen los sagrados restos  
de Góngora, el magnífico poeta,  
de flameante corazón de fuego,  
que en el arpa, por cuerdas tuvo rayos  
de sol deslumbradores, y el cerebro

lleno de luz; el noble colorista  
grande como el olvido lastimero  
en que le deja esta ciudad que tiene  
el sol y la galvana del Desierto.

Después que se despiden sonrientes  
el *cicerone* fiel y el extranjero,  
este se saca del bolsillo el libro  
que describe los grandes monumentos  
de todas las naciones; busca el fólío  
de la Mezquita, y en el pátio estenso  
sentado al sol, balbuce las siguientes  
palabras que en el libro vá leyendo.

—Ya no luce las puertas que tenía  
con chapas de metal y hojas de viejo  
alerce soberano; ni las pilas  
de jaspe azul; ni los tallados techos  
también de alerce con calados árabes;  
ni ostenta los gallardos pebeteros  
que, sin cesar, echaban ondas blancas  
de aloes y de ámbar espléndidos;  
ni la alumbran los múltiples millares  
de lámparas de oro, que en los rezos  
moros del *alatelya* fulguraban  
como soles y lunas; mas sin esto  
es aún tan hermosa la Mezquita  
que hasta por las rendijas de su techo

entra un rayo de sol para mirarla  
y la besa estendiéndose en el suelo.

De pronto el visitante cerró el libro;  
en la triunfal mansión entró de nuevo  
y por su soñadora fantasía  
cruzaron simbolismos como estos:  
—¡Cuántas generaciones han pasado  
por tus naves...! ¡oh, cuna de severos  
pensamientos de luz! ¡Sepulcro oscuro  
para enterrar los siglos! ¡Bosque inmenso  
de alamedas de piedra á cuya sombra  
la Religión congrega sus corderos  
y el Arte evoca sus idilios vagos!  
¡Sinagoga sublime del misterio!  
¡Arca de la belleza redimida  
del diluvio incesante de los tiempos!  
¡Lumbrera de naciones, opulenta  
soberana que riges un ejército  
de columnas y arcos! Si en tus naves  
se habla en voz alta, retumbando el eco  
en las últimas naves nos contesta  
como para decirnos:—¡Ten silencio!

Mientras que en las bellezas primorosas  
vá fijando su vista el caballero,  
al compás timbrador de los buriles  
que en un muro exterior van descubriendo

labores que tapara el fanatismo  
bajo capas de cal, estiende el viento  
el son de este cantar que van á coro  
entonando los rústicos obreros:

• • • • •

—Al entrar en la Mezquita  
el sombrero has de quitarte,  
á más de que está bendita  
para saludar al Arte.

Sin descanso repiten esta copla;  
blanca lluvia de cal vá descendiendo  
y al cabo se descubre un arco iris,  
un círculo brillante de arabescos.

• • • • •

Tarde ó temprano se hunde la ignorancia  
para dar paso al refulgente mérito;  
pasajera es la nube en el espacio;  
¡inmutables, en cambio, los luceros!

Marzo de 1895.

## EL SPOLIARIUM

ANTE UN GRABADO DEL CUADRO DE JUAN LUNA

Del *Espoliario* el callejón sombrío  
apesta á sangre...; trotan blasfemando  
y de lacios cadáveres tirando  
velludos hombres de mirar bravío.

Cesó del Circo el ronco vocerío...;  
mientras pasan los muertos arrastrando,  
sus destrozados torsos van dejando  
surcos de sangre en el terreno umbrío.

Se desarma á los yertos gladiadores;  
estos, tendidos, por las caras hoscas  
supuran, sin cesar, verdes humores.

Se aletargan sobre ellos negras moscas  
y filtran gotas de húmedos frescores,  
cual si llorasen, las paredes toscas.

Junio 22 de 1895.

## LOS CABALLOS DE MADERA

---

Cual paraguas inmenso  
de la fèria ruidosa en la esplanada  
se abre un redondo pabellón de lienzo.

Pabellón que en su vértice clavada  
luce una bola de metal que brilla  
y sobre ella á los aires desplegada,  
como una llamarada,  
una bandera roja y amarilla.

Fèrreos barrotes penden  
del movible armazón,  
cuyas barras metálicas se extienden  
formando con el lienzo pabellón;

de esos barrotos récios se suspenden  
torneados caballos de madera  
que luego el aire hienden,  
circulando en vistosa confusión  
al empuje de un hombre musculoso  
con fuerzas de león.

S bense en los corceles de madera  
alegres los *chiquillos*,  
esperando que empiece la carrera  
al choque timbrador de los platillos  
que acompaña un repique de palillos  
botando del tambor en la ancha esfera.

Ya girando y girando  
van como galopando  
unos detrás de otros  
los torneados potros.

Mas como penden fijos de una barra  
que al armazón se agarra,  
aunque van tan veloces como el viento  
dando vueltas y vueltas sin cesar,  
ni siquiera un momento  
se pueden alcanzar.

Así   veces el hombre sin estrella  
pasa la vida amando una esperanza;

suele correr y galopar tras ella  
y aunque galopa y corre no la alcanza.

• • • • •

Dicen que siempre el hombre  
corto de entendimiento  
puede hacer trabajando sin reposo  
aún más que el perezoso  
dotado de talento  
y esto consuela, sí; pero es un cuento.

Aunque estudie y trabaje á su manera...  
¿ha de ganar al génio deslumbrante  
que crea en un instante...?  
¿Podrá alcanzar un niño aun cuando quiera  
al corcel verdadero y arrogante,  
cabalgando en caballos de madera...?

Mayo de 1895.



## LA DAMA DE LOS GEMELOS

---

Vestida de blanco  
con una diadema  
de oro y brillantes clavada en las ondas  
de su cabellera;  
sobre el blando seno ramo de azahares,  
rosas y violetas;  
y en sus brazos tersos áureos brazaletes  
con dijes que brillan simulando estrellas,  
está, del teatro  
en una platea  
fornada de raso y orlada con liras  
de bombas eléctricas,  
una celebrada diosa del *gran mundo*,  
la rica Condesa...

Mientras que gorjean en el escenario  
gallardas actrices cantos de zarzuela,  
los gemelos de oro  
lleva á sus pupilas verdes la Condesa  
y los fija en palcos,  
butacas, plateas...

.....  
Y en toda la noche  
la dama sus limpios gemelos no suelta  
para ver quién mira  
su traje de seda  
y sus brazaletes de bruñido oro  
con dijes que brillan simulando estrellas.

Julio 7 de 1895.

## LA CANCION DE LA JUVENTUD

---

Agítanse las frondas de los árboles  
del jardín de un palacio  
envuelto en las neblinas del Otoño;  
el sol brilla con pálidos  
resplandores de incendio en el follaje;  
entre tarajes lácios  
mecidas por el aire centellean  
redes de hilos dorados  
en donde las arañas laboriosas  
patinaban, y al salto  
cazaban insectillos en las siestas  
cálidas del verano.  
Por las húmedas sendas solitarias  
orladas de yerbajos

van las abarquilladas hojas secas  
con estrépito extraño  
semejante al crugido de la espiga  
estrujada en las manos.  
Uno de los pedruzcos que en la calle  
se arrojan los muchachos  
silbando entra al jardín, bota en un tronco,  
y al ruido espantados,  
volandó hacia el alero de los muros  
se vá un tropel de pájaros.

\*  
\* \*

Surge de entre un bosque  
y á la sombra del pálio  
de hojas verdes que elevan los ramajes  
de los broncos granados,  
un gallardo Cupido  
de blanquísimo mármol,  
que parece cabalga sobre un cisne  
disparando flechazos.  
Al lado de la estatua está una fuente  
en cuyo fondo claro  
se agitan pececillos de colores  
azules y encarnados.

\*  
\* \*

En un calado canapé de hierro,  
pisando verde alfombra de yerbajos,

un joven consumido por la tisis  
hallábase sentado  
entre la clara fuente  
y el Cupido de mármol.

• • • • •  
Ocultando el ceñido costillaje  
mostrábase encorvado  
leyendo un grande libro que apoyaba  
sobre los muslos flacos.  
En las páginas blancas tecleaban  
los huesos de sus manos,  
y dibujaba el sol la sombra trémula  
de su afilado cráneo.

• • • • •  
Tosiendo secamente, retumbaba  
el eco en el paraje solitario,  
mientras que á los temblores del ahogo,  
reflejada en un lado,  
su sombra de esqueleto  
se alargaba temblando.

Después de las fatigas leyó el joven  
en el libro estos párrafos:

—¡Jóvenes que la copa cristalina  
del cerebro habeis roto en las cansadas  
vigilias del estudio, derramando  
del corazón sobre la roja llama  
el Lesbos espumoso de la idea,  
nada mas consiguiendo que apagarla

como todos los fuegos,  
al volcarles de un líquido las ánforas!  
¡Me recordais los pájaros que viven  
con las plumas cortadas,  
que miran aves libres y no pueden  
salirse de las jáulas!  
¡Para vosotras son los manicomios!  
¡Las rejas donde cantan  
elegías los pájaros del mundo  
que en el mundo dejáronse las alas!

¡Oh, jóvenes doncellas que en la verde  
primavera del alma  
os habeis sacudido de las sienas  
las hojas de ilusiones y esperanzas!  
¡Las que en noches de insomnio,  
soñando una pasión imaginaria,  
os habeis revolcado sobre el lecho  
como panteras, tristes, enceladas!  
¡Oh, jóvenes doncellas,  
que del honor esclavas  
no pudísteis decir quien era el hombre  
que en las comedias de la vida humana  
mirásteis con los ojos luminosos  
de la pasión primera, noble y casta!  
¡Las que no habeis tenido la belleza,  
el oro ni la gracia...!  
¡Para vosotras son los monasterios!

¡Sois como las colinas derribadas,  
en la azul Primavera,  
por el rayo ó el hacha!

¡Meretrices novicias que luchais  
danzando en los festines embriagadas,  
cantando al rancio vino y las torpezas,  
enfermas, destronadas...!

¡Las que á cambio del oro  
habeis vuelto la espalda  
al monte del hogar donde descuellan  
de la honradez las tablas,  
y aspirais el aliento del asmático  
y del borracho la asquerosa baba...!

¡Para vosotros son los hospitales...!

¡Sois como las mañanas  
que amanecen veladas por las nubes  
y no tienen auroras de oro y grana!

¡Oh, jóvenes enfermos, paralíticos,  
que en el sillón de la tristeza amarga  
del Job habeis perdido la paciencia  
y agotado la fuente de las lágrimas...!

¡Me pareceis, oh jóvenes enfermos,  
las marmóreas estátuas  
que están en los jardines,  
mudas y solitarias,  
resistiendo inmutables del Invierno  
los vientos, las tormentas, las nevadas...!

¡Jóvenes estudiosos, ya dementes!  
¡Doncellas tristes, del pudor esclavas...!  
¡Meretrices novicias! ¡Paralíticos  
de la vida en las albas...!  
¡Os compadezco, desgraciados jóvenes!  
¡Ya muertos para el mundo, no os aguarda  
nada mas que el olvido  
de las hordas humanas!  
¡Os espera una paz tan solamente:  
la de la noche del sepulcro larga...!

\*  
\* \*

El tísico, de pronto, cerró el libro;  
quedóse contemplando  
con sus ojos de cuervo  
los azules espacios.  
Le entró un golpe de tos; cayóse el libro  
casi descuadernado,  
y al toser arrojó gotas de sangre  
que salpicaron á los fólíos blancos  
como pétalos rojos de la rosa  
que finge el corazón; ¡rosa que vamos  
deshojando en la vida, hasta que caiga  
al soplo de la muerte, cuando hartos  
estén ya de morderla  
los hombres egoistas, los gusanos!

# EL RANCHO EN LAS ERMITAS

DE LA SIERRA DE CÓRDOBA

---

El sol claro  
de la siesta  
reverdece  
la arboleda  
de los montes  
y las vegas;  
dá destellos  
á la arena  
de las largas  
carreteras;  
abrillanta  
las cubiertas  
de hojalata

que se elevan  
sobre blancas  
chimeneas  
de lagares  
y de huertas;  
cristaliza  
de la Sierra  
las azules  
y altas peñas;  
dora espigas  
y platea  
las cascadas  
de agua fresca  
que descienden  
por las piedras  
con furores  
de tormenta,  
agitando  
gotas, perlas  
que relucen,  
que voltean  
y el arroyo  
después lleva;  
el arroyo  
que refleja  
mientras corre  
por las selvas,  
espadañas,

madroñeras,  
campanillas  
y azucenas.

No se mueve  
ni una yerba;  
duerme el aire  
y el sol quema...

Los gorriones  
aletean  
del telégrafo  
en las hebras...

Ó, llevando  
pajas secas  
en los picos,  
raudos vuelan  
y se meten  
en las grietas  
de los muros  
de las huertas.

Una vaca  
blanca y negra  
lentamente  
dando vueltas,  
pone en marcha  
la gran rueda  
de la noria

que chirrea,  
y los tiestos  
vuelcan mientras  
claros chorros  
de agua fresca  
sobre el fondo  
de la alberca.

Trepidando  
con fiereza  
y esparciendo  
nube densa  
de fantástica  
humareda,  
el tren silba,  
trota, vuela,  
y asomando  
las cabezas  
en los coches  
de tercera,  
se ven quintos  
que hacen señas  
con pañuelos  
y requiebran  
á las lindas  
pastorzuelas  
que vigilan  
sus ovejas...

Las *Ermitas*  
que descuellan  
sobre un monte  
de arboleda  
fingen blancas  
azoteas.

Acá véense  
calaveras,  
altas cruces,  
hondas cuevas;  
allá rosas,  
verdes yedras  
y jazmines  
como estrellas.

Caminando  
por las breñas  
y subiendo  
largas cuestas,  
van los pobres  
hácia ellas  
por el rancho  
que les dejan  
y reparten  
los ascetas.  
Por sus frentes,  
que el sol tuesta,

sudor turbio  
lagrimea;  
fatigados  
ya se sientan  
á la sombra  
de una higuera;  
ya los pasos  
aceleran...

Empolvada  
calavera  
en un nicho  
se halla puesta  
sobre el arco  
de la puerta  
cuyas hojas  
están llenas  
de rasguños  
y de fechas  
que trazaran  
manos trémulas.

Junto al arco  
de la puerta  
sobre poyos  
que le cercan,  
satisfechos  
se recuestan

los mendigos  
cuando llegan.

Una esquila  
tintinea;  
y ante ellos  
se presenta  
flaco monje  
con severas  
barbas blancas  
de profeta.

Saca grandes  
calderetas  
de potaje  
casi llenas;  
las bendice,  
con fe reza;  
los mendigos  
las rodean,  
y sacando  
sus mugrientas  
cucharillas  
de madera,  
el potaje  
saborean.  
El hermano  
los vé mientras

recordando  
la gran Cena  
que á sus siervos  
Jesús diera.

• • • • •  
• • • • •

Los mendigos  
ya regresan;  
beben agua  
de la fresca  
fuentecilla  
de la cuesta;  
al cansancio  
se doblegan  
recostándose  
en las yerbas  
que los árboles  
sombreadan;  
y á la postre,  
cuando entran  
por las plazas  
cordobesas,  
ya presienten  
hambre nueva  
y sed viva  
de nobleza,  
de justicia,  
de almas buenas,

viendo tantas  
apariencias,  
vanidades  
y miserias...;  
Mesalinas  
encubiertas  
conquistando  
reverencias  
y juzgadas  
como reinas  
del decoro  
por la prensa!!  
Jerarquías  
de la Iglesia  
predicando  
la pobreza  
y adquiriendo  
oro y sedas,  
casas, coches  
y bodegas!!  
Tantos hartos,  
que no echan  
al mendigo  
que se acerca  
hasta el coche  
que los lleva,  
mas que el fango  
de las ruedas...!!

Mayo de 1895.



## NOCHE BORRASCOSA

---

Solitarias están las plazoletas  
de la ciudad; el huracán zumbando  
pasa, las hojas secas arrollando,  
y les dá en el espacio volteretas.

Girando dan chirridos las veletas.  
La tormenta retumba trepidando.  
El relámpago cruza flameando,  
y la lluvia rebota en las losetas.

Un ciego y su perrillo se guarecen  
en un portal más humedo que el hielo;  
fugaz baja una chispa... ¡Se estremecen!

Destroza al hombre; estréllalo en el suelo;  
las pupilas del perro fosforecen...  
Huele al cadáver... ¡y le ladra al cielo...!

Junio 8 de 1895.



## EL CLÉRIGO DE LA ALDEA

---

¡Qué tarde más oscura la de la aldea  
cercada de olivares  
y de alamedas!

Enturbia la neblina los horizontes  
transparentando campos,  
tejas y torres.

Echa al espacio el viento lluvias de hojas  
que temblando *tiritan*  
cuando reposan.

Por las callejas vienen para sus casas  
zagales con rebaños  
de ovejas blancas.

Para el rezo del *Angelus* toca la esquila  
que en forma de cruz cuelga  
sobre la ermita;

y bandas de vencejos aleteando  
rondan la aguja de oro  
del campanario.

\*  
\* \*

¡Oh, qué noche de invierno la de la aldea  
cercada de olivares  
y de alamedas!

¡No ha salido la luna ni los luceros...!  
se han cerrado las puertas,  
¡todo está muerto!

De las luces de aceite de los faroles  
hacen relampagueos  
los resplandores.

Descendiendo el rocío desde la tarde  
humedece las piedras  
y los tarajes.

Resbalan por los vidrios heladas gotas  
como lágrimas claras  
que el cielo arroja,

y avanzando las nubes hácia los mares  
anuncian la tormenta  
que al hombre abate.

\*  
\* \*

De la ermita modesta, la sacristía  
es muchas veces cátedra  
de altas doctrinas,

en donde el padre cura, lleno de celo,  
catequiza á los pobres  
que no son buenos.

La lámpara mohosa de hoja de lata,  
suspendida del techo,  
todo lo aclara.

Y al calor de la lumbre de un braserillo  
se vé al amable cura  
y á un campesino

sentados en sillones de áureos tallados  
entre las cornucopias  
de espejos claros.

Pregunta el sacerdote con noble acento:  
—¿Conque crees ya y no dudas  
del Dios eterno...?

—¡Padre, sé que me falta la fe y la ciencia;  
pero seré cristiano  
cuando le vea!

—¡No ví tan terco á nadie de la comarca...!  
Al decir esto el padre  
suspira y calla.

El relámpago á intervalos tiembla en la sombra;  
sigue el cielo en los vidrios  
llora que llora.

.....  
La matraca del trueno sonó en la aldea  
cercada de olivares  
y de alamedas.

Dijo entonces el cura con entusiasmo:

—¿Escuchas la tormenta?  
¿La oyes, hermano?

—Sí, padre, que la escucho. = ¿Y verla puedes?  
—No. = Pues Dios es lo mismo;  
solo se siente.

—¿Porque no le vés, dudas de su existencia?  
¡Tampoco se vé al aire  
ni á la tormenta!

## EL EXPÓSITO

---

(FRAGMENTO)

• • • • •  
A los albores de la luna pálida  
vése una vieja escuálida  
con pupilas de cuervo receloso  
rondar por solitaria plazoleta,  
llevando un envoltorio misterioso  
oculto entre sedosa pañoleta.

Sin que nadie la vea,  
en las tablas del torno de la Inclusa  
con sus nudillos la mujer golpea,  
después de colocar en el profundo

seno del torno el bulto que ocultaba;  
un sonrosado párvulo que acaba  
de ser echado al mundo,  
y ya, por su desgracia, batallando  
sus bracitos agita  
cual si arañar quisiese  
á la vieja maldita...

Sin que nadie la vea,  
en las tablas del torno de la Inclusa  
nuevas veces golpea;  
rápido el torno gira  
y al párvulo se traga...;  
la vieja se retira...  
¡y entona el viento una salmodia vaga!

\*  
\* \*

Al volar de los años crece el niño,  
el niño abandonado se hace hombre  
y el pueblo le conoce por *Expósito*;  
¡no le dan otro nombre!

Ignora si es el hijo  
de la liviana meretriz obscura,  
de la dama que bulle en los salones,  
de la adúltera infame  
ó la doncella impura.

Sin la materna educación criado  
por nadie de verdad ha sido amado;  
ha crecido entre penas,  
sufriendo privaciones y el azote  
de las burlas ajenas.

En la edad de los juegos infantiles,  
en vez de caprichosos juguetillos,  
ha encallado sus manos con buriles,  
piquetas y martillos.

Excéptico, infeliz, hijo del crimen,  
no teme á la pistola del suicida,  
y vá como una tabla hecha pedazos  
bogando en el naufragio de la vida.

\*  
\* \*

¡Guerra...! ¡Madres anónimas! No existen  
cuadrumanos ni fieras  
á vuestras almas viles comparables;  
guardan á sus cachorros las panteras  
y los mismos gorilas formidables;  
los gorilas que al hombre desgalazan  
y los bosques arrasan...!

Está maldito el corazón de cieno  
de la madre inclemente y sin conciencia  
que á sus hijos arroja de su seno.

Si el fiero azor destruye la existencia  
de sus pollos y así vuela sereno  
ave es al fin, le falta inteligencia.

¡Tarde ó temprano llegará á vosotras,  
depravadas mujeres,  
de la expiación el rayo furibundo  
para pedir os cuenta de los séres  
que tirásteis al mundo,  
que no hallaron jamás amantes brazos  
y sin temer la daga del suicida  
cruzan como una tabla hecha pedazos  
bogando en el naufragio de la vida...!

Julio de 1895.

## EL RETABLO DE LA CALLEJA

---

Destacábase en el muro  
de solitario y oscuro  
callejón de la ciudad,  
un viejo retablo artístico  
con un grande cuadro místico  
que colocó la piedad.

Le aromaban frescas flores;  
y faroles de hojalata  
con trémulos resplandores  
avivaban sus colores  
y su moldura de plata.

Al pasar sencillas gentes  
saludando reverentes  
se solían santiguar,  
y no faltaban creyentes  
que paráranse á rezar.

• • • • •  
De la siesta al resplandor  
ahora brilla un andamiaje  
y en sus tablas un pintor  
de policromo ropaje  
restaura al cuadro el color.

Notas de color intenso  
pone con manos discretas;  
pero un extremo del lienzo  
se desclava y hondas grietas  
luce el muro y polvo denso.

Y me quedo recordando  
cosas que parecen serias...  
¡Hombres que van deslumbrando  
y luego están ocultando  
suciedades y miserias!!

Julio de 1895.

## LOS CARROS DEL MOLINO

---

El sol destella;  
traqueteando  
por los caminos llenos de polvo  
colosos carros  
van conducidos  
por potros flacos  
con campanillas y cascabeles  
acollarados.

Los carreteros  
vociferando,  
llenos de r bia  
crujen sus látigos

sobre los lomos de los caducos  
potros escuálidos  
y los sacuden  
en el espacio.

Las campanillas y cascabeles  
de metal áureo  
repiquetean  
centelleando.

De los molinos  
vienen los carros  
llenos de burdos  
costales blancos,  
y con las ruedas y las pisadas  
van levantando  
nubes de polvo  
que á poco rato  
quedan deshechas en el camino  
que orlan robustos y verdes álamos.

Como en la larga senda del mundo  
el oro vano  
no se conquista  
por el trabajo  
lleno de luchas  
y de quebrantos,

de la fortuna  
camina el carro  
á los humildes  
pisoteando.

¡Ay de los pobres que, como el polvo  
de los caminos, están vagando!

¡No tienen madre,  
padre ni hermanos,  
son como el polvo de los caminos  
de todo el mundo pisoteados!

22 de Junio de 1895.



## SUSPIRILLOS GERMÁNICOS

---

### I

Apesar de que es ave de rapiña  
el condor de los Andes,  
sube hasta las estrellas;  
tanto puede elevarse  
que le vé el telescopio  
como un punto cerniéndose en los aires.

El coral que es, en cambio,  
polípero que vale,  
vive sin ver la luz en las profundas  
entrañas de los mares.

¡Cuántos hombres conozco  
que, al condor semejantes,  
suben por su osadía...!  
¡Y cuántos hombres grandes  
que, al coral parecidos,  
de la mar del olvido nunca salen...!

Jesús, la gran figura  
del mundo, vivió pobre, entre pesares,  
y murió en el Calvario  
escarnecido de la plebe infame.

¡Y fué Nerón emperador de Roma  
siendo asesino de su misma madre!

¡Oh coral, coral rojo,  
violeta de los mares...!  
¡Tú tienes el color de la vergüenza  
y el color de los velos de los mártires!

## II

Se muere el ser humano  
¡y puede vivir siglos  
lo que labró su mano!

## LA MANADA DE CERDOS

---

Del lagar en los blancos paredones  
cuelgan jarras con rojas clavellinas;  
echadas sobre paja en sus jaulones  
dan calor á sus pollos las gallinas.

Se bañan varios cerdos enlodados  
tumbándose en un lago trasparente;  
este pierde sus tonos azulados  
y salpica á los muros encalados  
gotas de fango negro y pestilente.

¿Puede evitar el lago de luz lleno  
que lo enturbien, ni pueden las murallas  
evitar ser manchadas por el cieno...?

. . . . .

¡Cual los cerdos, hundiéndose sin freno,  
desprestigian rameras y canallas  
el hogar, de honradez lago sereno!

Julio de 1895.

## EL CORRAL EN LA SIESTA

---

El verano comienza y los sembrados  
se abrillantan del sol á los reflejos;  
resplandecen los muros encalados  
del corral, como espejos.

Broncas adormideras  
dando á las tapias sombras azuladas  
ostentan, ya cual lacias cabelleras  
sus corolas rojizas y moradas  
de duros globos verdes coronadas.

De un rincón á la sombra, las gallinas  
rubios granos de trigo picotean,  
y los gallos, entre ellas, cacarean  
agitando sus crestas purpurinas.

Vuelan los gorriones  
de tejado á tejado; las hormigas  
suben por los caducos paredones;  
la cigarra chirrea en las ortigas...

Y el sol en los espacios, destellando  
con resplandor profundo,  
destaca su áureo disco simulando  
la pupila de Dios que está mirando  
la redondez del mundo.

Julio de 1895.

## EL FAROL DE LA LOCOMOTORA

El último wagón del tren espeso  
llevaba una farola  
cuyo disco de luz se destacaba  
de la noche en la sombra  
como una luna errante  
á veces empañada por las ondas  
turbulentas de humo que soplaba  
la máquina ruidosa.

Mas que trotar, volaba con estrépito  
la audaz locomotora,  
echando entre vapor gotas de agua,  
y á su paso, en las rocas,  
en los lagos azules

y en las oscuras vegas silenciosas  
reflejaban los rayos pasajeros  
de su clara farola.

Al pasar por un puente  
de hierro colosal, sobre la honda  
cuenca de un río que en las sombras finge  
ámpio espejo de plata luminosa,  
hundióse la armazón del férreo puente,  
y entre las barras rotas,  
con un rumor de mundos desplomados  
que hizo subir las aguas como trombas  
derrumbóse el express con sus wagones,  
macizos de personas,  
sobre el tranquilo río  
de cristalinas ondas.

Las aguas, no hace mucho cristalinas,  
se tornaron en rojas  
con los derrames de la sangre humana,  
y en la desierta orilla tenebrosa  
quedó hecha trizas y montón de vídrios  
brillantes, la farola.

Mas que lámpara triste de una tumba,  
de la farola rota  
brillaban los dentados cristalillos  
en medio de las sombras

---

como el sol del progreso, hecho pedazos  
fosforeciendo lúgubre en memoria  
de las innumerables  
víctimas que amontona.

Septiembre de 1895.



## COPLAS

---

*A Pilar Conrotte.*

Cuando lleguen nuestras bodas  
nos iremos á la Sierra;  
quiero brindarte licores  
en cálices de azucenas.

\*  
\* \*

En vano la *Letania*  
rezo ante la Virgen santa:  
que en tí pienso cuando digo  
*estrella de la mañana.*

\*  
\* \*

Sobre la tirante  
tela donde bordas  
saltando se agita tu mano de nieve  
como una paloma.

\*  
\* \*

Ese armazón de cristales  
de tu saliente ventana,  
es una urna con flores  
donde se exhibe tu cara.

\*  
\* \*

No te pongas luto  
cuando yo me muera;  
echate á la espalda el sombrío manto  
de tu cabellera.

Julio de 1895.

## LA EXHUMACIÓN DE UN CADÁVER

---

### I

Destelladora lámpara de oro,  
bajo la oscura bóveda del templo,  
colgaba destacando en la penumbra  
su luz, como un lucero.

Comenzaban los salmos funerales;  
todo estaba de negro;  
la comitiva fúnebre en los bancos;  
el paño de velludo terciopelo  
festoneado de oro  
que se hallaba cubriendo  
la mesa en donde estaba colocado  
el ataúd del muerto;  
las *enaguillas*, de la Cruz de plata,  
con amarillos flecos;

los tapices del coro, las dalmáticas  
y las capas pluviales de los clérigos.

Las llamas de los cirios flameando  
como lenguas de fuego  
tostaban los pabilos  
produciendo tenaz chisporroteo,  
¡y todo parecía  
llorar por el cadáver macilento!

La cera, cuyas gotas  
como lágrimas turbias descendiendo,  
rodaban lentamente  
por los ciriales viejos:

las lámparas brillantes, cuyas gotas  
de tibio aceite se iban desprendiendo  
de la taza de plata, y en el tosco  
esterillo del suelo

con pesadez caían  
fingiendo hilos de luz en su descenso.  
Hasta el hisopo de dorado cobre  
simulaba llorar, echando á intervalos  
gotas de agua bendita, resonantes,  
sobre el lúgubre féretro.

Comienza la salmodia; al empolvado  
violón arranca un músico discreto  
sonidos que retumban en el alma  
y que prolonga el viento;  
á su compás entonan los sochantres  
cantos con voz de trueno;

vibran del incensario las cadenas  
mientras que un sacristán lo va meciendo;  
y el incensario eleva á la eminente  
bóveda del altar, ondas de incienso  
que van nublando al paso  
luces, dorados, esculturas, lienzos.

Yo abatido en la iglesia me encontraba;  
cantábase este entierro  
ante el cadáver triste  
de un mi íntimo allegado, entónces muerto.

Las nubes de humareda  
que dando tumbos lentos  
flotaban por las naves espaciosas,  
bañábanse en reflejos  
azules, carmesíes y amarillos  
al pasar por los tersos  
cristales de las góticas ojivas  
bruñidas como espejos.

Después mi fantasía  
se abrió á las somnolencias de lo eterno:  
en la escala de humo parecióme  
ver visiones de enfermo.

Calaveras sombrías  
que de los ojos por los hondos huecos  
arrojaban violáceas llamaradas  
y centellas de fuego;  
cabezas de cadáveres podridas  
con pupilas de cuervo

entreabriendo las fauces lentamente  
y con muecas ridículas mordiendo  
anchas dagas de acero destellante  
con tenaz y estridente machaqueo;  
esposos remolinos de hojas secas  
y bandas de murciélagos  
en torno de colosas arpas rotas  
girando y ascendiendo.

Y una legión sombría  
de desarticulados esqueletos,  
sobre las cuerdas de empolvadas liras  
agitaba sus dedos.

Divisábanse faros como estrellas  
rielando en un *Mar-Muerto*  
cuyas ondas plomizas agitaban  
masas de asfalto negro.

Y colosales copas de oro y plata  
volcaban con estrépito  
llovizna de esmeraldas y brillantes  
como densa cascada de luceros!

Al terminar los cantos,  
en sus hombros pusieron  
la caja funeraria  
cuatro sepultureros,  
y precedidos de la cruz de plata,  
que brillaba con vivo centelleo,  
se fueron por las calles  
caminando hácia el triste cementerio.

## II

Divisamos á poco  
del camposanto las caducas tápias,  
y tras ellas marmóreos mausoleos  
que sus cruces y estátuas  
entre un bosque sombrío  
de cipreses destacan.

Brillaba la veleta de la torre,  
y sobre ella giraban  
espesas nubecillas de aviones  
poniendo en cruz las alas;  
los clérigos cantaron con más brio,  
y dando soñolientas cabezadas  
tintineó la esquila

al divisar la caja funeraria.

En medio del callado cementerio  
la fosa destacaba  
de mi sepulcro familiar; la losa  
de mármol que la cubre, levantada  
hallábase en un lado  
entre montón de granzas.

Al fondo del sepulcro  
la claridad entraba;  
el ataúd tendieron en el suelo;  
abriéronle la tapa

para *dar fe* del lánguido cadáver;  
alzaron el pañuelo de la cara  
al cadáver, y el cura  
elevó una plegaria.

Hallábase ya lleno de ataudes  
el familiar sepulcro, y precisaba  
despojar de sus restos  
alguna de las cajas;

sacóse un ataúd que ya tenía  
la tela desgarrada,

los recamados de oro ya sin brillo  
y roidas las tablas.

¡Oh! Era el ataúd que de mi padre  
las cenizas guardaba;

su caja funeraria que yacía  
cerca de veinte años sepultada.

La abrió un enterrador de uraño rostro,  
y entre negra mortaja,  
carcomida y rasgada, descubrióse  
un esqueleto... ¡nada!

—Contempla el esqueleto de tu padre  
muerto de tu niñez en la mañana;  
(me dijeron) y en menos de un segundo  
sentí como cuchillos en el alma;  
el corazón, con bruscos golpetazos,  
salírseme intentaba;  
y en mi cerebro loco, las ideas  
cruzaron en tropel, alborotadas,

convertidas en truenos retumbantes  
y rayos que abrasaban.

. . . . .

A puñadas los huesos amarillos  
de mi padre, encerraron en la caja  
del muerto, mi pariente, (¡que en tal quedan  
las grandezas humanas!)  
y el duelo indiferente  
abandonó la fúnebre morada.

## III

¡Oh! ¡Cómo no llorar! Cómo si entónces  
era la vez primera  
que un algo contemplaba de mi honrado  
padre, que la existencia  
dejó en la edad viril calculadora,  
dejándome en la tierra  
con un año de vida, que no es vida,  
y á mi madre, su amada compañera,  
huérfana, desolada,  
y un porvenir de sombra en la cabeza.  
¡Y cuán triste es la infancia de los niños  
sin la sombra paterna!  
¡Cómo sirven de mofa á la abundancia  
y hasta el más vil vasallo los posterga!

¡Cómo comen del harto las migajas  
que los perros desdeñan,  
y en vez de ver auroras ven el mundo  
cual lóbrega caverna!  
¡Oh, padre de mi vida desolada...!  
¡Tu agonía postrera  
debió ser tenebrosa cual la noche  
de mi niñez, sin luna y sin estrellas!  
¡Sin tí, no contemplé cielos de rosa  
y me hallé prisionero en las cadenas  
de la impotencia esclava  
de opulentos hinchados de soberbia!  
¡Yo llegué á ver con ojos asombrados  
á mi familia misma de oro llena  
amenazar cobarde  
con mano vil y venenosa lengua  
á mi madre sencilla, aromadora  
de virtudes escelsas  
como el cedro del Líbano! ¡Y no pude,  
porque era niño y pobre, defenderla!  
¡Juguete de otros niños  
fuí cual barca pequeña  
combatida con furia por las olas,  
los vientos y tormentas...  
y llegué á odiar las gentes,  
dudar de todo y maldecir la tierra!  
Con veinte y dos inviernos  
que llevo de existencia,

mi espíritu ha sentido sin tu amparo  
tanta daga, que espera  
ser relevado del *celestes infierno*  
por la Justicia eterna.

Septiembre de 1895.



## UN NAUFRAGIO EN ALTA MAR

---

Vino la noche; un buque navegando  
vá empujado con furia de los vientos;  
en su andamio de palos corpulentos  
véense llamas violáceas oscilando.

Estréllanse las olas atronando  
la inmensidad; escúchanse lamentos,  
y con vaivenes bruscos y violentos  
vá la colosa nave vacilando.

¡Oh, si del mar se viesen las orillas  
y no estuviese en sombras! Allá, solas  
avanzan, como cisnes, dos barquillás.

Apaga la marea sus farolas;  
chocan después las dos; hácense astillas  
y hunden varios cadáveres las olas.

\*  
\* \*

Después de bruscos tumbos y entre haces  
de rayos y centellas que fugaces  
se ven sobre los mástiles girar,  
el buque combatiendo  
váse rápidamente sumergiendo  
¡y se lo traga el mar!

Y cuando ya del buque y las centellas  
no quedan ni las huellas,  
cual las letras doradas  
de una lápida negra, reflejadas  
en el mar fosforecen las estrellas.

Octubre de 1895.

## EL CURA PÁRROCO

---

No brillan las estrellas ni la luna;  
la noche, que es de invierno, vá mediando;  
vapor de niebla envuelve  
los términos lejanos;  
la ciudad está en sombras; los faroles  
que á través de sus vidrios empañados,  
de claridad llenaban  
las calles, se apagaron;  
cenagosas lagunas  
se extienden en las plazas; goteando  
hállanse los aleros  
viejos de los tejados;  
hácia el cielo los árboles sin hojas,  
entreambren sus brazos,

y sin cesar la nieve  
desciende blanqueando  
las cúpulas, las torres,  
las vegas y los llanos.

En el silencio de la noche suena  
el rumor de unos pasos  
ligeros; después zumban  
bruscos aldabonazos  
llamando en una puerta, y el chirrido  
de la puerta que se abre á poco rato.

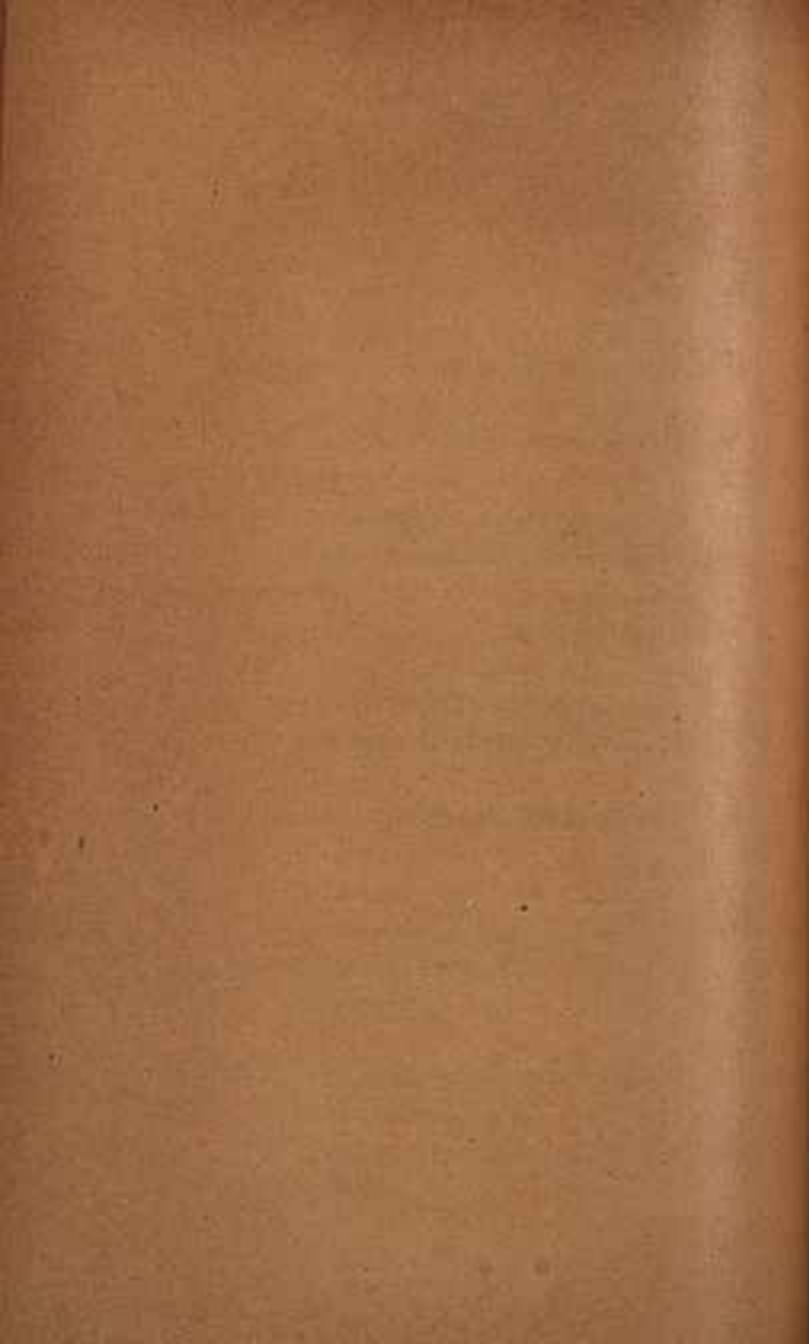
¿De quién son tales pasos misteriosos?  
Del noble cura párroco  
que el calor de su lecho dejó presto  
para asistir á un moribundo, acaso  
víctima de la tisis,  
varioloso ú asmático.

Mas un trasnochador que ébrio pasaba  
por la casa del párroco,  
y que le vió llamar, al otro día  
aseguró que el sacerdote honrado  
todas las medias noches  
andaba en malos pasos.

• • • • •  
¡Oh, sacerdote digno,  
apóstol de las turbas calumniado...!  
Cuando por consolar á los enfermos  
dejas tu lecho blando

en las aciagas noches  
de lluvias y relámpagos,  
sin temer del enfermo los miasmas,  
ni la calumnia vil de los malvados,  
ni al desgraciado ateo moribundo  
que arroja el Cristo y quiere hasta pisarlo,  
aunque el hombre te iguale  
á clérigos indignos, noble párroco,  
mientras que de tu lecho te levantes  
para asistir enfermos y alentarlos,  
serás, aunque no quieran los canallas,  
el hijo de Jesús, que abre los brazos  
á la choza del pobre  
lo mismo que al palacio.  
¡El sol que alumbra á todos  
y está, sobre la tierra, destellando!

Septiembre de 1895.



## LA HUELGA DE LOS OBREROS

---

(BOCETO)

Aventa el aire en su feroz pujanza,  
*el hollín de las férreas chimeneas*  
que están sobre las cúpulas de plomo  
de las oscuras fábricas; no surge  
de sus bocas la nube de humo negro  
que cruzaba el espacio lentamente  
y al pasar por los campos, las lagunas  
azules empañaba. Las orquestas  
de la Industria cesaron en los hondos  
talleres; catalépticas quedaron  
las máquinas de músculos de hierro  
desflocados en rudas maniobras,  
y no agitan las planchas formidables

que embrazan como escudos y chocaban  
con los topes macizos retumbando.  
Se apagaron los soles de las ruedas;  
hasta que pase la social borrasca  
no han de temblar los rayos luminosos,  
nervios de bronce que vigor les dieron.  
Ya los tiznados tubos con argollas  
acollarados, no abrirán las válvulas,  
ni el vapor agitado de la vida  
respirarán soplando llamas densas  
como lenguas de fuego jadeantes  
que tienen por gargantas á los tubos.  
Tampoco al aire libre las piquetas  
botarán repicando en las paredes,  
ni los cinceles en los récios mármoles  
han de esculpir, ni sonarán las mazas.

• • • • •  
Oyese del motín el ronco estruendo.  
De la ciudad por las extensas plazas  
las jornaleras turbas van trotando  
cual fogosos é indómitos corceles.  
Acá una lluvia de potentes piedras  
rompe faroles públicos y arroja  
otra lluvia de fúlgidos cristales.  
Ciérranse los olímpicos palacios  
y se ocultan los próceres altivos  
como el lobo en la cueva cuando silba  
la centella en los broncos encinares.

Allá viles rateros vagabundos  
roban y asaltan infelices tiendas  
y espléndidos comercios.

Los obreros  
ansiendo caridad, guerra ó trabajo  
en la angustiosa crisis escarnecen  
á los altos poderes. Pueblo y tropa  
en combate feroz se arremolina;  
surge el incendio al fin; fulge la daga  
y brilla el corvo sable dando tajos.  
Cuando llega la noche y todo cesa  
la luna desde el alto firmamento  
echa su luz á escuálidos cadáveres  
y un salmo funeral entona el viento.

• • • • •



## EL CIEGO DEL VIOLÍN

---

La noche que es de Enero,  
amedrenta de oscura;  
ni un pálido lucero  
en el cielo fulgura.

La calle está desierta,  
y de un palacio siéntase á la puerta  
un ciego, ya cansado  
de templar su violín desconcertado  
sin que nadie le escuche cuando toca;  
el ciegucecito, hambriento,  
sin descanso la boca  
abre... ¡y se le entra el viento...!

Un puerco espín parece  
el endeble perrillo  
que es del humilde ciego lazarillo  
y que á los piés del amo se guarece.

La noche avanza, y luego  
sufre una convulsión el débil ciego;  
dentellando tiritita;  
sollozante se agita...

• • • • •  
• • • • •

Quédase el ciego muerto de repente;  
el perro entonces hunde la cabeza  
en el cadáver, vé que nada siente;  
le lame pareciendo que lo besa  
¡y comienza á ladrar llamando gente...!

Octubre de 1895.

## LA JÓVEN DEL CORSE

---

De la media noche  
en la paz solemne dormitan los pájaros  
bajo los aleros  
de ruinosos pátios,  
y solo las blancas lechuzas en torno  
de los campanarios  
silban lentamente  
y dan aletazos.

Por las calles lóbregas  
retumban los coches que van trepidando  
y vienen del baile  
á dejar en sus régios palacios  
á las damas jóvenes  
que en lujosos salones danzaron.

Un *landó* elegante  
cruza, mas que corriendo, volando;  
detiéndose luego  
ante un edificio de pórtico raro.  
Para que se baje del coche luciente  
un caballero la ofrece su mano  
á una dama jóven, ojerosa y pálida,  
vestida de blanco,  
y tan oprimida, que ceñir pudiera  
quizá un brazaletes su talle ajustado.  
La dama al bajarse  
dobló la cabeza sobre el chal de raso,  
y arrojó tanta sangre en el suelo  
que formóse un lago.

Enfermó la jóven  
del talle ajustado,  
y dejó la vida por la sepultura  
al pasar un año.  
Según los Galenos  
que la visitaron,  
se mató ella misma  
de ceñirse tanto  
el corsé, asesino de damas coquetas,  
vengador eterno de esos séres vanos  
que una muerte prefieren ridícula  
por lucir materiales encantos.

## DE UNA EPISTOLA MORAL

---

Los próceres, aquí, no harán camino  
al arte de los Píndaros y Homeros,  
pero sí al opulento arte taurino.

Del brazo les verás con los toreros;  
sus joyas de oro á la sangrienta arena  
verterán como lluvia de luceros.

Y has de ver desnudeces en la escena  
que el pueblo con aplausos y con flores  
celebrará, como en la Roma obscena.



Venera á los eternos soñadores  
que los mejores años de la vida  
pasan entre continuos sinsabores

esperando con fe, nunca perdida,  
el triunfo de una idea, de adversarios  
rudos é intolerantes combatida.

Miran como leales visionarios  
entronizarse opuestas religiones  
y saben no venderse á los contrarios.

No van, cual los hambrientos tiburones,  
tras la nave, esperando á que de ella  
caigan cuerpos ó la hundan los ciclones.

Van cual los Reyes magos tras la estrella,  
con el ánsia del náufrago vehemente  
hácia el faro lejano que destella.

Solo con la maldad sé intransigente;  
ódia toda doctrina si escudada  
no vá con la honradez siempre eminente.

Fustiga, sin piedad, la depravada  
vida, aunque alimentada por el oro  
disfrute de las turbas venerada.

Flagela al lobo audaz si es el desdoro  
del alto monte... ¡Saca la violeta  
de entre la hierba vil! Luce el decoro...

Y hallarás como premio... ¡Ay, poeta!  
Hallarás el desprecio y el olvido  
tras de una vida augusta, pero inquieta.

El mastranzo oloroso está escondido  
entre zarzales, y es pisoteado  
porque se halla en el suelo entretegido.

Mientras que, de las brisas oreado,  
crece sobre las torres colosales  
el ja ramago, viendo el dilatado  
mundo, como las águilas caudales.

Octubre de 1895.



# LA VELADA ARISTOCRÁTICA

---

(CUENTO)

De los espejos  
las lunas claras  
dentro del hondo salón destellan  
entre las lámparas.

Lucen brillantes  
sillas doradas  
de asientos verdes, y colgaduras  
de raso blancas.

Encantadoras  
mujeres bailan;  
mientras, luciendo níveas pelucas,  
rojas casacas

y calzón corto  
de paño grana  
los servidores, como bufones  
risueños vagan

con azafates  
llenos de pastas  
y añejos vinos que paladean  
duques y damas.

\*  
\* \*

Un marqués rico  
que es un *Juan Lanas*,  
de actos plebeyos, según afirma  
la aristocracia,

se halla sentado  
sin hablar nada  
en un extremo del salón régio,  
y... ¡oh, cosa rara!

el marqués tiene  
junto á sus plantas  
puesto el velludo y hondo sombrero  
de copa alta,

y échale al fondo  
todas las pastas  
y los licores con que le brindan  
sus camaradas.

Formando coro  
duques y damas,  
con grande asombro dicen al verle:  
—¡Qué acción tan rara!

Y el marqués rico,  
ese *Juan Lanas*  
de actos plebeyos, según afirma  
la aristocrácia,

con bufas muecas  
así les habla:  
—Señores míos: se me ha invitado,  
con una carta,

para que asista  
á esta velada;  
vine sencillo, sin el sombrero  
de copa alta,

ni el frac, oscuro  
traje de urraca,  
y me advirtieron, apenas vine  
los ordenanzas,

que según orden  
á ellos dada,  
sin el sombrero de copa, á nadie  
pasar dejaban.

En vista de esto  
volví á mi casa,  
cumplí la orden, y como es cosa  
bastante clara

que la *chistera*  
fué la invitada,  
es justo que ella disfrute solo  
vinos y pastas.

Septiembre de 1895.

## LAS NIÑAS EN EL MES DE MARIA

---

Ya vino Mayo, el mes de los poetas...:  
salpícanse de flores las acacias  
que antes estaban lacias,  
dando sombra á las anchas plazoletas.

Trepan por los caducos paredones  
ramajes de celindas olorosas;  
copian las fuentes los azules cielos,  
y en los patios de antiguos caserones  
corriendo tras las blancas mariposas  
que vuelan de los lirios á las rosas,  
agitan las muchachas sus pañuelos.

Córrense en los balcones las persianas  
y en las altas ventanas  
asoman por los hierros las macetas  
orladas de claveles y violetas;  
fulguran de las torres las veletas;  
las paredes relucen como espejos,  
y en las verdes alfombras  
del campo solitario, los conejos  
saltan huyendo de sus mismas sombras.

En tanto el mediodía  
se pasan en los huertos las doncellas  
cogiendo flores bellas  
para el *mes de María*.

\*  
\* \*

Llega la noche: ábrense las recias  
puertas de las iglesias  
y se disputa con calor la gente  
por colocarse enfrente  
del hondo presbiterio refulgente...

Un manto azul bordado  
con estrellas de oro se dilata  
por el retablo del altar dorado,  
y entre flores, sobre una escalinata,  
destella una Purísima de plata.

Un colegio de niñas forma coro  
ante el altar que brilla  
como un *ascua de oro*,  
y todas las miradas  
se fijan en las niñas candorosas  
que entonan, sin cesar, coplas sagradas;  
que visten orgullosas  
trajes blancos con gasas azuladas  
y ciñen luminosas  
coronas de oropeles y de rosas  
sobre sus cabelleras desatadas,  
undosas y aromadas.

Al cantar con angélica armonía  
la letrilla *Venid y vamos todos*  
*con flores á María...*,  
echan lluvias de hojas  
amarillas y rojas  
hacia la Virgen pura  
que entre las velas pálidas fulgura.

• • • • •

Y entre el concierto fausto  
se eleva la humareda transparente  
del incienso, quemado solamente  
ante imágenes dignas de holocausto,  
semejante en verdad á la inocencia  
que vá cogiendo flores

para echarlas á cosas superiores  
dignas de reverencia,  
y también semejante á mi conciencia  
que juzgando que el Arte es un sagrario  
sólo para aromar cosas sublimes  
agita de la musa el incensario.

Mayo de 1895.

CARTAS DE UN LEGO



## CARTAS DE UN LEGO <sup>(1)</sup>

---

### I

Señor D...

En varias ocasiones hemos discutido Ud. y yo, acerca de asuntos relacionados con la Iglesia Católica, aunque ni Ud. ni yo somos teólogos para ello. Ud., avezado á la lectura de *Las Dominicales*, mostrábase adversario del Catolicismo, y afirmábame, con Ernesto Renan, que Jesús fué el génio más grande de la tierra, pero hombre y nada más que hombre. Ud. no le considera divino. Expuse á Ud. argumentos en contra de su doctrina, y pláceme reforzarlos con algunas cláusulas de los magníficos discursos

---

(1) Estas cartas fueron publicadas por el autor con el pseudónimo *El lego de San Justo*.

con que embelesa á sus oyentes en la iglesia de San Hipólito, de esta ciudad, desde hace varias noches, un docto sacerdote de la Compañía de Jesús.

Aunque á estos ejercicios espirituales asiste numeroso y escogido concurso de hombres, juzgo que Ud. no les imitará; acaso si asistiesen doncellas se presentase Ud. como buen tenorio; mas el templo hase cerrado para las mujeres en esta ocasión.

El orador, para inculcar la fe en sus auditores y demostrarles que la Religión es divina, expuso notables argumentos teológicos, y demostrólos con frases selectas é inspiradas. Fíjese Ud. En el mundo podemos dominar y atraernos sectarios, especialmente por la ciencia, por la espada y por el oro. Pues ¿qué ciencia sino una ciencia sobrenatural habia de tener Jesús que no tuvo estudios? Y sin prolijos estudios ¿quién habría de inventar una doctrina nueva, reformadora del mundo, ni cómo explicarla cuando hasta los más versados en Letras atájanse para definir aquellas cosas que parecen más sencillas, el polvo, el átomo...? Y téngase presente que Jesús nació, no en un siglo de decadencia, sino en el gran siglo de Augusto, en el siglo de los grandes sábios, de los grandes guerreros, de

los oradores, de los poetas...., cuando más se abría paso el heroísmo, la fortuna ó la inteligencia. ¿Y por la espada? Por la espada ¿qué sectarios habian de conquistar Jesús y doce pescadores?...; aparte de que esto está en contra de la misma doctrina que predicaban. ¿Y por el oro? ¿Qué oro habia de tener el hijo de un humilde carpintero? ¿Qué oro habia de tener Jesús que nació en un pesebre y espiró en un patíbulo? Está claro, pues, que la Religión Católica vino del cielo, porque (frases de Concina en el tomo I de su Teología) propagó la fe «por todo el orbe no con el terror de las armas, no con abundancia de riquezas, no con los atractivos de la elocuencia, no con alhagos de deleites, sino con la ignorancia, pobreza y humildad de doce pescadores».

Está claro, repito, que Jesús no era un hombre como otro cualquiera; era Dios en forma humana.

El hombre se atreve á disputar en contra de los misterios, y como no los comprende, niégalos; no sabe que para esto precisa estudiar no un año, sino siete, de Sagrada Teología.

Otra prueba para que tengamos fe y consideremos que existe otra vida es, dijo el orador, que no podemos rebelarnos contra la muerte, que somos mortales y todas las cosas nos están

hablando sin palabras de la muerte; las sillas de nuestras habitaciones nos recuerdan que en ellas, acaso, sentáronse nuestros padres, nuestros hermanos; el polvo que pisamos nos recuerda que ha sido pisado por hombres que ya no existen...

Si este superficial bosquejo satisface á usted, holgareme de todo corazón.

25 de Marzo de 1896.

## II

Señor D...

Si yo fuese hombre de memoria privilegiada, explicara á Ud. detenidamente cuanto vá exponiendo en sus discursos el elocuente jesuita de que hice mérito; y asegúrole que habría Ud. de purificarse el espíritu. Yo no sé si Ud., por mi manera de escribir y de espresarme, harto fullera, habrá interpretado bien la doctrina del orador y convenciéndose de que la Religión Católica es divina; acaso no se haya Ud. convencido porque mi memoria es pobre y, claro está, no me valgo de las mismas frases oídas; á veces mucho habrá de mi magín, y así saldrá ello; pero de todos modos, pláceme, é insisto en recordarle periodos espirituales, ya que, como le-

go, es de mi obligación difundir verdades evangélicas.

Si la Religión es divina, nada más justo y conveniente que seguir sus máximas, dijo, y no solamente los sacerdotes hállanse obligados á defenderla; hállanse también obligados á defenderla los seglares, cuando la ofenden, del mismo modo que todos los miembros de un cuerpo atienden al que, de uno de ellos, se resiente. Clávase un hombre una espina en el pié, añadió, y al momento la boca hace su oficio quejándose, el ojo hace su oficio mirando al sitio donde está clavada la espina, después van las manos á sacarla, y todo el cuerpo vá á un fin, á la salud; pues la salud del alma es la Religión.

¿Para qué sirven las sociedades masónicas, ó mejor dicho, para qué se dice que sirven? ¡Para hermanar á los hombres! ¿Pues qué sociedad más fraternal que la Religión Cristiana? La Religión Cristiana dice: «Haz bien, aunque te hagan mal; ama á tu prójimo como á tí mismo», y precisamente los harapos tienen más probabilidades de salvación que la púrpura; en esta sociedad cristiana caben los hijos de España, los de América, los de Oceanía..., la mujer, el hombre, el nécio, el sábio...

Acerca del amor habló el jesuita extensamente; entre otras cosas afirmó que no debe aten-

derse al gusto, en el amor; que debe buscarse el amor con la razón serena y no con la impresión repentina y efímera que origina el gusto. Vé el doncel á una mujer de extraordinaria belleza física; al momento, sin meditación prévia, se enamora de ella. ¿Y para qué sirve la belleza física si está, por ejemplo, aislada, si no es compañera de la belleza moral? ¿Para qué quiero una pluma de diamante si escribo mejor con una de acero? Si el camino por donde se vá á la gloria eterna es estrecho ¿por qué hemos de ir por otro ancho y florido pero que no nos conduce á ella? Si nuestra familia hállase en una finca de campo hermosa y la vereda por donde podemos ir á ella está llena de peñascos, aunque en otra dirección hallemos veredas llanas ¿cómo hemos de escoger estas y no la que es camino de la finca hermosa?

A estas convincentes razones, añadiré á usted cuatro palabras que prueban que, apesar de todo, no es tan penoso caminar por la senda de la virtud. Son palabras del famoso Fray Luis de Granada, y hállanse en su *Guía de pecadores*:

«¿Quién hace á la madre no sentir los trabajos contínuos de la crianza del niño, sino el amor? ¿Quién hace á la buena mujer curar noche y día, sin cesar, al marido enfermo, sino el

amor? ¿Quién hace hasta las bestias y las aves andar tan solícitas en la crianza de sus hijos y ayunar lo que ellos comen, y trabajar porque ellos descansen, y atreverse á defenderlos con tan grande coraje, sino el amor...?»

¡Ojalá, señor mío, que aprovechen á usted estas recopilaciones, y Dios me dé salud y tiempo para continuarlas, en desaliñadas, pero piadosas cartas!

27 de Marzo de 1896.

### III

Señor D...

Figúrome, señor mío, que Ud. desprecia mis cartas cuando nada me dice de ellas ni por urbanidad y buena crianza; y paréceme acertada esta suposición, y no malicia, porque no le hallo tampoco en el templo donde tan ilustrado presbítero diserta; más yó, como dije á Ud., insisto en hablarle de Dios, aunque Ud. me califique de majadero.

Háse referido el orador, en otro de sus discursos, á los Casinos y á los Teatros, y verá usted como se explica. De los Casinos. Los hombres que frecuentan estos centros aléjanse de la familia entibiando el fuego del amor y sepáranse, por consiguiente, de la Iglesia; no es

decir que el hombre no se solace alguna vez, esto no; es decir que quien se aficiona á las reuniones de Casino se aficiona á la holgazanería, se hace un vago, goza con la lectura de periódicos nada edificantes que en tales centros abundan; juega para distraerse y vuélvese al hogar, quizás al amanecer y sin un céntimo, á veces, ébrio. La esposa del hombre avezado á los casinos hállase expuesta sin su presencia, y si no es modelo perfectísimo de virtud, acaso á cometer pecado de adulterio. La hija del hombre avezado á los Casinos hállase expuesta también á perder su honra, y el hijo joven ¿qué ha de imitar sino las costumbres del padre? Luego, el hogar es un freno para el hombre; porque en él, en el hogar, suele haber mujeres, y... ¡cuán diferente es el hombre delante de señoras! Delante de señoras el hombre no pronuncia frases indecorosas, es un caballero; pero ¡ay! la conversación de hombres con hombres ya es otra cosa. Pues ¿...y los Casinos de obreros? En otras poblaciones tienen un centro de reunión los obreros, modesto, más no tanto que en él no haya sillas de bastante consistencia y amplias mesas. Cuando carecen de trabajo y por las noches, especialmente, van los obreros á su Casino, y cuando regresan á sus casas ¡claro está! no les satisfacen las sillas perniquebradas

de su habitación, ni la tosca mesa donde cena parécele tan cómoda como las de allí, del Casino, ni vé espejos...; halla de mal ceño á su mujer porque ésta, con razón, deplora su ausencia y el gasto de café que le origina el Casino, cuando apenas tienen para comer; la paz del matrimonio se altera y ¡Dios sabe! En esta ciudad, señor mío, en Córdoba, Casinos de obreros son las tabernas.

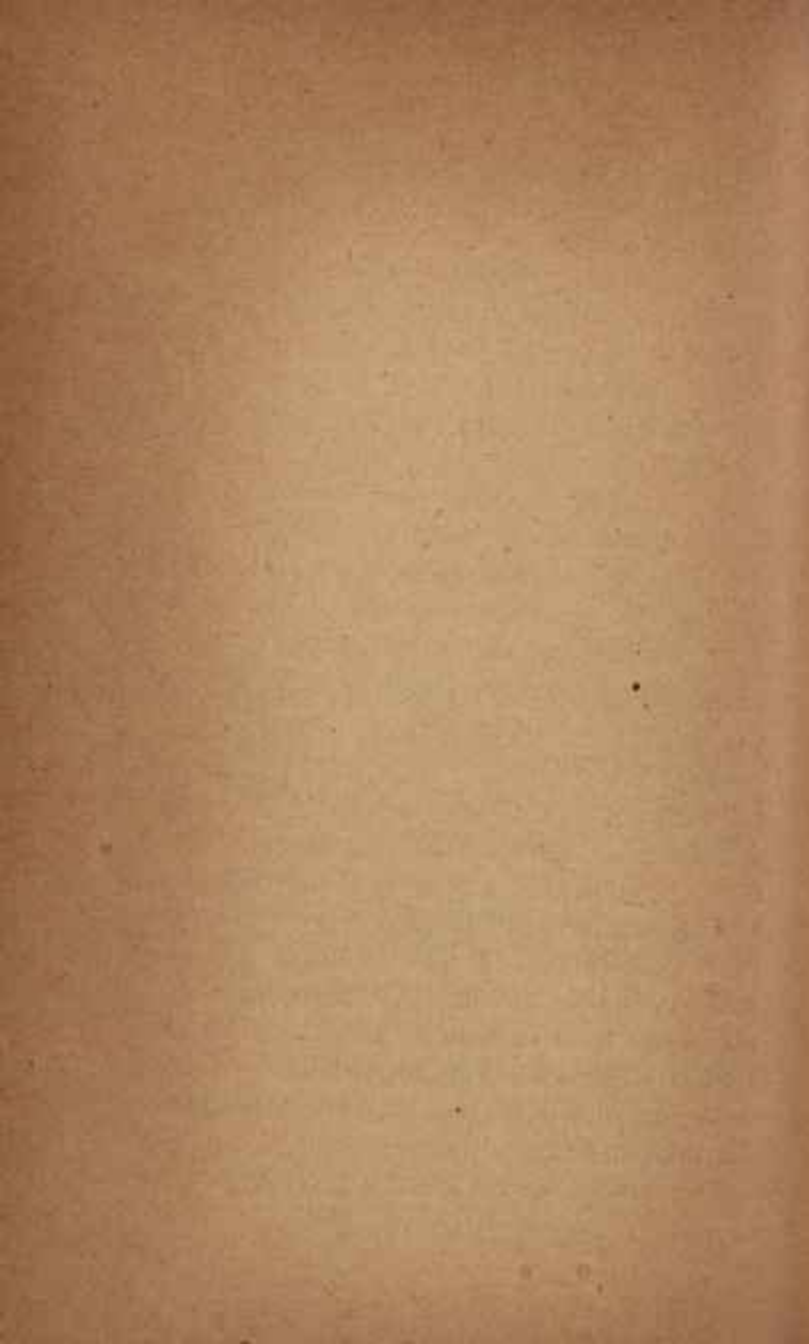
Respecto del Teatro... ¡qué había de decir! Usted mismo, apesar de su libertinaje, comprenderá que las comedias de nuestros tiempos, salvo contadas excepciones, están salpicadas de inmoralidades y las cómicas incitan lujurias en la escena, gustando de exagerar los chistes y ademanes groseros. Acaso Ud. disculpará á los autores cómicos diciendo que si tal obran es para complacer al público y ganar dinero. Yo, solo digo con un gran poeta que

«. . . . . no merece  
loa ni encomio el pensamiento humano  
que se humilla, y se arrastra y se envilece».

En fin, Dios ilumine á Ud. y le haga comprender la máxima aquella del *Kempis*, ya que tanto frecuenta Ud. los Casinos:

«Cuantas veces estuve entre los hombres,  
volví menos hombre».

28 de Marzo de 1896.



## IV

Señor D...

¡Cómo se mofará Ud. de esta carta al ver que, entre otras cosas, le hablo en ella del Juicio final y del Infierno! ¿Pues qué, un hombre del siglo XIX ha de dar crédito á semejantes desatinos?—¡Válgame Dios, que lego más fanático y terco! dirá Ud. ¿Qué es el Infierno? Consiste en hallarse sin la presencia de Dios durante la eternidad. ¿Y qué? replicará Ud., ¿no paso sin Dios en la vida? ¡Ay, señor incrédulo, recuerde Ud. el suplicio de Tántalo, de la mitología; es algo así. Tántalo, sediento, amarrado á una roca y los piés sumidos en las aguas del mar, destrózase los brazos pugnando por abalanzarse á saciar la sed; vé el agua y no

puede refrescar sus labios secos. Y este suplicio durante la eternidad.

¿No formó Dios el mundo? Ud. tiene que confesar que no se hizo solo, ni seguirá la estúpida doctrina de Darwin, ni los delirios de Hegel. ¿Y el creador de esta maravilla no ha de poder levantar á las generaciones muertas para pedirles cuenta de sus actos? ¡Ay, sí! añadió el Jesuita, entonces, en el día de la verdad y de la justicia se presentarán los reyes con sus coronas y cetros para dar cuenta de sus faltas, los obispos con sus mitras y báculos, los próceres con sus pergaminos, en fin, todos los hombres, y únicamente nos eximiremos de relatar las faltas que confesamos, con arrepentimiento, en la vida. ¿Y por qué he de postrarme á las plantas de un sacerdote, que acaso sea más pecador que yo, para decirle mis culpas? Esto no importa, señor mío; se ha de respetar la institución, y en el tribunal de la penitencia no se ha de considerar al sacerdote como hijo del mundo; podrá este ser indigno, porque todo lo que está en manos de hombre tiene defectos. —¿No existen madres sin corazón que arrojan sus hijos á la Inclusa? ¿Y hemos de afirmar que todas las madres son miserables...?

Acerca del periodismo disertó también el predicador; el periódico es el monarca absoluto

de la tierra, hace y deshace, eleva y hunde; es esperado siempre con ánsia, y es el origen de casi todas las conversaciones. Supongamos que un periódico hace de tirada 5.000 números diarios; pues ya son 5.000 personas, puede decirse, para leerlo y éstas encárganse de referir á otras muchas cuanto han leído. ¿De qué suele hablarse en los cafés, en los paseos, en todas partes, sino de los periódicos? Así, pues, si el periódico que arroja á la calle 5.000 ejemplares es bueno, imagínese cuanto bien halla la humanidad; si es malo, imagínese á cuántos corazones envenena.

Mañana, si Dios quiere, escribiré á Ud. con más detenimiento.

29 de Marzo de 1896.



Señor D...

Versó otra plática acerca del precepto tercero del Decálogo y habló el predicador magistralmente de los obreros, que son quienes suelen no santificar las fiestas. Oígale Ud. que tanto despilfarra el dinero en sortijas de oro y más piensa en acicalarse que en esos infelices trabajadores que anhelaran las *zarandajas* de usted, no para exhibirse como dama coqueta, sino para comer.

Aparte de que es saludable para el espíritu santificar las fiestas, es saludable para el cuerpo.

Distinguidos médicos afirman que es enfermizo no descansar, cada siete días, de las fati-

gas del trabajo: descansar antes de los siete días no es conveniente, descansar después tampoco.

Así en casi todas las partes del mundo, sea cual fuere la Religión de sus habitantes, descánsase una vez á la semana.

El obrero váse al amanecer de su casa, si ha de trabajar, y ni puede dar un beso al hijo de sus entrañas que duerme á esas horas; acércase á su cuna, si es que la tiene, pero teme despertarle. Luego su esposa, con el niño pequeño en brazos, encamínase al taller ó á la casa donde trabaja para entregarle el almuerzo. El jornalero come entonces al pié del andamio, por ejemplo, y goza con la presencia de su niño; goza, ¡pero cuán breve rato! Vuelve cerca de la noche al hogar, fatigado, rendido y ¡qué ha de hacer el pobre obrero! Échase en el camastro para volver al otro día á hacer lo mismo, si ha de comer. Ved al campesino arrancando á la tierra con el azadón y con el sudor de su frente un mendrugo de pan, decía. ¿Y si á este infeliz esclavo no le dais un día de huelga para que goce al lado de su hijo y de su esposa, cuando vá á descansar? ¿De qué le sirve, entonces, ganar un pedazo de pan, si no le dais tiempo para comerlo?

¡Ay, ricos! El obrero comprende esta falta

de caridad, y de esta falta de caridad proviene esa lucha, á veces de fatales consecuencias, entre el capital y el trabajo. El pobre dice: si no trabajo durante el día de fiesta, no tengo de comer. Y el avariento, lleno de millones, cóntestale: Yo, si no trabajas como un negro, no te pago. Pero ¡ay! en el templo todos son iguales y se roza con el abrigo de pieles del opulento, la blusa empolvada del trabajador; en el templo se sienta el siervo al lado de su amo y si el rico tiene que sufrir el olor á miseria del cuerpo del criado, el criado sufre también el olor á miseria del alma de su señor. Llega el día de fiesta y si el obrero no trabaja puede gozar con su familia de los espectáculos, no del teatro ni de los toros, de los espectáculos de la naturaleza, mil veces más deliciosos y saludables que aquellos. ¿Qué espectáculo más hermoso para los ojos y para el esparcimiento del corazón que el campo, por ejemplo? En el campo se respira aire de rosas y de aromáticas hierbas.... En cambio otros espectáculos atacan á la moral y... al bolsillo.

¿Y no sacará Ud. algún provecho de estas recopilaciones?

¡A lo que veo, señor, paréceme predicar en desierto!



## VI

Señor D...

Es preciso que se conozca el hombre para refrenar sus pasiones. ¿Qué es, pues, el hombre? ¿Qué es aquél? preguntamos y nos dicen.—Es un bravo militar, ó un sacerdote piadoso, ó un médico notable; mas no es esta respuesta definición satisfactoria, porque no todos los hombres son militares, sacerdotes ó médicos; es necesaria una definición adecuada á todos.

Existen Seminarios donde aprendemos las ciencias divinas, Academias donde aprendemos el manejo de las armas, Institutos y colegios para carreras especiales, ¿pero dónde aprendemos á conocer al hombre? ¿Existe alguna academia en la que podamos estudiar y conocer al

hombre? Así comenzaba su penúltimo discurso el Padre Jesuita, y proseguía: ¿Dónde se nos enseña á conocerle? ¿Dónde... ¡en el cementerio! Se conoce al hombre por esta magnífica pintura: figúrate una estatua con la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, los muslos y las piernas de bronce, y los piés de barro, como la de Nabucodonosor. La cabeza de oro es la ciencia, el pecho y brazos de plata es la riqueza, el dinero; los muslos y piernas de bronce representan el valor. Toque usted con una piedrecita esa escultura, empújela usted levemente y como está sobre un pedestal de barro ¡plat! se desplomará. ¡Y adios cabeza de oro, pecho de plata y piernas de bronce! Muere el hombre ¿y de qué le sirve la ciencia, el dinero ó el valor? ¡De nada! ¿Qué es, pues, el hombre? ¡Polvo y ceniza!

Si todos los cementerios del mundo se reuniesen en uno solo y á él fuesen todos los cadáveres de todas partes ¡oh que ciudad tan sombría...!

Y si se desenterrasen todos los huesos y se esparcieran por ese inmenso camposanto ¿quién entre aquellos millares de cráneos y de tíbias había de distinguir los de sus padres, por ejemplo? ¿En qué se diferencian los cráneos de los reyes de los demás cráneos?

Mucho bueno aprendería Ud. á propósito de esto si se hiciese de la *Diferencia entre lo temporal y eterno* del P. Nieremberg.

. . . . .  
Y ahora, señor mío, ¿qué he de decir á usted para acabar esta carta? Le diré solamente con el Génesis: *Memento homo quia pulvis es, et in pulverem reverteris*. Acuérdate, hombre, de que eres polvo, y en polvo te has de convertir.

31 de Marzo de 1896.



## VII

Señor D...

Con verdadero sentimiento de clérigos y devotos acabáronse los ejercicios espirituales en la iglesia de San Hipólito, y para satisfacción de Ud. consigno que es esta la última carta que pienso dirigirle.

Escríbola, claro está, para hablarle del último discurso del Reverendo Padre.

Dijo este excelente predicador, después de resumir cuanto expuso en anteriores disertaciones, que parecíale justo tratar de Dios puesto que tanto habíase ocupado en hablar del hombre.

¿Y cómo habló de Dios? Recordando y explicando la hermosa parábola del hijo pródigo;

por si Ud. no la conoce, aunque es demasiado popular, entérese de ella. La copio de la Sagrada Escritura.

«Un hombre tenía dos hijos, de los cuales el más mozo dijo á su padre: Padre, dáme la parte de la herencia que me toca; y el padre repartió entre los dos la hacienda.

No se pasaron muchos días que aquel hijo más mozo, recogidas todas sus cosas, se marchó á país muy remoto y allí malbarató todo su caudal, viviendo disolutamente.

Después que lo gastó todo, sobrevino una grande hambre en aquel país y comenzó á padecer necesidad.

De resultas púsose á servir á un morador de aquella tierra, el cual le envió á su granja á guardar cerdos.

Allí deseaba con ánsia henchir su vientre de las algarrobas y *mondaduras* que comian los cerdos, y nadie se las daba.

Y volviendo en sí, dijo: ¡Ay, cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo estoy aquí pereciendo de hambre!

No; yo iré á mi padre y le diré: Padre *mío*, pequé contra el cielo y contra tí; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: trátame como á uno de tus jornaleros.

Con esta resolución se puso en camino para la casa de su padre. Estando todavía lejos, avistóle su padre y enterneciéronsele las entrañas y corriendo á su encuentro le echó los brazos al cuello y le dió mil besos.

Dijole el hijo: Padre *mío*, yo he pecado contra el cielo y contra tí; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.

Más el padre, *por respuesta*, dijo á sus criados: Presto, traed aquí luego el vestido mas precioso que hay en casa y ponédsele; ponedle un anillo en el dedo y calzadle las sandalias; y traed un ternero cebado, matadle y comamos y celebremos un banquete; pues que este hijo mío estaba muerto y ha resucitado; habíase perdido y ha sido hallado; y con eso dieron principio al banquete.»

Así como este padre amante, es Jesús; y como el hijo suele ser el hombre. Dios abre los brazos á la oveja descarriada que vuelve al buen camino. Su piedad y amor son inagotables. Dios ama y está dispuesto siempre á perdonar. El confesonario es el mejor amigo y consejero del hombre. ¿Y hay cosa mas satisfactoria que descargar la conciencia? Cuando nos hallamos tristes ¿no nos consolamos refiriendo nuestras tris-

tezas á cualquier amigo? ¿Pues qué amigo más fiel que el confesonario? Así se esplicaba el sábio Jesuita.

Y nada más debo decirle. ¡Ojalá que Dios conceda á Ud. larga vida y vuelva á la fe de sus primeros años, para regocijõ de este lego, si es que aún anda por el mundo, y bien de usted. ¡Que harto triste fuera que sorprendiera á usted la muerte en breve y sin arrepentimiento de sus pecados! Dios guarde á Ud.

Dada en Córdoba á 2 de Abril de 1896.

ALMANZOR



# ALMANZOR

---

*Á Manuel Reina.*

## I

### LA ARENGA

Vá mediando la noche. En las llanuras  
arenosas y oscuras  
de Calatañazor,  
acámpanse las huestes numerosas  
aguerridas y siempre victoriosas  
del ínclito Almanzor.

---

En los montes cercanos  
esparcidos están los castellanos  
y sus brillantes armas fosforecen;  
al verlas, los invictos mahometanos,  
aunque osados y fieros, se estremecen.

---

Sus corceles feroces  
relinchan y se agitan dando coces  
ávidos de cruzar el campamento;  
y antes que venga la rosada aurora  
botando en su alazán, hijo del viento,  
dice Almanzor con voz atronadora.

. . . . .  
¡Galopen vuestros potros sin que huellas  
dejen del castellano y como estrellas  
chispas arranquen! ¡Ébrias de esperanzas  
vendrán sus tropas! ¡A luchad con ellas!  
¡Lleven la fuerza y luz de las centellas  
vuestras bruñidas lanzas!

—  
¡De los alfanjes las terribles hojas  
anchas y relucientes salgan rojas  
de sangre de adalides y bridones!  
¡Destrozaremos hombres y banderas  
y si ellos en la lucha son panteras  
nosotros somos más! ¡Somos leones!

Morir... ¿Qué nos importa  
si es esta vida miserable y corta?

—  
Nos dice el Alcoram á los musulimes:  
—Gozarás los espléndidos verjeles  
del Paraiso, si acosando infieles  
la deslumbrante cimitarra esgrimes!

¡Lucha con el furor de los leopardos!  
Gozarás el aroma de los nardos,  
del jazmín, del almizcle...; y azucenas  
de cálices gallardos  
tendrás, por copas, de licores llenas.

—Gozarás entre plátanos frondosos  
con hermosas doncellas, coronadas  
de blancos azahares olorosos,  
y te echarán nevadas  
de jazmines y flores deshojadas!

. . . . .  
¡A vencer ó morir! ¡Sí, campeones!  
¡Destrozaremos hombres y banderas  
y si ellos en la lucha son panteras  
nosotros somos más! ¡Somos leones!



## II

### EL COMBATE

Ya resplandece la rosada aurora  
y de la hueste mora  
relumbran los bronceos armamentos;  
ya los corceles de uno y de otro bando  
botan y se atropellan relinchando;  
los ginetes de sangre van sedientos.

---

Añafles, trompetas y atambores  
resuenan anunciando la batalla;  
se oyen gritos de guerra atronadores  
y la cólera estalla.

---

Avanzan á encontrarse unos con otros;  
los cascos de los potros

finjen ronca tormenta  
rebotando; el estrépito se aumenta.

---

Ensordece el estruendo:  
los alazanes al correr veloces  
nubes de polvo arrojan confundiendo  
rojos turbantes, blancos albornoces.

---

Galopando con salvas imponentes  
las tropas se revuelven desbocadas  
blandiendo lanzas y agitando espadas  
que chocan con sonidos estridentes  
mellándose en las cotas cinceladas.

---

El valiente Almanzor, dios de la guerra,  
vá en la régia montura rebotando;  
agita, combatiendo y destrozando,  
su cimitarra que brillando aterra  
y al golpe cien caudillos dan en tierra.

---

Acá se hunde le lanza hasta la mano  
como fugaz centella  
en el ferrado pecho de un cristiano  
y del corcel indómito le estrella.

---

Brota á chorros la sangre en las junturas  
de férreas armaduras.  
Allá con su bridón al bote rudo

de luminosas lanzas cáese el moro  
y salta, hecho pedazos; el escudo  
que finje un sol de oro.

---

Los corceles gallardos,  
cual rabiosos leopardos  
ávidos de clavar sus corvas garras,  
saltan y sus pupilas fosforecen;  
acá y allá luchando resplandecen  
picas, alfanjes; corvas cimitarras.

---

El combate es sangriento  
y Almanzor es herido; mas no ceja;  
en su feroz corcel, hijo del viento,  
un águila semeja  
cruzando el campamento.

---

Añafles, trompetas y atambores  
vuelven á resonar, el ódio calla;  
se oyen gritos de paz atronadores  
y cesa la batalla.



### III

#### EN LA TIENDA DE CAMPAÑA

Anochece. Refléjase la luna  
en estensa laguna  
de sangre de vasallos,  
caudillos y caballos.

---

Acá véense abolladas  
brillantes armaduras, férr eas cotas;  
allá relumbran rotas  
cimitarras y espadas.

---

Apesta el campamento  
de cárdenos cadáveres sembrado,  
y los cuervos con vuelo sosegado  
baten sus negras alas por el viento.

El anciano Almanzor, tras del sangriento  
combate, y en su tienda refugiado,  
vé de heridas su cuerpo acribillado  
y suspira con hondo desaliento.

— ¡Vengan (dice) mis bravos lidiadores  
á obtener mis favores!

— ¡Poderoso señor, han perecido!

— ¡Cómo! (exclamó) ¿mi ejército vencido?

Mesó su blanca barba furibundo  
y sintiendo la fiebre de la ira  
de este modo delira  
el vencedor del mundo.

— ¡Cuál las estrellas fúlgidas brillaban  
en la pasada noche, y por los llanos  
de Calatañazor los africanos  
corceles arrogantes relinchaban!

¡Cómo mis adalides exploraban  
á los fieros ejércitos cristianos  
que, cargados de hierro, en los lejanos  
montes y entre tinieblas se acampaban!

¿Quién, ¡oh vergüenza! de decirme habría  
que anhelábamos ver la luz del día  
para morir? ¡Errantes vendabales...!

¡Al vagar por los cálidos desiertos  
cubrid de arena á mis vasallos muertos  
y, por ellos, gemid! ¡Fueron leales!

.....  
¡Y he caido! (pensaba) ¡Yo he caido!  
¡Yo! ¡Yo, que con la frente coronada  
de mirtos, de la vida en la jornada  
fui bravo luchador, jamás vencido!

¡Hasta en monedas de oro está esculpido  
mi nombre popular! ¡Y está tronchada  
la arrogante palmera empenachada  
de ramas verdes, de palomas nido!

¡Oh palma de mis glorias, que invencible  
juzgaba yo, porque el ciclón terrible  
ni el rayo audaz jamás pudo treparte!

¿Cómo estás destrozada y en el suelo?  
¡Palmera de mis triunfos, ay! ¡Ya al cielo  
no precisa mirar para mirarte!

.....  
¿Y he pasado los años de mi vida  
edificando en luchas fatigosas,  
una Babel de glorias portentosas  
para que venga á tierra destruida?

¡Y en un momento! ¡Así en la sacudida  
del fiero terremoto las grandiosas  
fábricas se desploman y las rosas  
se secan presto y el valor se olvida!

¿Por qué no morir antes que asistiera  
á la batalla? Mi laurel ganado  
en infinitas guerras floreciera!

En todos los combates he triunfado  
¡y á ser posible todos los perdiera  
por salir del postrero coronado!

.....  
(Y prosiguió Almanzor) ¡Aciaga mente  
que me recuerdas triunfos pasajeros!  
¡Tú, hieres mucho más que los aceros!  
¿Qué no derrites en tu frágua ardiente?

¡Cuánto cuesta subir á la eminente  
montaña coronada de luceros  
y cuán poco rodarla! ¡Oh, altaneros  
sectarios del orgullo! ¡Oh, vana gente...!

¡Miradme! ¡Yo era el águila bravía  
que en las cumbres sus alas extendía  
cerca del sol á dominar la tierra!

¡Y yo he rodado desde el monte al llano!  
¡Yo, la gloria del pueblo mahometano!  
¡Yo, el indomable genio de la guerra...!

.....  
Más... ¿cómo está mi alma tan sensible?  
¡Oh, corazón! Si nunca en los combates  
has perdido el valor, ¿por qué te abates?  
¡La lucha del espíritu es terrible!

Acaso ¿han de olvidarme? ¡No es posible!  
¡Corazón, corazón! ¿por qué así lates...,  
si en mis heridas tienes acicates  
para ser lo que fueras, invencible!

¡Ah, no me olvidarán! ¡Yo por las glorias  
del Profeta, he logrado cien victorias!  
¡Yo fui más que un león en las batallas!

¡A mi paso cien pueblos se aterraron;  
sus puertas colosales se estrellaron  
y se hundieron olímpicas murallas!

.....  
¡Con honores premié á los potentados!  
¡No desdeñé con mi triunfal grandeza  
á los proscriptos, y senté á mi mesa  
después de la campaña á mis soldados!

¡Fuí magnánimo y justo! A los malvados  
castigué sin piedad! ¡Cuánta cabeza  
rodó á mis piés! ¡Sin ánsias de riqueza  
combatí, por ganar triunfos soñados!

¡Yo invadí ya al Ocaso, ya al Oriente!  
Como al disco del sol resplandeciente  
en todas partes irradiar me vieron...

¡Me ensalzarán los numerosos hombres  
cuyos oscuros y olvidados nombres  
á la pública luz por mí salieron!

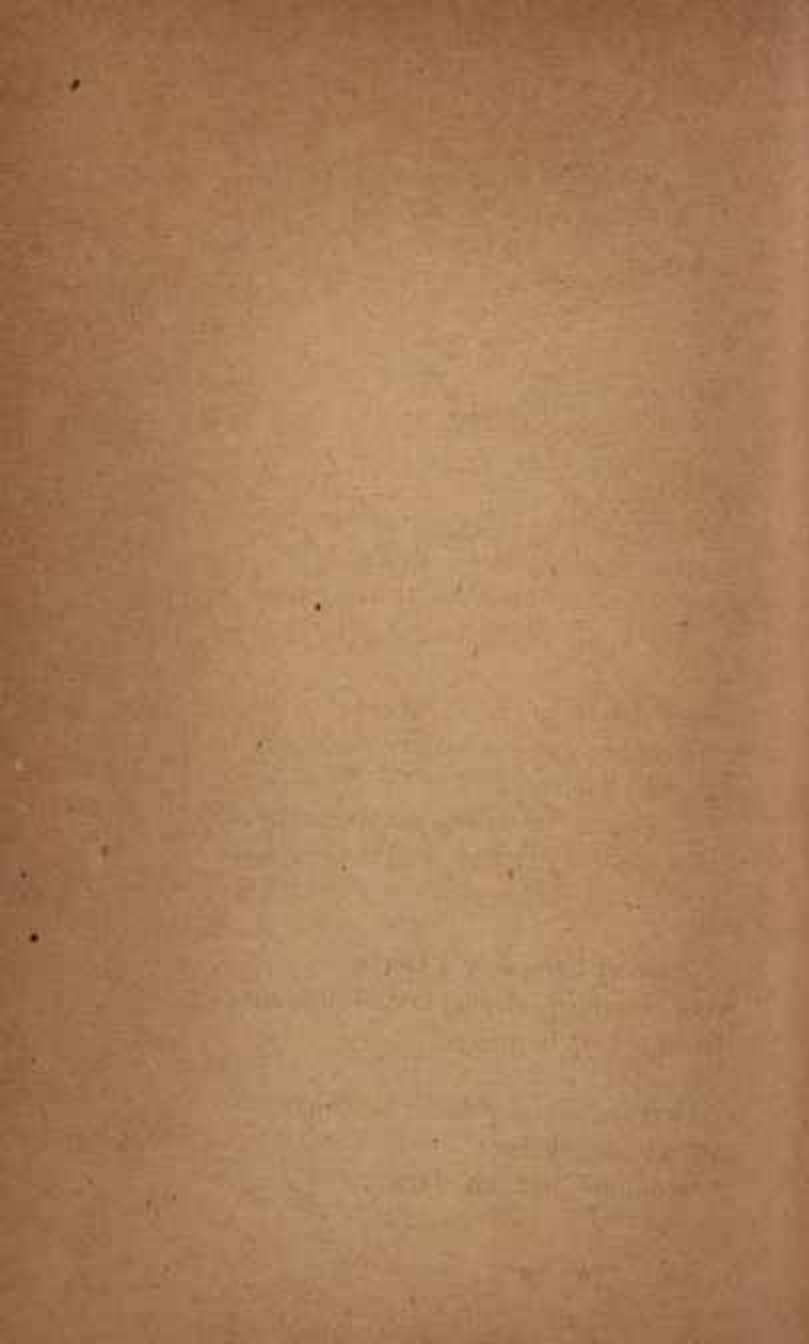
• • • • •  
• • • • •

Así en la árabe tienda, triste agota  
la copa del dolor, en la serena  
noche, considerando su derrota.  
Y al sonrosado albor de la mañana  
á sus huestes ordena  
para huir de la tropa castellana.

Por áridos senderos caminando  
marcharon sus guerreros y bridones;  
abatido, entre aceros y pendones  
él los iba, delante, acaudillando.

¡Ya no puede trotar en su arrogante  
blanco corcel! ¡Penosa es la jornada!  
soldados de su hueste desolada  
llévanle en hombros, loco, delirante.

¡Fué la derrota su dolor profundo...!  
¡Póstrase moribundo  
y al cabo de tres días  
de intensas agonías  
espira el héroe, aterrador del mundo!



## IV

### EPÍLOGO

—¡Nuestro ídolo ha muerto!  
¡El hombre que con sangre de leones  
anonadó naciones!  
¡El sostén de las tribus del desierto!—  
fué el clamor popular, y el desconcierto  
entró en los corazones!

¡Pasó el tiempo, y á tierra  
vino, también, el pueblo deslumbrante  
del lujo y de la guerra!

Derrumbóse el palacio de Zahara  
cercado de jardines  
y estanques de agua clara,

á los que el aire echara  
densas nevadas, lluvias de jazmines.

Allí, entre los ramajes  
de frondosos laureles  
destellaban dorados capiteles  
y muros como encajes  
labrados por artísticos cinceles.

Ni quedaron cimientos  
de régios aposentos  
con blanca fuente, artesonados de oro,  
marmóreos pavimentos  
y puertas de marfil y sicomoro.

En ricas Sinagogas y mezquitas  
aterrando al fanático Islamismo,  
entraron las benditas  
cruces del Cristianismo.

Cayeron los alcázares dorados  
de vistosas techumbres  
de plata con reflejos irisados...;  
degeneraron clásicas costumbres.

De velos y alcatifas  
tejidos de oro y seda...,  
del imperio triunfal de los Califas  
maravilla del Arte... ¿Qué nos queda?

• • • • •

Donde fueron alcázares y baños  
ahora vemos estensos eriales  
que cruzan con rebaños  
de ovejas los zagales.

¿Qué vale lo pasado? ¿Qué el presente?  
¿Qué el porvenir incierto?  
La vida mas lozana y esplendente  
se parece al Jordán, cuya corriente  
camina á sepultarse en el *Mar Muerto* <sup>(1)</sup>.

. . . . .

¿De qué sirven las glorias populares?  
¡Oh nécia vanidad! Dí, ¿conocieras  
el cráneo de Almanzor entre millares  
de humanas calaveras?

. . . . .

---

(1) Simil de Nieremberg.



EN ZIG-ZAG



¡ . . . . . !

---

Nevadas de celindas echa el viento;  
canta el grillo en las hojas de la parra  
y resuenan murmullos de guitarra  
y el chorro de la fuente turbulento.

De rubia goma el árbol corpulento  
lágrimas vierte; salta la cigarra  
en los haces de trigo y se desgarrar  
en los zarzales el lebrél sediento.

Como arde el sol, los fieros lobos huyen:  
¡y á mí los dardos del dolor afluyen  
como al metal el rayo y las centellas!

Mas... ¡hiereme, dolor, que tú fecundas  
y haces brotar las rimas más rotundas  
como el rudo cincel estátuas bellas!



## ESCRITORES CORDOBESES DEL SIGLO XVIII

---

DON BARTOLOMÉ SÁNCHEZ DE FERIA

### I

·Sin ánimos de pasar por erudito, ni mucho menos, decidome á publicar algunas noticias y pormenores acerca de D. Bartolomé Sánchez de Feria y Morales. Distinguióse especialmente como erudito historiador é incansable propagandista de las glorias de Córdoba, su patria, y no parecerá indiscreto que, como cordobés, refresque su memoria. Poco sé; no escribo para los sábios, y por consiguiente pecaré, á veces, relatando hechos harto conocidos de aquellos y aún de los más vulgares adoradores de las Letras.



Daré en primer término algunos antecedentes genealógicos y transcribiré varios documentos manuscritos de aneja índole; son rigurosamente históricos y juzgo que no han sido publicados.

Hélos aquí:

Bisabuelos  
de  
Sanchez Feria

Bartolomé Sanchez de Feria  
y  
Francisca María Panadera  
contrajeron matrimonio  
en la parroquia de Santiago de  
Montilla  
en 30 de Enero de 1.667

Abuelos

Tomás Sanchez de Feria  
y  
Marina de Yuste  
viuda  
contrajeron matrimonio  
en la parroquia de Sta. Marina  
de Fernannuñez  
en 11 de Octubre de 1.688

Padres

Bartolomé José Sanchez de Feria  
 y  
 Juana María de Morales  
 contrajeron matrimonio  
 en la parroquia de San Miguel  
 de Córdoba  
 en 25 de Enero de 1.708

Los anteriores bisabuelos, abuelos y padres de Sánchez de Feria pertenecieron á la nobleza de la sangre, y como aristócratas fueron inscritos en los padrones. Sus ascendientes más remotos desempeñaron importantes cargos honoríficos y figuran como hijosdalgos desde el año de 1.552.

En el Archivo de la parroquia de Santa María Magdalena de esta ciudad, trasladado recientemente á la parroquia de San Pedro, consérvase la partida de bautismo de D. Bartolomé; no la he visto publicada y paréceme oportuno transcribirla.

Dice así:

«En Cor.<sup>va</sup> veynte y dos de Sept.<sup>o</sup> de mill  
 »settez. y diez y Nuebe â. Yo el Rect.<sup>r</sup> de  
 »esta Ig.<sup>a</sup> Parroq.<sup>1</sup> de S.<sup>ta</sup> M.<sup>a</sup> Mag.<sup>na</sup> Bap-  
 »tizé en ella á Bartolomé Joseph de S.<sup>n</sup>

»Rafael q.<sup>e</sup> nació á Onze de dho. mes hixo  
 »de Bart.<sup>me</sup> de feria Nt.<sup>1</sup> de la villa de fer-  
 »nannuñez y de Juana María de Morales  
 »su mug.<sup>r</sup>—Padrino—Com.<sup>c</sup> D.<sup>a</sup> Maria  
 »Nadales y Reyna advertile el parentesco  
 »espirit.<sup>1</sup> testig.<sup>s</sup> Ju.<sup>n</sup> de padilla y P.<sup>o</sup> Jo-  
 »seph Rodriguez de ello doy fee y lo firmé  
 »fch. utt Sup.<sup>a</sup> L.<sup>do</sup> Joseph Ant.<sup>o</sup> de Leon  
 »y Tirado.=

La partida copiada hállase original en el li-  
 bro VII de «Bautismos» al fólío cincuenta y uno.  
 Hé aquí ahora otros documentos.

En el libro manuscrito de «Cabildos celebra-  
 dos durante el año 1.774 en el Ayuntamiento  
 de esta ciudad», véanse dos actas en las que se  
 habla de Sánchez de Feria; la primera corres-  
 ponde á la sesión celebrada en 22 de Agosto y  
 es como sigue:

«En la ciudad de Cordova en la Sala y  
 »Casas de el Ayuntam.<sup>to</sup> de ella, Lunes  
 »p.<sup>r</sup> la mañana veinte y dos de Agosto de  
 »mil setez.<sup>tos</sup> setenta y quatro a.<sup>s</sup> se junta-  
 »ron á celebrar Cav.<sup>do</sup> los Cav.<sup>ros</sup> sig.<sup>tes</sup>  
 » S.<sup>or</sup> D.<sup>n</sup> Fran.<sup>co</sup> Carvajal y Mendoza  
 »Correg.<sup>or</sup> de esta ciu.<sup>d</sup>  
 »S.<sup>or</sup> D.<sup>n</sup> Rafael Zevallos  
 »S.<sup>or</sup> D.<sup>n</sup> Diego Velasco

»S.<sup>or</sup> D.<sup>on</sup> Luis Tovoso

»S.<sup>or</sup> D.<sup>on</sup> Diego Montesinos.

» Dijo la Misa el P. Capp.<sup>n</sup> de la Ciudad.

»Leyóse el Cav.<sup>do</sup> antez.<sup>te</sup> de cuyo conte-  
»nido la ciudad expresó quedar enterada.

»En este Cavildo se vió un Memorial cuyo  
»tenor y relación de los instrum.<sup>tos</sup> que le  
»acompañan es el sig.<sup>te</sup>

»Exmo. S.<sup>or</sup>: D.<sup>n</sup> Bartholomé Sanches de Feria,  
»natural y vezino de esta ciudad ante V. E.  
»con el mayor respeto de mi veneración:  
»Digo q.<sup>e</sup> como consta y parece de las fees  
»de Baptismos y Matrimonios que con la  
»devida solemnidad presento soy hijo lexi-  
»timo de D.<sup>n</sup> Bartholomé Sanches de Feria  
»y de D.<sup>a</sup> Juana de Morales y Zepeda,  
»Nieto de D.<sup>n</sup> Thomás Sanches de Feria y  
»de D.<sup>a</sup> Marina de Yuste y segundo nieto  
»de Bartholomé Sanches de Feria Meri-  
»no y de D.<sup>a</sup> Fran.<sup>ca</sup> Panadera, el que co-  
»mo aparece de él testimonio q.<sup>e</sup> con la  
»misma solemnidad presento estubo empa-  
»dronado por hijo dalgo en la Ciudad de  
»Montilla y como á tal se le conserbaron  
»los fueros y preheminiencias que á los de-  
»más de dho. estado y en su consecuencia  
»se le incluyó en las suertes y se le anotó

»por noble desde el año de mil seiscientos  
 »setenta y dos, y hasta el de setezientos  
 »dos inclusive, continuándolo en los gozes  
 »de los demás sus Ascendientes. En cuya  
 »virtud y atendiendo á los Privilegios y  
 »Regalías y Executorias concedidas á esta  
 »nobilísima Ciudad=Supp.<sup>co</sup> á V. E. se  
 »sirva usando de dhos. Privilejios y Pro-  
 »visiones Acordar se me empadrone por  
 »hijodalgo y que como á tal los S.<sup>es</sup> Jura-  
 »dos de la Collación de Omnium Sactorum  
 »donde de presente vivo y los otros de las  
 »demás donde en adelante tuviere mi Do-  
 »micilio me incluyan en las suertes de mi-  
 »tad oficios por dho. estado conserbando-  
 »me las demás honras, franquezas y Rega-  
 »lías que son de constumbre guardar á los  
 »hijosdalgo de esta Ciudad y que quedando  
 »Copia de los instrumentos presentados se  
 »me debuelban los originales con testimo-  
 »nio del Acuerdo de V. E. para guarda de  
 »mi dro. en que receviré merced y Justi-  
 »cia etc.=Exmo. Señor=Bartholomé San-  
 »ches de Feria—

Con esta solicitud presentó Feria varias cer-  
 tificaciones, en las cuales acreditábase su dere-  
 cho de nobleza.

- » Entró el S.<sup>r</sup> Jurado D.<sup>n</sup> Juan Ruiz Ara-  
 » gones.  
 » La Ciudad en vista del pedim.<sup>to</sup> q.<sup>e</sup> ante-  
 » cede y Documentos q.<sup>e</sup> le acompañan;  
 » Acordó nombrar como con efecto nombró  
 » p.<sup>r</sup> Dip.<sup>dos</sup> á los S.<sup>es</sup> D.<sup>n</sup> Rafael María de  
 » Villazeballos y D.<sup>n</sup> Luis Tovoso y Serra-  
 » no veintiq.<sup>tros</sup> y á el S.<sup>r</sup> Jurado D.<sup>n</sup> Juan  
 » Ruiz Aragones p.<sup>a</sup> q.<sup>e</sup> reconoscan é ins-  
 » peccionen dhos. Docume.<sup>tos</sup> é informen á  
 » esta Ciudad los q.<sup>e</sup> aceptaron dha. Comi-  
 » sión y juraron de usar de ella bien y  
 » fielm.<sup>te</sup> = Y en este estado se concluyó este  
 » Cav.<sup>do</sup> á que fuí pres.<sup>te</sup> y de q.<sup>e</sup> doy fee =  
 » Fran.<sup>co</sup> Carvajal | Raphael María  
 » Mendoza | De Villa Zevallos =  
 » Fran.<sup>co</sup> Molina y Verlanga  
 » E.<sup>o</sup> pu.<sup>co</sup> y ma.<sup>or</sup> de Cav.<sup>do</sup> =

En el Cabildo siguiente celebrado en la ma-  
 ñana del 26 de Agosto de 1.774.

- » Vióse un Informe cuyo tenor es el sig.<sup>te</sup>  
 « Excmo. S.<sup>or</sup> = Cumpliendo con la comisión q.<sup>e</sup>  
 » V. S. puso á mi cargo en Cav.<sup>do</sup> de veinte  
 » y dos del corr.<sup>te</sup> hemos visto y reconoci-  
 » do con particular atención los papeles y  
 » docum.<sup>tos</sup> pres.<sup>dos</sup> por D.<sup>n</sup> Bartolomé San-  
 » ches de Feria en solicitud de q.<sup>e</sup> se le ad-

»mita y continúe en el estado de Hijodalgo  
 »en q.<sup>o</sup> estuvo su segundo Abuelo D.<sup>n</sup>  
 »Barth.<sup>e</sup> Sanches de Feria Merino: los que  
 »hallamos corrientes y arreglados y en su  
 »virtud somos de sentir puede VE. usando  
 »de sus Privilegios, Provisiones y Execu-  
 »torias, Acordar se empadrona por Hijo-  
 »dalgo y q.<sup>o</sup> como á tal los S.<sup>es</sup> Jurados de  
 »la Collación de Omnium Sanctorum donde  
 »de pres.<sup>te</sup> vive y los otros de las demás  
 »donde en adelante tuviere su domicilio lo  
 »incluyan en las suertes de mitad de oficios  
 »p.<sup>r</sup> dho. estado; guardándole los fueros,  
 »preheminencias, regalías, franquezas, li-  
 »bertades é inmunidades q.<sup>o</sup> á los demás  
 »de esta ciu.<sup>d</sup> y todo sin perjuicio del Pa-  
 »trim.<sup>o</sup> R.<sup>1</sup> Que así es n.<sup>ro</sup> parecer: V. E.  
 »sobre todo acordará lo que con su notoria  
 »integridad y justificación tubiere por más  
 »conveniente y lo firmamos en Córdoba y  
 »Agosto veinte y cinco de mill setez.<sup>tos</sup> se-  
 »tenta y quatro a.<sup>5</sup> =»Rafael María de  
 »Villa Zeballos=Luis Tovoso y Serrano  
 »=Juan Ruiz Aragones y Camacho=

«La ciudad, en vista del informe que antecede,  
 »Acordó admitir á el estado de Hijodalgo  
 »á Dn. Bartolomé Sanches de Feria etc.»

Contrajo matrimonio en la parroquia de Omnium Sanctorum de esta ciudad con doña Rosa del Castillo y Pineda en 29 de Junio de 1.739 y de esta su mujer tuvo tres hijos: don Bartolomé, presbítero y Rector de la iglesia de San Miguel, en Córdoba; don José, que nació en Castro del Río y en la parroquia de la Asunción de este pueblo fué bautizado en 30 de Diciembre de 1.756, y Fray Francisco Sanchez de Feria y Castillo, natural también de Castro del Río. Este Fray Francisco fué el único hijo de D. Bartolomé que mostró aficiones literarias, y nos legó trabajos científicos no despreciables. Tomó el hábito de religioso en el Convento de Trinitarios Calzados de esta ciudad, y, entre otros honores, fué Calificador del *Santo Oficio* de la Inquisición, Examinador Sinodal de los Obispados de Córdoba, Jaén, Guadix y Astorga é Individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid.

Volvamos al padre.

## II

Estudió Humanidades y Teología en nuestro Colegio de San Pelagio, y fué condiscípulo del Licenciado D. José López de Baena, quien mostró también aficiones literarias y le profesó ver-

dadera amistad. Feria fué apasionadamente católico, grande amigo de clérigos, frecuentó mucho los Conventos de Trinitarios Calzados de Sevilla y Córdoba, y en su último libro hasta parece como que se arrepiente de no haber sido Sacerdote. Sí; habla de su amigo López de Baena, recordando los años que cursó con él en el Seminario, y con amargura: «¡Yo, infeliz (dice), deserté del camino!»

Estudió Medicina en la Universidad de Sevilla y graduóse en 1.743. Amante, ante todo, de la literatura, publicó no pocos volúmenes, con los cuales distinguióse notablemente en su época.

Dió á luz, en sus mocedades, una *Historia de la Virgen de Linares*, que por cierto está escrita en octavas, y un opúsculo acerca de los años del nacimiento y muerte de Jesucristo.

Dícese, frecuentemente, que un libro es un alma, porque en sus páginas se reflejan las tendencias de quien lo escribe, y á veces el autor mas objetivista nos ofrece en sus obras pormenores importantes para su historia. Sánchez de Feria, en algunas de sus producciones, nos revela noticias de su vida interesantes, y al fin con más conocimiento de causa que las que algún su colega pudiese revelarnos. Entre otras cosas, de que luego hablaré, nos dice que escri-

bió una *Disertación Histórica sobre Castro del Río* para enviarla á la Real Academia de la Historia de Madrid. Acaso fuese individuo correspondiente de tan noble instituto.

*Vida de la V. M. Juana de San Francisco y Conversaciones amigables en defensa del Dr. D. Gonzalo Antonio Serrano*, son obras de Sanchez de Feria que no han llegado á mis manos. A propósito del Dr. D. Gonzalo Antonio Serrano, diré que este afamado astrólogo fué maestro de Feria y que este (Feria) logró ser Catedrático de Matemáticas después de oír sus sábias lecciones.

Son también originales de D. Bartolomé, las siguientes obras:

*Compendio de la vida, virtudes y milagros del Apóstol del Perú San Francisco Solano*.—En Madrid en la imprenta de Miguel Escribano. Año 1.762.

*Manuale Medicum*.—En Córdoba en la imprenta de D. Juan Rodriguez. Año 1.769.

*Palestra Sagrada ó memorial de Santos de Córdoba*.—4 tomos. En Córdoba en la imprenta anteriormente citada. Año de 1.772 y

*Memorias sagradas de el Yermo de Córdoba*.—En Córdoba, en la misma imprenta citada. Año de 1.782.

Cada ejemplar de la *Vida de San Fran-*

*cisco Solano* vendíase á ciento ochenta y tres maravedís, según la tasación del Consejo de S. M.

En el prólogo de la obra á que me refiero, dice Sanchez de Feria que «es gran dolor ver las vidas de algunos Santos, abultadas con multitud de acaecimientos mal calificados, que han dado motivo á algunos herejes á despreciar cuanto sobre este particular miran escrito.» Encabeza cada capítulo con algún versículo de la Sagrada Escritura, y relaciónalo con el asunto de que va tratando; las vidas de Santos no gustan en nuestros días. Yo no afirmaré que esta, de San Francisco Solano, agrade; más no tiene abundancia de nimiedades ni la pesadez fatigosa de otras de su época. La vida del Reverendo P. Fray Juan Vazquez (por ejemplo), publicada por Fray Gabriel Ordoñez en 1.774, se cae de las manos.

Al fin de la *Vida de San Francisco Solano* dirige su autor á D. Pedro Leonardo de Villaceballos una interesante carta sobre la antigüedad de la ciudad de Montilla. Feria mantuvo correspondencia literaria con este D. Pedro de Villaceballos, notable y afamado por su amor á las antigüedades y por las innumerables piedras históricas que logró reunir; también tuvo correspondencia con el célebre maestro

Enrique Florez y este ilustre varón, gloria de España, le ensalzó mucho en sus cartas.

El *Manuale medicum* hállase escrito en lengua latina, como su título indica, y no está por consiguiente al alcance de quienes, como yo, en edad más dada á juegos que á libros, dejáronse de traducir fragmentos de Cicerón. Mas según Hernández Morejón, historiador de la medicina española, dice Feria, entre otras cosas, refiriéndose á Hoffman, «que la inflamación del estómago era frecuentísima y peligrosa por la multitud de vasos sanguíneos y nervios que entran en la composición de sus membranas y que todos los que morían á consecuencia de calenturas patequiales, malignas, ardientes y disentéricas morían por la inflamación del estómago.» Feria, considerado como médico, siguió las doctrinas de Federico Hoffman, y citálo frecuentemente hasta en la citada *Vida de San Francisco*.

Ninguna obra de Feria paréceme tan notable como la *Palestra sagrada*; escribió mucha parte de ella en Castro del Río, donde vivió veintiseis años de médico titular, y luego fué publicada en Córdoba en 1.772; en ella resaltan más sus estudios históricos, su erudición, su despejada inteligencia y su estremada pasión por Córdoba.

Muéstrase en la *Palestra*, secuaz constante de San Eulogio, y cita y comenta' pareceres de Martín de Roa, de Ambrosio de Morales y del maestro Florez. Magistral y digno de especial loa es el estudio que hace de esta ciudad durante el tiempo de la dominación romana.

Profundo amador de la verdad histórica, ataca con duras frases á los autores de cronicones falsos y cimenta sus pareceres escudriñando vestigios y citando textos.

Puede decirse que es rara la página donde no nombra tres veces á Córdoba. Fué uno de los hombres mas amadores de su país.

Feria, ferviente católico y hombre generoso, donó su citada *Palestra* á la parroquia de San Pedro, para que con el dinero que produjese se ayudase á costear un relicario de plata con viriles para los huesos de los Santos Mártires, y debió imprimir crecido número de ejemplares. Sí, yo he visto muchos apesar de no haberse hecho nueva edición y contar más de un siglo de existencia. En la sacristía de la iglesia de San Pedro han adquirido la obra no pocos curiosos, al ínfimo precio de cinco pesetas. Los originales manuscritos de la *Palestra* consérvanse en el Archivo del Cabildo eclesiástico.

El estilo de Feria es sencillo; á veces, de puro sencillo, peca de descuidado y vulgar.

En las *Memorias de el Yermo de Córdoba* y también en la *Vida de San Francisco Solano* dice Feria que está emparentado con este santo «apóstol del Perú.» Dicese que al morir Sanchez de Feria dejó inéditos dos opúsculos nominados *Córdoba, antigua metrópoli civil y eclesiástica de la Bética*, y *Voz del cielo*.

El escritor de quien hago mérito fué, en nuestra amada Córdoba, Médico de Cámara de los ilustrísimos señores D. Martín de Bárcia y don Francisco Garrido de la Vega, Obispos de esta ciudad; Médico del Hospital del Cardenal; Individuo de la Real Academia médica de Madrid, y Oficial titular de la Inquisición. Distinguióse notablemente con la publicación de sus libros, y redactó, á instancias de sus admiradores, el epitafio latino que ostenta la lápida mortuoria del Obispo Bárcia, colocada en el pavimento de nuestra Mezquita junto á las verjas del Coro. Este epitafio ha sido copiado en alguna que otra ocasión; en el apéndice á la obra del concienzudo Gómez Bravo, nominada *Catálogo de los Obispos de Córdoba*, hállase reproducido aunque no se nombra á Sanchez de Feria.

En 9 de Agosto de 1.771 D. Rafael Villacaballos propuso que al benemérito escritor de

quien hablo se encargase la continuación de la *Historia de Córdoba*, que dejó comenzada el Padre Ruano; pero en 14 del mismo mes el señor Marqués de la Puebla dijo al Cabildo municipal que debiera encomendarse tan importante trabajo á D. José Vazquez Venegas, y alegó que este conservaba datos curiosísimos y facilitó muchos al dicho Ruano. El cabildo, entonces, atendió la proposición del Marqués de la Puebla y no favoreció á Sanchez de Feria.

### III

Fuera conveniente conocer la casa y calle donde nació el distinguido cordobés, tantas veces nombrado; mas no he podido averiguarlo, aunque espero que no han de faltar eruditos que las señalen. En las *Memorias de el Yermo* consigna el mismo Feria que nació en casa propia de los Capellanes y siervos de la Fuensanta, y que esta casa hallábase edificada en las cercanías del Santuario.

Puesto que no fué bautizado en la parroquia de Santiago, puédesse asegurar que no habitó tan cerca de la Fuensanta como parece decir, aunque tampoco viviese lejos.

No existe padrón del barrio de la Magdalena, correspondiente al año de 1.719, en que nació Feria; y los que se conservan, que más se le aproximan, son los padrones del año 1.718 y 1.729. He repasado minuciosamente ambos y en ninguno de ellos figuran sus padres. En padrones posteriores de expresada collación he hallado algún Bartolomé Sanchez; mas sin que le convengan las noticias que del padre de Feria conocemos.

Únicamente sabemos de cierto que Feria vivió en la calle de Campanas, en la casa principal señalada con el número 4.

Murió D. Bartolomé cuando contaba sesenta y tres años de existencia y fué sepultado en la iglesia de San Pedro, de esta ciudad, ante la urna de los Santos Mártires. Hállase en lengua latina la inscripción de la losa que cubre sus restos, y en más de una ocasión ha sido copiada literalmente en libros curiosos.

Yo me complazco en transcribir una selecta versión castellana de dicho epitafio, hecha por el concienzudo literato cordobés Borja Pavón; no ha sido publicada y es como sigue:

Don Bartolomé Sanchez de Feria y Morales,  
 que harto conocido de sabios é ignorantes,  
 solo no lo era de sí mismo:  
 que para gloria de Dios y de sus Santos  
 se afaná sobremanera:  
 que junto á los sagrados huesos de los mismos  
 encargó que los propios suyos fuesen sepultados  
 anhelando quedar así hasta la resurrección;  
 que compuso, en fin, entre otras altas obras  
 la erudita que se titula

**PALESTRA SAGRADA**

Memorial de Santos cordobeses,  
 yace aquí, clamando por un sufragio.  
 Sus hijos agradecidos, honrando al padre  
 y maestro, fallecido en 1.º de Dicbre. de 1.783,  
 le pusieron esta losa.

Réstame decir, para acabar este superficial é insignificante trabajo, que en Córdoba nada se ha hecho en memoria suya. Y esto es más triste, al considerar que están de moda los honores póstumos, y que, ¿por qué no decirlo? son merecedores de burla los nombres de ciertas calles. En cambio, ¿existe alguna plaza ó calleja que ostente el rótulo de *Sanchez Feria*? ¿Existe alguna con el nombre de *Martin de Roa*? ¿Existe...? ¡Mas para qué proseguir!

• • • • •  
 ¡Gloria al historiador cordobés, modelo de patriotas «que harto conocido de sabios é ignorantes solo no lo fué de sí mismo!»

¡El anheló únicamente dormir en paz en el seno de Dios...!

Córdoba, Febrero de 1896.

## LOS CAZADORES EN LA VENTA

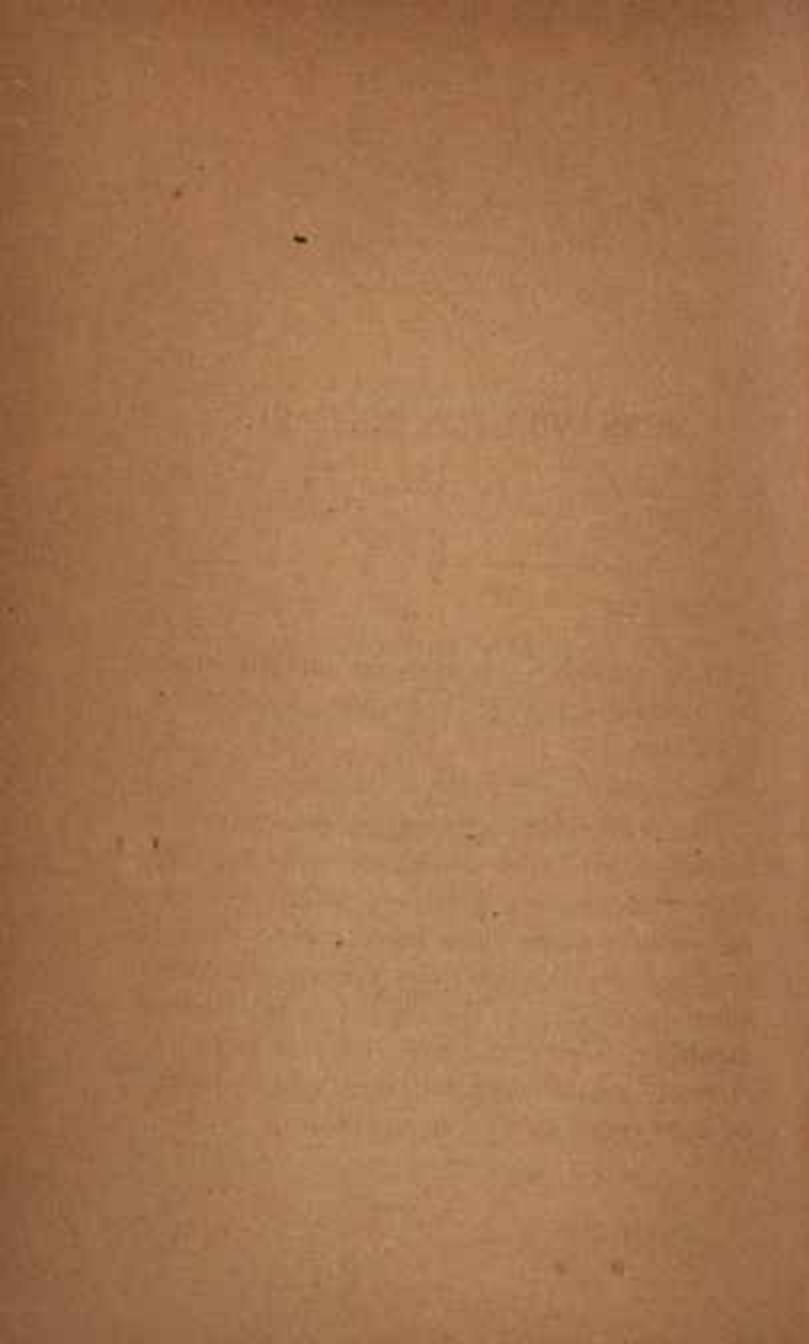
---

Incendia el sol los trigos de la vega,  
y ladran jadeantes los lebreles  
acosando por áridos verjeles  
al voraz jabalí que al fin se entrega.

Los cazadores, tras la ruda brega,  
llevan la rés por bosques de laureles  
á celebrar la caza entre toneles  
de ráncio vino en clásica bodega.

Llegan al ventorrillo y de un pellejo  
beben dorado néctar montillano,  
lleno de fuerza y luz, porque es añejo.

Y un gañán dice de cabello cano:  
—El vino vale más mientras mas viejo,  
¡y el hombre menos mientras mas anciano!



## PENSAMIENTOS VULGARES

---

Los grandes inventos de maquinaria suelen ser grandes inventos para hundir hombres en la miseria.

\*  
\* \*

En la sociedad aristocrática, especialmente, insulta un hombre á otro hombre y se desafían; elijen padrinos y á presencia de estos chocan sus espadas hasta darse muerte uno á otro; y resulta á la postre que quien vence, quien hiere, quien queda vivo, se lleva la palma de caballero dignísimo. Según tales leyes, consiste la honra, el decoro y la nobleza del espíritu en la destreza de la mano y en saber esgrima.

\*  
\* \*

El hombre de talento, como hombre es un gusano; como hombre de talento es un gusano de luz y suele resplandecer en la sombra de la desgracia y de la pobreza.

\*  
\* \*

¿Por qué no abundan los hombres imparciales para juzgar los actos de los demás hombres?

—Porque los hombres no gustan de oír la verdad cuando á ellos se refiere y solo anhelan jueces para el prójimo.

Precisa para ser imparcial ser hosco, sério; sí; el hombre imparcial ha de ser hosco; si es galante no es imparcial, porque la galantería, en mi entender, es la adulación disimulada y hecha ley. Las reglas de urbanidad y cortesía liman lo tosco del hombre en su infancia y le hacen presentable; desde este punto de vista son importantísimas; pero ¿quién me negará que le falsifican su modo de ser con ventaja para la vista pública y con desventaja para la imparcialidad?

Dicen que «los niños y los locos hablan las verdades» y esto es cierto. Mas ¿por qué?

—Porque no guardan las fórmulas sociales que la urbanidad exige.

Para ser imparcial, precisa como dije, ser hosco y caracteres hoscos no satisfacen á la

vanidad humana. Esto lo confiesa el pueblo mismo sin darse cuenta, cuando censura á este ó aquel raro individuo, porque (son sus frases) tiene *cara de juez*.

Acaso porque, como dice el Evangelio, vemos una paja en el ojo ageno y no una viga en el propio, he dicho, en ocasiones, á literatos amigos de celebrar trabajos indignos de la lectura pública y sujetos merecedores de olvido:

—¿Por qué es Ud. tan espléndido que arroja flores á un muladar? ¿No comprende que infla de vanidad al ignorante á quien Ud. celebra y le convierte en un dios, á la vista del vulgo, sin merecerlo...?

Y me han dicho:

—Aseguro á Ud. que si yo fuese hombre de dinero fuera imparcial; habría de serlo si yo viviese de mis rentas; pero soy pobre y ¿cómo me indispongo con Juan Pérez que me favorece ó con Juan Gómez que es mi amigo? Ud. sabe que no existe enemigo pequeño y que, como dice la fábula, puede el ruín escarabajo vengarse del águila caudal.

Puede que tengan alguna razón los que tal piensan y practican; pero yo creo que es mas razonable el silencio.

Y no depende del oro la imparcialidad, como juzgan muchos. Se puede ser imparcial siendo muy pobre.

El rico, aparte de que puede arruinarse, adula también; porque no está todo en el dinero y sobre un hombre poderoso hay otro más poderoso.

Muchos críticos para ser imparciales sin conquistarse enemigos, hablan solamente de los hombres que ya murieron.

Yo creo que la imparcialidad está *en la masa de la sangre* como suele decirse y creo que influye mucho para practicarla la Religión. El cristiano fanático por las cosas divinas sueña con Dios y como no tiene apego á las cosas del mundo, nada le importa juzgarlas si halla ocasión propicia.

Ahora, en juzgar hombres á satisfacción de los doctos, está el buen gusto y la ilustración de quien juzga.

29 de Febrero de 1896.

## LA ESQUILA DEL CEMENTERIO

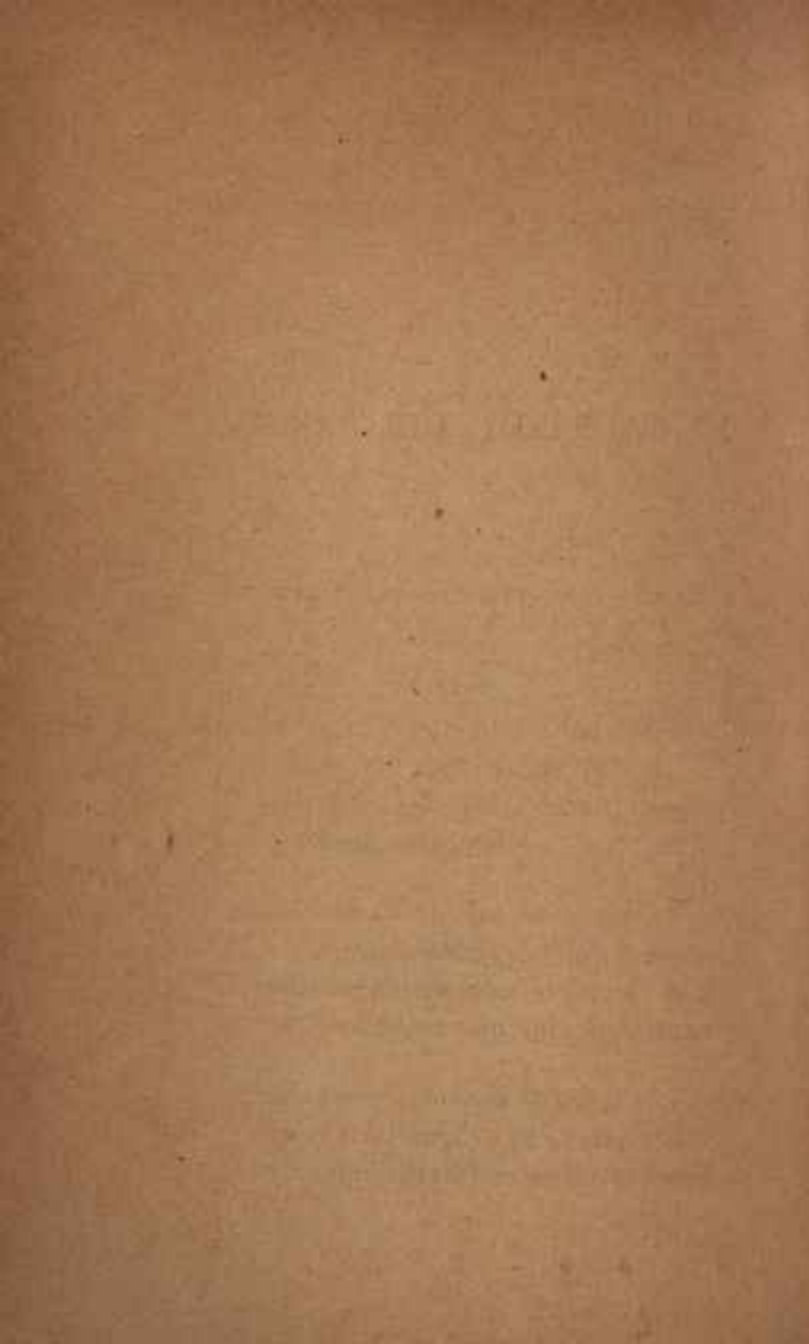
---

Entre cipreses luce el campanario  
con su esquila y mohosa cruz de hierro  
dominando la vega, el alto cerro  
y las losas, las cruces y el osario.

Dobla si escucha el canto funerario  
y vé la oscura masa del entierro  
que entre polvo, hácia el último destierro,  
bulle por el camino solitario.

Impasible á las fiestas, no voltea  
la esquila; por los muertos solo zumba  
y ahuyentando palomas cabecea.

Siempre su voz en mi ánimo retumba  
¡que ha de vibrar cuando mi cuerpo vea  
hundirse en el abismo de la tumba!



## EL BAUTISMO DEL PÁRVULO

---

EN EL ACTO DE SER BAUTIZADO MI PRIMER HIJO

Vibra en la iglesia el órgano sonoro;  
en la pila, cual mística barquilla,  
rica concha de plata flota y brilla  
al fulgor de las lámparas de oro.

En torno del infante forman coro  
mujeres con la clásica mantilla  
y el sacerdote, con unción sencilla,  
bautiza al niño *que se hallaba moro*.

Las luces de las velas una á una  
ven copiarse en el agua las doncellas  
como estrellas en fúlgida laguna.

Y la cara del párvulo entre ellas  
como el pálido disco de la luna  
destacando entre todas las estrellas.

Córdoba 6 de Septiembre de 1896.

## ¿USTED TAMBIEN?

---

(CARTA)

Excelente amigo:

¡Cómo pensar que Ud. *sacase versos de su cabeza*, nada menos quien, como yó, le conoció no hace mucho rasurando clérigos, perfumando calvas...! Verdad es que también halléle en la barbería leyendo, en sus horas de ócio, novelas de la biblioteca *Demi-monde* y con esto mostraba usted aficiones *literarias* no frecuentes en los de su oficio, más dados, ciertamente, á requebrar mozuclas y afilar navajas.

En mucho aprecio debe Ud. tener mis ramplones trabajos literarios, y por ello débole gracias, cuando me escoje para censor de los suyos

y corrector... honorario. Y pláceme contestar á Ud. ahora devolviéndole las composiciones sacadas de su mollera, porque juzgo que sentirá Ud. impaciencia por publicarlas, ya que este afán de exhibición es achaque propio de escritores novatos, apesar de que como Ud. sabrá no corre moneda por el Parnaso, y los literatos de oficio hállanse flacos como galgos y escualidos como el Licenciado Cabra, de Quedo. Yo, gracias á Dios, no escribo nada más que para distraerme y así no he perdido carnes. Pero, en fin, consuélase Ud. con que después de publicar algunas docenas de versos, obtendrá usted en vida alabanzas de sus amigos y colegas; y después de su muerte, ya que Ud. por desgracia no habrá de ser tan duradero como las piedras, rotularán alguna calle con el nombre de Ud.... ¡Claro está!

No es necesario que estudie Ud.; de todos modos, cuando haya dado pruebas de fecundidad y sea Ud. amigo íntimo de los redactores de periódicos, ¿no habrán de llamarle, en letras de molde, compañero distinguido, notable, etc.? Ya vé Ud., somos flacos de espíritu, é idéntico trabajo cuesta escribir *distinguido* que *cuadrúpedo*; igual número de sílabas tienen ambas palabras y daránle á Ud. el primer calificativo por *via de paz*.

Permítame Ud., amigo, antes de acabar esta carta, la siguiente pregunta extravagante y ruda al parecer, pero razonada y dirigida á usted sin ánimo de molestarle:—¿Es Ud. de génio retraído..., tiene Ud. buena crianza, vergüenza...? Si la tiene Ud. y no trata de desecharla prosiga Ud. rasurando clérigos, perfumando calvas, y apague sus ánsias de celebridad. Con escaso talento y sobrada vergüenza no conseguirá Ud. honores, bombos á toda orquesta, no presidirá Ud. asociaciones y ni se adquirirán las obras de Ud. á precio de oro para esta ó aquella biblioteca pública.

Favorecen á Ud. los tiempos que corren, y si Ud. sabe convertirse en cómico de la... *lengua* logrará Ud. una vida gloriosa y gloriosa muerte.

Aunque Ud. me ha elegido censor de sus versos, yo, dispéñseme, no quiero fallar porque nada sé y hallaría doctos que se burlasen de mi fallo; una señora que oyó recitar los versos de usted dijo que juzgaba de mas valor las escalolas y cardos silvestres; más no haga Ud. caso de esta opinión, porque al fin es opinión de mujer. Yo repito que favorecen á Ud. los tiempos que corren; hoy muere en nuestra querida Córdoba el Presidente de tal ó cual sociedad y... ¡á su memoria una calle! Muere cualquiera ri-

noceronte con dinero y no falta concejal adula-  
dor y servil que proponga, por respetos á la  
familia, que ¡á su nombre una calle! Y se coloca.  
Viene á visitarnos *el acaudalado propietario*  
Don Juan de la Pámpana... ¡Hijo adoptivo y á  
su nombre una calle! *Et sic de cæteris*. Puede  
que al andar del tiempo derriben las piquetas  
tales rótulos; pero mientras... En fin, no se  
desanime Ud. y escriba; que «hoy (el eminente  
Valera lo ha dicho) todo se publica».

14 de Marzo de 1896.

## EL ESCAPARATE DE QUINCALLA

---

Fulguran al través de los cristales  
del muestrario, brillantes baratijas;  
policromas y artísticas vasijas,  
dijes con falsas perlas y corales.

Aureas cadenas de *doublé*, dedales,  
brazaletes, peinetas y sortijas,  
guitarros con inmóviles clavijas  
y zarcillos de fúlgidos metales.

A los rayos del sol, de rica plata  
parece cualquier vaso de hojalata;  
la quincalla se vende á escaso precio.

¡Cuántas veces ¡oh, humanas apariencias!  
aunque suelen brillar, son las conciencias  
baratijas que compra cualquier necio!

Mayo de 1895.



## LA LLUVIA DE GRANIZOS

---

Cae la lluvia monótona á torrentes;  
la nieve que las cúpulas blanquea  
deshaciéndose en lágrimas gotea;  
quíebrase el duro hielo de las fuentes.

La niebla envuelve torres eminentes;  
y el humo azul en el espacio ondea  
saliendo de la blanca chimenea  
al trocarse en carbón palos ardientes.

Cruzas el ancho pátio en raudo vuelo  
acariciando al niño que amamantas  
y los granizos botan en el suelo.

¡Paloma de mi hogar! Cómo me encantas  
con tu virtud; paréceme que el cielo  
te echa lluvia de perlas á las plantas.

Diciembre de 1896.



# ESBOZO DE LA GLORIA MÍSTICA

## Y DE LA GLORIA MUNDANA

---

### I

Jornaleros asalariados llama el piadoso Kempis á los que adoran á Dios, mas que por amor verdadero, por el miedo de perderse y de sufrir el eterno castigo. Y añade el autor de la *Imitación de Cristo* estas palabras:

«¡Oh, cuán poderoso es el amor puro de Jesús sin mezcla de amor propio y de comodidad!—¿No son mas bien amadores de sí mismos que de Cristo los que continuamente están pensando en su provecho y ganancia?»

Según los libros sagrados, el hombre debe amar á Dios porque es Dios, porque creó la

tierra de un soplo, y de un soplo puede deshacerla, porque *fiat lux!* dijo, y la luz resplandeció y, hasta en las sombras fulguraron entonces luminosas estrellas, porque desató los vientos, hizo volar las aves, nadar los peces, y luego, al andar de los siglos, hecho hombre, vino á habitar con los hombres para dar ejemplos de justicia, de honradez, de caridad, y escarnecido de las turbas, escupido, flagelado, quiso morir en el Calvario como la más humilde y despreciada de las criaturas.

Sí; el hombre debe amar á Dios, según los libros religiosos, como le amaron muchos santos, como le amaba Teresa de Jesús, cuando decía

«Dadme infierno ó dadme cielo  
¿qué mandais hacer de mí?»

y San Francisco Javier en aquel célebre soneto que principia

«No me mueve, Señor, para quererte  
el cielo que me tienes prometido  
ni me mueve el infierno tan temido  
para dejar por eso de ofenderte.»

y termina

«Aunque no hubiera cielo yo te amara  
y aunque no hubiese infierno te temiera.»

Así, esa es la senda por donde nos lleva la Religión para amar á Jesús, y ciertamente es

sublime. Pero, no suele el hombre católico ser tan sublime como ciertos excepcionales apóstoles del Cristianismo. La gloria, la gloria prometida después de esta vida de miserias y el miedo á los castigos eternos con que se les anatematiza si delinquen, es el acicate que les conduce hacia Dios; por la esperanza de hallar la gloria espiritual, se azotan rudamente los ermitaños en el fondo de sus cuevas, se duermen en un camastro, ayunan, enflaquecen y

«por los ojos que finge  
la calavera  
ven el mundo y su vana  
pompa altanera.»

que ha dicho Grilo.

Por la gloria mística se estasian las almas piadosas en la contemplación de las cosas divinas y sufren, resignadas, las mundanas flaquezas y amarguras.

Si fuera posible borrar de los cerebros la idea de que Dios premia á los buenos y castiga á los malos; si posible fuera borrar la idea de que existe gloria, ¿no juzgais, lectores, que, entonces, el ermitaño tiraría sus cilicios, dejaría la cueva y pasaría la vida cuanto mejor pudiera? ¿No juzgais, conmigo, que los místicos tornaríanse en escépticos y pocos, muy pocos,

acordarianse de Dios? Yo así lo creo. En el amor de Dios entra en mucha parte el amor á la gloria por él prometida, entra, sin pensar, el egoismo humano; por miedo arrepíentense de corazón, en la hora de la muerte, católicos reacios. Mas no, por esto, debe de ser á los ojos de Dios desatendido, quien le acata, aunque le acate por amor á su gloria. La naturaleza es flaca, y ¿qué culpa tiene el hombre de no hallarse dotado de dotes tan perfectas como las que se destacaron en Teresa de Jesús, por ejemplo?

La idea de la gloria celestial es un consuelo, aquí, en la tierra, para los que sufren privaciones, para los que lloran, para todos los mártires, la gloria más digna de ser amada.

Y esa gloria tiene que existir, tiene que existir porque la justicia es pisoteada en la tierra, y en la tierra vemos levantarse con brios de águilas, avasallando al mérito, las miserias mas dignas de la escoria, y las violetas de la virtud ocultas entre hierbas, y los corales de la honra en el fondo de ese mar de hombres men- guados.

Ahora, según la Religión Católica, del mismo modo que es imposible servir bien á dos señores, quien busca la gloria divina no debe buscar la gloria humana; Kempis, y cito tantas

veces á Kempis porque es uno de mis autores favoritos, dice que,

«el que desea la verdadera y eterna gloria, no hace el menor caso de la gloria temporal.»  
«Y el que busca la gloria temporal ó no la desprecia de corazón dá muestras de que no ama la celestial.»

¿Cómo entonces han existido séres privilegiados que gozan de ambas glorias, de la gloria espiritual y de la terrena? Santo Tomás de Aquino, entre muchos que citar fuera fácil, goza aún como filósofo de la fama terrena, y por su vida ejemplar asegurarse puede que habita con Dios.

¡Ah! sí; es compatible una gloria con otra; lo que aconsejan los Padres de la Iglesia es que no se busque la gloria temporal; si por nuestras dotes de inspiración espontánea, por nuestras hazañas ó nuestras virtudes la logramos, en hora buena; pero sin que la busquemos; porque sucede que, cuando la gloria es buscada por nosotros, nos hinchamos de vanidad con los aplausos, nos creemos superiores á los demás hombres y olvidamos, en ocasiones, la verdadera sabiduría que consiste en ser honrados y conservar limpio el espíritu.

Yo he conocido, vaya un ejemplo, yo he conocido hombres buenos, modestos, amigos de

todo el mundo, que eran dignos de ser excelentes caballeros; después consiguieron ser nombrados Caballeros de reales órdenes, y por títulos tan vulgares se hincharon de soberbia y, sencillamente, dejaron de serlo en realidad; es decir, que cuando no eran Caballeros por obra y gracia de un título lo eran por sus acciones, y después que lo fueron por obra y gracia de un título dejaron de serlo por sus acciones.

¡Feliz quien goce de la gloria divina, aunque pase como ciego por la tierra sin ver esos rayos de glorias terrenas que son efímeras, brillan en las sombras como *fuegos fátuos* y como *fuegos fátuos* se apagan por intervalos!

## II

Una de las más grandes flaquezas del hombre es la vanidad; si, señores; el hombre es vano y egoísta; el hombre más escéptico gusta de ser ensalzado y el más severo ríndese á las alabanzas y á la vanagloria. ¿Y qué es la gloria humana? Suele ser como la belleza física de las mujeres; vive, se celebra y con los años ó á la más leve enfermedad se vá. No así parece la gloria mística; la gloria prometida á los justos

es como la belleza moral de la mujer; podrá envejecer el cuerpo, pero las buenas cualidades del espíritu difícilmente se alejan, la belleza moral vive.

En cambio la gloria conquistada en la tierra por los hombres fácilmente se olvida. Sirva para ejemplo la memoria del malogrado español Isaac Peral; este ilustre marino, no há mucho tiempo, paseó en triunfo populosas capitales, y aquí mismo, en nuestra querida Córdoba, le admiramos entre el aplauso estrepitoso de las muchedumbres, como á un dios de la ciencia, entre las sonoras cadencias de la música y las banderas triunfales, aclamado con delirio. Al poco tiempo se hunde y muere casi tan oscuro como antes de iniciar su invento.

No quiero decir con esto que no existe la gloria eterna y humana. Sí, existe; diariamente recordamos nombres de preclaros varones que vivieron en los tiempos más remotos. Lo que afirmo, lectores, es que, á veces, hombres meritísimos de alabanza constante, perecen olvidados, y si en vida gozaron de gloria, esa gloria no volvió á renacer.

Sucede que como el hombre, según dije, es egoísta, cuando se halla en la cumbre de la fama se juzga eterno y afirma que no existen génius desconocidos, que el mérito se abre paso y no

falta quien busque y levante las violetas de la grama.

No, no falta quien busque las violetas del mérito, pero ¡cuántas de ellas sécanse ocultas! La suerte influye mucho en el engrandecimiento de los hombres y la desgracia esconde nombres dignos de incesantes láuros.

Los hombres, que son los que tributan los honores de la gloria humana, son hombres y, como tales, están expuestos á empequeñecerse y dejarse halagar por los favores, á rendirse á las riquezas y á los compromisos sociales y á equivocarse.

Existen artistas mediocres y hasta hombres notables que adoran la gloria con apasionamiento, que la prefieren á los goces tranquilos del hogar y que antes que olvidarla olvidan á sus mismas madres. ¡Tanto ofusca la vanidad!

Sin embargo, el amor á la gloria mundana lleva en sí grandes ventajas y, con más ó menos disimulación, ¿quién no la adora? ¿Quién, alguna vez, no ha sentido ánsias de renombre? Páreceme que lleva en sí grandes ventajas, porque estimula al trabajo, y por la gloria, hánse escrito libros magníficos, por la gloria hánse esculpido estátuas olímpicas, se han pintado cuadros hermosos, se han compuesto dulcísimas melodías, se han ganado batallas, se ha logrado mucho.

Si no existiese la gloria humana, no todos los grandes hombres fueran tan grandes que trabajaran por el florecimiento de las ciencias, de las letras y de las armas.

Enero de 1896.



# EL ANGEL DEL PUENTE

DE CÓRDOBA

---

Sobre el puente secular  
del ancho río, descuella  
como un águila ante el mar  
la efigie dorada y bella  
del *Arcángel Tutelar...*

Cuando al alba en dulces bromas  
van pastores y zagalas  
hácia las lejanas lomas...,  
rozándole con sus alas  
le arrullan blancas palomas.

En las siestas, su reflejo  
se vé como en claro espejo  
en las aguas cristalinas;  
y en vez del torpe vencejo  
le cantan las golondrinas.

Música le dan las olas  
y el Angel hace que en ellas  
se sumerjan las centellas;  
en las noches dos farolas  
á sus piés fingen estrellas.

Domina el espacio inmenso;  
se envuelve en el polvo denso  
que alzan las carretas viejas  
y los rebaños de ovejas  
cual vagas nubes de incienso.

Oye cantar la cigarra  
en los trigos y almiares;  
y oye amorosos cantares  
al compás de la guitarra  
en los verdes melonares.

Vé del río en las orillas  
á los pobres pescadores  
con cañas, ó en las barquillas  
tendiendo redes sencillas  
cazar peces de colores.

Vé los ruinosos molinos  
entre el agua cristalina,  
y las récuas de pollinos  
con blancos sacos de harina  
vagando por los caminos.

Vé los mozos y doncellas  
que al fulgor de las estrellas  
en la barca van cantando;  
y las refulgentes huellas  
de los remos golpeando.

Domina la inmensidad...  
El es el Angel que vela  
por nuestra amada ciudad;  
del náufrago centinela  
y faro en la tempestad.

Se encrespa el turbio oleaje  
y arrastra un verde ramaje  
sin poderlo sumergir.

. . . . .  
¡Aunque la envidia le ultraje  
el génio no se ha de hundir!



## LAMENTACIONES

(EN UNA EPIDEMIA)

El aire infestado de la epidemia originaria del Ganges ha venido á nuestro pueblo y á su soplo has caido enferma. Por las calles y plazas rechina el *carro de los muertos* al peso de infinitos cadáveres. Has caido enferma y hasta el cielo te desampara.

¡Gran Dios! ¿En donde está esa Virgen, *salud de los enfermos, consuelo de los afligidos*? Dicen que el hombre no llora, y yo que soy hombre, tengo ya secos los ojos como Mónica, la madre del santo Obispo de las *Confesiones*.

Paso las noches en vela, en el lecho la fiebre me revuelca y me aturde, fosforecen las es-

trellas en los empañados vídrios de mi ventana y me parecen pupilas de facinerosos que me acechan y me miran perennes; me oprimo los párpados y veo visiones de tísico, cuadros lúgubres como los de Valdés en la Caridad de Sevilla; oigo rumor de salmos, abro la reja y no logro ver la estrella de la mañana.

\*  
\* \*

¡Ya estás mejor, amada mía, paloma mía, juventud enferma, primavera de la vida sin flores...! ¿Qué te han hecho? Esa cara tosca no es tu cara blanca; tu cara era una rosa y está marchita; esos cabellos lácios no son tus cabellos abundantes y sedosos que te cubrían como un manto si los dejabas flotantes. *¡He visto al malvado alzarse tan alto como los cedros del Líbano,* y á tí, que eres modelo de virtud, hundida! ¿Qué es esto? ¡Oh, si la tormenta retumba sobre el mar, y el cielo arroja á las ondas torrentes de agua, las olas del mar, rugiendo, se alzan en montañas á escupirle también! El hombre, señor de la tierra, no puede vengarse como la ola.

¡Ah, si yo fuese la ola! Paloma de mi vida, si yo fuese la ola me abalanzaría hasta el cielo aunque cayese desplomado como la Babel olímpica de los soberbios.

\*  
\* \*

¡Paloma mensajera de mis antiguas glorias que aleteabas y me arrullabas en los hierros de la reja verde, jaula de amores! Tú eras mi virgen; tu calleja solitaria y estrecha semejaba un claústro donde yo paseaba como un monje, en las noches de luna, envuelto entre los pliegues de mi capa; tu reja, un altar; los faroles de la calle, lámparas encendidas para tí.

\*  
\* \*

La última noche que me arrullaste en la reja, el cielo estaba oscuro; los granizos botaban en los cristales y me parecieron perlas que el mismo cielo te echaba á las plantas; la lluvia repicaba en las tejas y el arroyo saltando turbulento bajaba la cuesta de tu calleja, camino del río, como nosotros camino de la muerte; no te destacabas en la sombra, pero á veces la ola de luz del relámpago pasando por detrás de tu cabeza parecía decirme:—Soy llama del cielo y esclarezco la cara de esta mujer para que la veas.—Después tronaba la tormenta y parecíame oír estas palabras:—Soy la voz del cielo; fíjate, que ahora vendrá el relámpago para que á su resplandor admires á la mujer amada.

\*  
\* \*

¡Cuánto he padecido, amada mía! Ya te juzgaba muerta, y no en un féretro blanco, galo-

neado de plata, no ataviada de gasas, salpicada de rosas, de azahares y de miramelindos, coronada con diadema brilladora de hojas de oropel y papel de plata, no; te juzgaba víctima del contagio, pero ni siquiera vestida de blanco como las doncellas; no tendrías ni cámara mortuoria donde la llama fosforescente de los cirios llorimiquease gotas de cera pajicienta, lágrimas de cera que resbalasen por los torneados candelabros de madera despintada; no anhelarían verte gallardas jóvenes y mozos apuestos; detrás de tu féretro, por los caminos arenosos del Cementerio, te seguirían, en vez de hombres, remolinos de hojas secas al empuje del viento.

Pero... ya puedes volar, paloma mía; ya cesó la epidemia y ha de regenerarse tu salud perdida. Vámonos al campo para gozar de la descansada vida que hizo célebre el agustino León. ¡Ya estás salvada, ya puedo cantar! Oye mi canto:

¡Compañera mía,  
eterna paloma  
del hogar en el nido escondida!  
Vámonos al campo  
y la verde oliva  
de la paz oleremos errantes  
por los bosques de broncas colinas.  
No has de ver mas llanto

que el que, acaso, finjan  
las rosas echando de sus blancos cálices  
gotas cristalinas;  
las gotas ó perlas que les dió el rocío  
de la noche en la calma infinita.  
Tendrás por espejo los lagos azules  
y reproducida  
has de ver en ellos tu cara de nieve  
como de la luna la esfera blanquísima.  
Serán nuestro sólio  
de los montes floridos las cimas;  
desde ellas verás horizontes  
claros como el día.  
Al bajar de esos montes floridos  
llevarás la frente radiante ceñida  
de rosas y dalias  
al paso cogidas  
como una doncella muerta para el mundo  
que tanto fastidia;  
muerta para el mundo lleno de pesares,  
para el campo viva.  
Vámonos al campo,  
compañera mía,  
eterna paloma  
del hogar en el nido escondida.



# ÍNDICE

Páginas

## PRÓLOGO DE SALVADOR RUEDA

Enrique Redel. . . . . VII

## AMAPOLAS

|                                |    |
|--------------------------------|----|
| El pátio cordobés. . . . .     | 3  |
| Arabesco. . . . .              | 7  |
| La sierra de Córdoba. . . . .  | 9  |
| ¡Odalisca....! . . . . .       | 11 |
| La reja y los amantes. . . . . | 13 |
| Madrigal. . . . .              | 15 |
| Seguidilla. . . . .            | 16 |
| Orgía. . . . .                 | 17 |
| En la siesta. . . . .          | 19 |
| La guitarra. . . . .           | 23 |
| El baño en el huerto. . . . .  | 25 |
| El pátio en la siesta. . . . . | 31 |
| Esbozo del pueblo. . . . .     | 33 |

## ENRIQUE REDEL

---

Páginas

### AL AIRE LIBRE

|   |    |
|---|----|
| Declaración de fe. . . . .                  | 39 |
| El escaparate de libros.. . . .             | 41 |
| El faro del trabajo. . . , . . . . .        | 43 |
| El carruaje de un déspota. . . . .          | 45 |
| Autógrafo en el estudio de un poeta.. . . . | 47 |
| En el campamento. . . . .                   | 49 |
| La vendedora de globos. . . . .             | 51 |
| Coplas. . . . .                             | 53 |
| El cañón de la honra. . . . .               | 57 |

### ALGO DE LETRAS

|  |     |
|--|-----|
| La carrera del Arte. . . . .   | 63  |
| La prensa y los periodistas. . . . .   | 69  |
| Contra los artistas estravagantes.. . . .                                    | 77  |
| Semblanza de los escritores envidiosos.. . . .                               | 81  |
| Rasgo sobre la crítica literaria. . . . .                                    | 85  |
| Consideraciones acerca de la Poesía moderna. .                               | 89  |
| Más sobre la prensa.. . . . .  | 97  |
| El egoismo de los hombres de fama en las<br>Letras. . . . .                  | 101 |
| Los cantares del pueblo. . . . .   | 105 |
| Anatemas contra los plagiarios y observaciones<br>acerca del plagio. . . . . | 109 |
| Esbozo sobre las apreciaciones artisticas del<br>público.. . . . .           | 119 |

## ÍNDICE

|  | <u>Páginas</u> |
|--|----------------|
| La grandilocuencia y la rimbombancia. . . . .        | 123            |
| Algo referente á la gloria de los literatos. . . . . | 127            |
| Dos palabras acerca de los libros. . . . .           | 133            |
| Los eruditos de á ochavo. . . . .                    | 137            |
| La originalidad y la extravagancia. . . . .          | 143            |
| Pequeñeces... y conclusión.. . . . .                 | 147            |

### PREDICAR EN DESIERTO

|                                      |     |
|--------------------------------------|-----|
| Sinfonía. . . . .                    | 155 |
| El crítico de café. . . . .          | 159 |
| La carreta de la columna. . . . .    | 163 |
| Elegía. . . . .                      | 169 |
| El mediodía en la sierra. . . . .    | 173 |
| La limpieza de armas. . . . .        | 177 |
| El Judas de paja.. . . . .           | 181 |
| La plática en el templo.. . . . .    | 183 |
| La sección de caballería. . . . .    | 187 |
| La plegaria en la tempestad. . . . . | 191 |

### DONDE MENOS SE PIENSA....

|                                   |     |
|-----------------------------------|-----|
| Donde menos se piensa.... . . . . | 203 |
|-----------------------------------|-----|

### TURBAS Y ESPECTÁCULOS

|                                 |     |
|---------------------------------|-----|
| Prólogo.. . . . .               | 277 |
| La domadora de leones.. . . . . | 279 |
| La Mezquita cordobesa.. . . . . | 283 |

ENRIQUE REDEL

|   | Páginas |
|---|---------|
| El Spoliarium. . . . .                                    | 293     |
| Los caballos de madera.. . . .                            | 295     |
| La dama de los gemelos. . . . .                           | 299     |
| La canción de la juventud.. . . .                         | 301     |
| El rancho en las Ermitas de la sierra de Córdoba. . . . . | 307     |
| Noche borrascosa. . . . .                                 | 317     |
| El clérigo de la aldea. . . . .                           | 319     |
| El expósito. . . . .                                      | 323     |
| El retablo de la calleja.. . . .                          | 327     |
| Los carros del molino. . . . .                            | 329     |
| Suspirillos germánicos. . . . .                           | 333     |
| La manada de cerdos. . . . .                              | 335     |
| El corral en la siesta. . . . .                           | 337     |
| El farol de la locomotora. . . . .                        | 339     |
| Coplas. . . . .   | 343     |
| La exhumación de un cadáver.. . . .                       | 345     |
| Un naufragio en alta mar. . . . .                         | 355     |
| El cura párroco. . . . .                                  | 357     |
| La huelga de los obreros. . . . .                         | 361     |
| El ciego del violín. . . . .                              | 365     |
| La joven del corsé. . . . .                               | 367     |
| De una epístola moral. . . . .                            | 369     |
| La velada aristocrática. . . . .                          | 373     |
| Las niñas en el mes de María. . . . .                     | 377     |

# ÍNDICE

---

Páginas

## CARTAS DE UN LEGO

Cartas de un lego. . . . . 383

## ALMANZOR

Almanzor. . . . . 413

## EN ZIG-ZAG

!.....! . . . . . 435

Don Bartolomé Sanchez de Feria. . . . . 437

Los cazadores en la venta. . . . . 455

Pensamientos vulgares. . . . . 457

La esquila del Cementerio. . . . . 461

El bautismo del párvulo. . . . . 463

¿Usted también? . . . . . 465

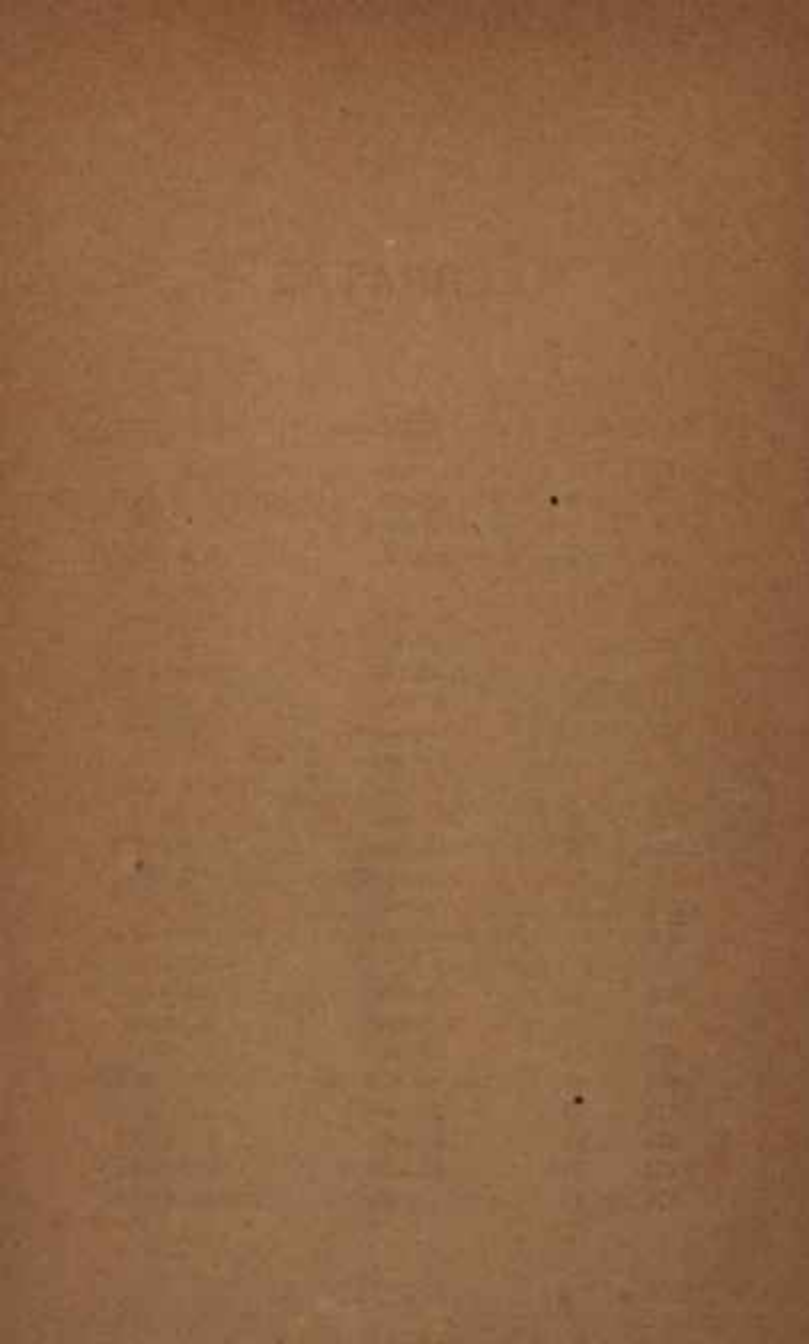
El escaparate de quincalla. . . . . 469

La lluvia de granizos. . . . . 471

Esbozo de la gloria mística y de la gloria  
mundana. . . . . 473

El Angel del puente de Córdoba. . . . . 483

Lamentaciones. . . . . 487



# ERRATAS

| <u>Página.</u> | <u>Línea.</u> | <u>Dice.</u>                | <u>Debe decir.</u>             |
|----------------|---------------|-----------------------------|--------------------------------|
| III            | 10            | EN ZIC-ZAG                  | EN ZIG-ZAG                     |
| XVI            | 20            | merce                       | merece                         |
| 25             | 2             | Fragmento                   | Fragmentos                     |
| 35             | 12            | de rosas.                   | de nardos.                     |
| 58             | 28            | una                         | blanca                         |
| 98             | 29            | no sabe                     | no se sabe                     |
| 112            | 4             | ni la                       | ni las                         |
| 116            | 11            | gallarda                    | ofuscadora                     |
| 117            | 11            | abrirían                    | se abrirían                    |
| 157            | 19            | á las postre                | á la postre.                   |
| 212            | 1             | DONDE MENOS<br>SE PIENSA... | ENRIQUE REDEL                  |
| 227            | 20            | <i>diabtos</i>              | <i>diablos.</i>                |
| 268            | 27            | hablásemes                  | hablásemos,                    |
| 288            | 12            | de las llamas               | de la llama                    |
| 304            | 8             | vosotras                    | vosotros                       |
| 305            | 1             | LA MEZQUITA CORDO-<br>BESA  | LA CANCIÓN DE LA JU-<br>VENTUD |
| 305            | 15            | vosotros                    | vosotras                       |
| 371            | 13            | ja ramago                   | jaramago                       |
| 371            | 14            | c <sup>o</sup> mo           | como                           |
| 471            | 13            | Cómo me encantas            | Como me encantas               |
| 471            | 14            | con tu virtud;              | con tu virtud,                 |
| 474            | 15            | le amaba                    | le amaban                      |
| 474            | 23            | de ofenderte.»              | de ofenderte,»                 |
| 475            | 15            | pompa altanera.»            | pompa altanera,»               |

516 páginas..

FRANCISCO MOBLA  
SANTA ANA  
CORDOBA



